



**OLLANTA HUMALA
DE LOCUMBA A
CANDIDATO A LA
PRESIDENCIA
EN PERÚ**

Ramón Pérez Almodóvar, licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid y doctor en Periodismo por la Universidad de La Laguna. Ha sido corresponsal del diario El Mundo en Egipto y de cadena Onda Cero Radio en el Medio Oriente. Ha colaborado en varios periódicos, la radio, la televisión y agencias de noticias de Canarias. En 1998 obtuvo el premio de periodismo económico de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Santa Cruz de Tenerife. Fue redactor jefe de la Agencia Canaria de Noticias (ACN Press-Europa Press) desde 1998 hasta 2004, cofundador de la Unión de Profesionales de la Comunicación de Canarias (UPCC) y coautor de *El paraíso según Adán* y *Adán expulsado del paraíso*.

.....
: colección :
: contexto :
: latinoamericano :
.....

Contexto Latinoamericano es una revista trimestral de análisis político publicada por la editorial Ocean Sur. Su propósito es fomentar y divulgar el intercambio de ideas entre los líderes y activistas de los partidos, organizaciones y movimientos políticos y sociales de la izquierda, con la participación de especialistas de las ciencias sociales, comunicadores y artistas comprometidos con la emancipación de los pueblos de América Latina y el Caribe.

En esta ocasión, la revista ofrece a sus lectores una colección de textos sobre política, historia, sociedad, economía, cultura, medioambiente, género y otros temas de interés. Valiosas reflexiones en ensayos, artículos, entrevistas y testimonios, dan vida a esta nueva serie de Ocean Sur.

**OLLANTA HUMALA:
DE LOCUMBA A CANDIDATO
A LA PRESIDENCIA EN PERÚ**

Ollanta Humala
en asociación con
Ramón Pérez Almodóvar



una editorial latinoamericana

Derechos © 2009 Ollanta Humala

Derechos © 2009 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-921438-43-1

Library of Congress Control Number: 2009921235

Primera edición 2009

Impreso en México por Quebecor World, S.A., Querétaro

PUBLICADO POR OCEAN SUR

OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

México: Juan de la Barrera N. 9, Col. Condesa, Del. Cuauhtémoc, CP 06140, México, D.F.
E-mail: mexico@oceansur.com • Tel: (52) 5553 5512

EE.UU.: E-mail: info@oceansur.com

Cuba: E-mail: lahabana@oceansur.com

El Salvador: E-mail: elsalvador@oceansur.com

Venezuela: E-mail: venezuela@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

Argentina: Cartago Ediciones, S.A. • Tel: 011 4304 8961 • E-mail: info@cartago-ediciones.com.ar

Australia: Ocean Press • Tel: (03) 9326 4280 • E-mail: info@oceanbooks.com.au

Bolivia: Ocean Sur Bolivia • E-mail: bolivia@oceansur.com

Chile: Editorial La Vida es Hoy • Tel: 2221612 • E-mail: lavidaeshoy.chile@gmail.com

Colombia: Ediciones Izquierda Viva • Tel/Fax: 2855586 • E-mail: ediciones@izquierdaviva.com

Cuba: Ocean Sur • E-mail: lahabana@oceansur.com

Ecuador: Libri Mundi, S.A. • Tel: 593-2 224 2696 • E-mail: ext_comercio@librimundi.com

EE.UU. y Canadá: CBSD • Tel: 1-800-283-3572 • www.cbsd.com

El Salvador y Centroamérica: Editorial Morazán • E-mail: editorialmorazan@hotmail.com

Gran Bretaña y Europa: Turnaround Publisher Services • E-mail: orders@turnaround-uk.com

México: Ocean Sur • Tel: 5553 5512 • E-mail: mexico@oceansur.com

Perú: Ocean Sur Perú • Tel: 330 7122 • E-mail: oceansurperu@gmail.com

Puerto Rico: Libros El Navegante • Tel: 7873427468 • E-mail: libnavegante@yahoo.com

Venezuela: Ocean Sur • E-mail: venezuela@oceansur.com

ocean
S U R



www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au

ÍNDICE

De niño de clase media a la Escuela Militar	1
En la Escuela Militar	5
El joven oficial y su circunstancia histórica	10
En la guerra del Cenepa y en las zonas de emergencia	17
En Madre Mía	23
Del Manual de Combate ME 41-7 al etnocacerismo como doctrina contrainsurgente	36
Los derechos humanos	50
El centralismo limeño y la idea de nación	65
Los procesos judiciales	69
Antes de Locumba	72
El levantamiento militar de Locumba	81
La fuga de Montesinos	91
De Locumba a Lima	94
Después de Locumba	118
La denuncia del Acta de Sujeción y el traslado a Francia y a Corea	125

Los sucesos de Andahuaylas	132
La denuncia de persecución política	148
El nacimiento del proyecto nacionalista en el marco del proceso electoral	154
La ruptura con el etnocacerismo	161
La decisión de postularse	165
Notas	167

DE NIÑO DE CLASE MEDIA A LA ESCUELA MILITAR

Hablemos de su infancia: ¿cómo la recuerda?

Provengo de una familia de clase media provinciana. Mi padre, Isaac Humala, es del sur del Perú, de la zona de Oyolo, un pueblo pequeño del departamento de Ayacucho. Mi familia paterna tenía allí pequeños terrenos. No eran grandes hacendados, por lo que los abuelos se trasladan a Cora Cora, la capital de la provincia, en busca de mejoras económicas. Debido a que durante su niñez no había escuela secundaria en esa localidad, mi padre cursa ese nivel de enseñanza en el Cusco y posteriormente estudia Derecho en Lima, en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Una cosa curiosa es que cuando se graduó de abogado mi abuela quería que regresara a Cora Cora para que fuera el abogado de los Humala. Su negativa provocó un choque entre ambos, pero él había decidido que su futuro estaba en Lima. Mi madre, Elena Tasso, nació en la capital, de raíces ayacuchana e italiana. De niña, quedó huérfana de padre y cursó la enseñanza primaria en la región de Junín, donde mi abuela se fue a trabajar de maestra. Estudió Educación también en la Universidad de San Marcos y después se recibió como abogada en la Universidad Católica.

Mis padres se conocieron en la Universidad de San Marcos, lugar donde participaron en actividades políticas con los movimientos de izquierda. Mi madre cuenta que hacían campañas de alfabetización y otras actividades en *pueblos jóvenes*,¹ como

impartirle charlas a los moradores y ayudarlos a organizarse. Eso era en la época de la guerra fría y el Partido Comunista Peruano (PCP) era apoyado por la ex Unión Soviética. El PCP hacía labor social por medio de varias organizaciones, incluido el otorgamiento de becas a jóvenes con problemas económicos. Muchas de las amistades que mis padres conservan hasta hoy se establecieron en aquellas actividades del PCP, aunque nunca militaron formalmente. Ellos dos formaron una célula comunista paralela al partido. Después de recibirse, él como abogado y ella como maestra, Isaac y Elena contraen matrimonio y se instalan en Lima. Tengo seis hermanos de padre y madre, y tres hermanos por parte de padre.

Dicen que de niño fui bastante inquieto. Tuve una infancia feliz en la que practicaba muchos deportes, como fútbol, boxeo, natación, carreras de resistencia y el ajedrez. Estudié en un colegio laico, el Hans Christian Andersen, y luego en el Colegio Cooperativo La Unión, donde aprendí nociones del idioma japonés. Allí terminé la Secundaria.

¿Cómo era la relación con sus hermanos?

Muy buena, en general todos los hermanos nos hemos llevado bien. En las vacaciones de estudiantes, con frecuencia viajábamos al interior, a los pueblos de la sierra,² y eso me vinculaba mucho con la realidad de mi país, con su naturaleza y con su gente. Al terminar la enseñanza secundaria, estaba en la duda sobre si seguir la carrera militar o estudiar Zoología.

¿Por qué decidió iniciar la carrera militar?

En realidad, primero me incliné por la Zootecnia. La experiencia de viajar por el país despertó en mí el interés por seguir alguna carrera profesional que se dedicara al estudio de la naturaleza. Lo más parecido a la Zoología que había en esos años en el Perú

era la Zootecnia y se dictaba en la Universidad Agraria de la Molina. Yo quería emular a Charles Darwin. Había leído su biografía y estaba impactado con la teoría de la evolución mediante la selección natural de las especies. Así que me postulé e ingresé a la carrera de Zootecnia pero no me satisfacía. La veía muy técnica: me sentía como un técnico y yo quería ser investigador. En esa época había muchas huelgas universitarias. En 1979, solo se aprovecharon seis meses de estudio debido a que la huelga duró los otros seis meses. Durante ese tiempo me dediqué a asistir a conferencias y a releer la historia del Perú, lo cual hizo que trasladara mi interés profesional hacia la carrera militar, que retomara ese antiguo interés por saber más de la vida de mi país.

Ya había sentido la inclinación hacia la carrera de las armas leyendo a autores de obras militares como el mariscal Andrés A. Cáceres y el general Edgardo Mercado Jarrín y teorías de la guerra como *El arte de la guerra* de Nicolás Maquiavello e igualmente la obra de Sun Tzu que lleva el mismo nombre que el anterior. En el colegio nos mostraron de manera muy tangencial temas importantes como la guerra contra Chile y estudiamos superficial y memorísticamente la guerra de nuestros incas en contra del poder español, etcétera. Esos temas no se analizaban en el colegio con la profundidad y el rigor requeridos para que nos identificáramos con nuestras raíces. Me daba la impresión de que la educación estaba orientada a que los peruanos estudiáramos aletargados en la visión y la comprensión de nuestro país, a entretener a los colegiales memorizando fechas y nombres. Como si fuese más importante fotografiar en la memoria a Machu Picchu que valorar el ingenio y la laboriosidad de nuestros antepasados que lo construyeron. Nos educaban para sentirnos orgullosos de decirle «Madre Patria» a España, y no para sentirnos orgullosos de nuestras raíces andinas e incaicas.

Comencé a leer libros de historia y asistí a conferencias sobre la colonización española, la llamada independencia nacional, la guerra con Chile, la guerra con el Ecuador y la doctrina nacional de la Defensa de nuestras 200 millas de mar territorial, entre otros temas, y sentí que nada de eso nos lo habían enseñado en el colegio. Por eso, como una forma de reivindicarme con la historia de mi país, con la defensa de la soberanía nacional tan abandonada, con la defensa de esa visión de país que había ido construyendo desde mi niñez, dejé la universidad e ingresé a la Escuela de Oficiales del Ejército, en la cual escogí el arma de artillería debido a mi identificación con el héroe nacional coronel Francisco Bolognesi y más tarde, con el general francés Napoleón Bonaparte, quien también fue artillero.

OCEAN SUR EN LA WEB

UNA EDITORIAL LATINOAMERICANA

www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

Un amplio e interactivo catálogo de publicaciones que abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.



EN LA ESCUELA MILITAR

¿Cómo era la vida en la Escuela Militar?

La vida en la Escuela Militar era muy rigurosa en el cumplimiento de los reglamentos y el apego a los usos y costumbres normados por la tradición militar. Además de la fortaleza física, los oficiales exigían que nos comportásemos acorde con ciertos valores de grupo, como la solidaridad y la lealtad, de tal manera que sentíamos que los intereses del colectivo estaban por encima de los intereses personales. Había también un equipo de profesores civiles que nos instruía en asignaturas no militares. Estos profesores contaban con el apoyo de oficiales instructores para hacer valer la disciplina, es decir, el profesor solicitaba al oficial instructor que sancionara a un cadete cuando lo consideraba necesario.

Ingresé a la Escuela Militar de Chorrillos (EMCH) en 1980, durante el período de transición de gobiernos militares a gobiernos civiles.¹ Como centro de formación de oficiales del Ejército peruano, la EMCH educaba a los cadetes con un perfil y una «imagen objetivo»,² acorde con los parámetros y las doctrinas militares de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). El conflicto fronterizo entre Ecuador y Perú, ocurrido en 1981, y la Guerra de las Malvinas, protagonizada por Inglaterra y Argentina en 1982, marcaron nuestra vida en la Escuela. En 1981, los cadetes vivíamos «aprestados»³ para participar en apoyo a nuestros compañeros de armas en el

Cenepa y en el Comainas.⁴ En 1982, me ofrecí como voluntario para participar en la Guerra de las Malvinas en solidaridad con el pueblo argentino. Obviamente no fui aceptado.

El 17 de mayo de 1980, día de las elecciones generales que marcó el fin de los gobiernos militares y el inicio de los gobiernos civiles —cuando resulta electo a la Presidencia el arquitecto Fernando Belaúnde Terry en sustitución del general Francisco Morales Bermúdez—, el Partido Comunista del Perú «Sendero Luminoso» (PCP-SL) quemó las ánforas de votación en Chucchi, departamento de Ayacucho, acción armada con la cual anuló el proceso electoral en esa jurisdicción y declaró la guerra al Estado peruano.

Con el estallido de la guerra insurgente,⁵ la conmoción provocada por las primeras acciones terroristas, la derrota sufrida por las fuerzas policiales y la entrada de las Fuerzas Armadas en el conflicto, se inicia un proceso de cuestionamiento y revisión interna de la doctrina militar, tanto en la EMCH como en los cuarteles. Pertenezco a esa generación de oficiales que rompe con el pasado, con una concepción de Ejército, pues las nuevas circunstancias le hacían criticar y revisar, desde adentro, su doctrina de guerra y reglamentos... y más adelante, su disciplina.

La participación de las Fuerzas Armadas del Perú en el conflicto interno se basaba en la doctrina de la Guerra de Baja Intensidad (GBI), elaborada desde la perspectiva de un Ejército colonialista que combate en territorio extranjero, como fue la experiencia francesa en Argelia y la de los Estados Unidos en Viet Nam (Indochina). A los campesinos y pobladores en general de las zonas donde actuaba Sendero Luminoso, se les consideraba presuntos enemigos y se les trataba acorde a esa apreciación. En otras palabras, «todos eran terroristas o subversivos hasta que demostraran lo contrario»; así encontré las cosas cuando serví por primera vez al Estado en una zona de emergencia.

¿Cuándo se dio cuenta de eso?

Cuando fui enviado a combatir a Sendero Luminoso, me di cuenta de que los reglamentos eran pura teoría, que las técnicas enseñadas en la Escuela Militar, en esencia, eran inaplicables en el Perú y que ganarnos la confianza de la población era fundamental para vencer al adversario. Lo cómico era ver cómo los oficiales sufrían para enseñar a la tropa una doctrina copiada que, en nuestra realidad geográfica, era una caricatura.

¿Pasó usted por la Escuela de las Américas?

Sí, en 1983 toda mi promoción viajó a la Escuela de las Américas cuando estaba ubicada en Panamá. En ella estuvimos mes y medio, período de instrucción durante el cual recibimos cursos de cómo combatir en la selva. Una de las mentiras que se dijeron de mí en la pasada campaña electoral fue que allí me adoctrinaron para ser un potencial violador de derechos humanos y un oficial «golpista».

¿Qué ha significado para usted estar en las Fuerzas Armadas?

El Ejército me ayudó a consolidar mi visión del país. El hecho de haber vivido en diferentes zonas del Perú, zonas convulsionadas por la violencia insurgente, zonas de extrema pobreza, zonas de frontera, zonas donde las guarniciones estaban ubicadas lejos de cualquier poblado, y el hecho de participar en conflictos armados como el del Cenepa, me permitió salir del esquema de pensamientos y el modo de vida de muchacho de clase media capitalina.

Conocer comunidades indígenas del interior del Perú, convivir con la tropa y escuchar sus historias me hizo ver que existe una agenda política y social olvidada por la clase que se dice dirigente y que el Estado peruano solo representa a una minoría

y no a toda la nación. Yo creo que de allí proviene mi interés por la política.

¿Cuán exacta es esa impresión de que en la tropa no hay personas de clase media?

La tropa está compuesta fundamentalmente por gente pobre que, como decimos en el Perú, no tiene «padrino». ⁶ Por ejemplo, un muchacho humilde que tiene a un familiar de empleada doméstica en casa de alguna persona con influencia, se puede liberar del servicio militar. A diferencia de otros países, en el Perú los jóvenes de clase alta o media normalmente no realizan el servicio militar.

Mi padre me contaba que cuando él era chico, durante la época del reclutamiento (leva), iban los sargentos a su pueblo y traían del campo a los muchachos amarrados con soga. Yo me imaginaba esa escena como en la película *La misión*, donde los portugueses y los españoles traían a los indígenas guaraníes amarrados para esclavizarlos, a vista y paciencia de la sociedad.

Todavía, en pleno siglo XXI, vivimos una realidad neocolonial en la cual, por ejemplo, en el Ejército no encontrarás en el servicio militar al hijo del Presidente, de un congresista, de un alcalde o de un embajador, entre otros, pero tampoco de la gente acomodada. Esto es una muestra del poco arraigo de lo nacional en nuestra sociedad. La idea colonial es que para resolver los problemas nacionales como el de la defensa, solo el pueblo tiene la obligación de dar su cuota de sacrificio y sangre. El Servicio Militar Obligatorio (SMO) se constituía por un contingente de muchachos pobres, en muchos casos desnutridos y con tuberculosis, a quienes debíamos enseñarles desde leer hasta usar los servicios básicos. El SMO era obligatorio para los de abajo y voluntario para los de arriba. Históricamente, los de abajo son los primeros que entregan su vida para salvar el honor nacional,

tanto en las guerras externas como en las guerras internas. Un ejemplo fue el último conflicto con el Ecuador en 1995; mientras que en el Cenepa había guerra, en el resto del país la gente se divertía los fines de semana, como si nada estuviese ocurriendo.

EL JOVEN OFICIAL Y SU CIRCUNSTANCIA HISTÓRICA

¿Cómo recuerda el gobierno de Alan García de 1985 a 1990?

Recuerdo el primer gobierno de Alan García como algo desastroso. García sumió al Perú en una espiral de inestabilidad política, económica y social: coches bomba, voladuras de torres de electricidad, atentados terroristas, inseguridad ciudadana, hiperinflación y escándalos por la corrupción de funcionarios públicos en los que estaba inmerso el propio Presidente.

¿En qué condiciones dejó al Perú el primer gobierno de Alan García?

Ese gobierno consumió las reservas internacionales de la nación, subsidió el dólar para favorecer a sus amigotes y aplicó un conjunto de «paquetes económicos», llamados *shock*, para «estabilizar la economía». Como consecuencia de tales políticas, se duplicó la cantidad de pobres existentes en el Perú. Al concluir aquel gobierno, el país quedó sumido en un caos tremendo, que terminó por deslegitimar a todos los partidos políticos. Ya en los últimos años de su mandato, se hablaba de que Alan García necesitaba de un golpe de Estado para victimizarse y responsabilizar a las Fuerzas Armadas del fracaso de su gobierno, pero el Ejército no quería involucrarse en eso. A partir de ese gobierno, empieza el «manoseo político» de las Fuerzas Armadas y se rompe el equilibrio tradicional entre el poder político y el poder militar. El entonces joven Presidente comenzó a vestirse de mi-

litar, a montarse en los tanques y a subirse a los aviones Mirage. Era obvio que tenía un gran afán de protagonismo, propio de su carácter soberbio y altanero.

¿Cómo vivió el cambio político de Alan García a Alberto Fujimori?

Llama la atención que el APRA haya esperado tantos años para gobernar y que, cuando finalmente llegó su oportunidad, lo hiciera pésimo. Como dije antes, el primer gobierno de Alan García terminó por desprestigiar y hasta derrumbar a los partidos políticos existentes, por lo que la gente comenzó a considerar otras opciones. En esa situación, la derecha creó un nuevo líder político, el escritor Mario Vargas Llosa, cuyo movimiento electoral denominado Libertad, se alió con Acción Popular (AP) y el Partido Popular Cristiano (PPC) para formar el Frente Democrático (FREDEMO). Todo hacía presagiar que Vargas Llosa triunfaría en los comicios presidenciales de 1990. Sin embargo, apareció un «japonecito» con una campaña electoral modesta, que aprovechó el prestigio de los japoneses como una colonia trabajadora, emprendedora, y el desprestigio de los políticos tradicionales. Así se proyectó Alberto Fujimori, como el *outsider* que el pueblo deseaba, como la figura capaz de hacer los cambios que el país necesitaba.

Alan García estaba enfrentado a Vargas Llosa y al movimiento que este aglutinaba, cuyas principales banderas electorales eran defender el modelo económico liberal y los intereses de los propietarios de la banca nacional a quienes García había pretendido expropiar sus bancos, por lo que decidió apoyar abiertamente desde el gobierno al candidato Fujimori. Alberto Fujimori no tenía ni partido, ni plan de gobierno organizado, pero cuando empezó a crecer su popularidad y a tener el apoyo del gobierno aprista, se le acercaron una serie de personajes po-

líticos, técnicos y especialistas en diversos campos. Entre ellos sobresalió un personaje en particular: Vladimiro Montesinos.

Montesinos es un sujeto inescrupuloso, dado de baja del Ejército por medida disciplinaria cuando tenía el grado de capitán, que había estado involucrado en actos delictivos como la falsificación de documentos y la sustracción de documentos secretos (referidos a adquisiciones militares). En la época de Fujimori, este personaje ya era un conocido abogado de narcotraficantes, con «amistades» en el Poder Judicial, que colaboraba con el Servicio de Inteligencia Nacional (SIN), mediante el suministro de información sobre procesos judiciales de interés para ese organismo, entre ellos los desarrollados contra narcotraficantes.

Antes de que Fujimori asumiera la Presidencia, ya Montesinos había logrado captarlo y, con la colaboración de un grupo de oficiales amigos, lo indujo a mudarse a las instalaciones del Círculo Militar del Ejército, con el propósito de aislar al Presidente electo de sus otros colaboradores, mediante las restricciones al ingreso a dicha instalación militar. Montesinos no solo penetró en el círculo íntimo de Fujimori, sino llegó a coparlo totalmente, al hacerse imprescindible como operador del lado oscuro, ilegal y criminal de su gobierno. De ahí vino su poder.

¿Montesinos trabajaba para la CIA?

Estoy seguro de que Montesinos trabajaba para la CIA. No me cabe la menor duda. Hay varios libros sobre eso. Cuando era capitán, logró servir en el despacho del general Edgardo Mercado Jarrín, canciller del gobierno del general Juan Velasco Alvarado, de donde se sospecha que sustrajo material clasificado y lo vendió a la Embajada de los Estados Unidos.¹ Ese material habría sido la lista de adquisiciones hechas por el Ejército a la Unión Soviética por parte del gobierno de Velasco Alvarado. La entre-

ga de información confidencial a un país extranjero era un acto de traición a la patria.

Para evitar el escándalo, Mercado Jarrín dejó las cosas ahí, pero dio cuenta a su sucesor que ese señor era peligroso. El nuevo canciller sacó al capitán Montesinos del Ministerio de Relaciones Exteriores y lo envió a una unidad militar, pero este no se adaptó y, aprovechando que aún tenía información de la cancillería, se apropió de una invitación hecha por el gobierno de los Estados Unidos a altos mandos del Ejército peruano y la utilizó para viajar a ese país. Y, cosas de la vida, en los Estados Unidos fue descubierto por el agregado de Defensa de la Embajada peruana, quien informó a Lima. Esa fue la razón por la cual lo hicieron regresar y lo expulsaron del Ejército. Después, el Servicio de Inteligencia le abrió un proceso de investigación por traición a la patria, debido a que se le señalaba como autor de la sustracción y venta de documentos clasificados.

¿Ahora estamos hablando de los años ochenta?

Sí, pero unos años antes Vladimiro Montesinos terminó de estudiar Derecho en la cárcel y tengo entendido que cuando se enteró que el Servicio de Inteligencia del Ejército le había abierto una investigación por traición a la patria, se fue a Ecuador y se autoexilió. Después regresó y se convirtió en un abogado especializado en la defensa de narcotraficantes.

Como Fujimori no tenía ni definición ideológica ni un equipo capaz, cuando ocupó el gobierno cedió a las presiones de los intereses económicos nacionales y transnacionales y lo que hizo fue consolidar el neoliberalismo en el Perú. Inició su mandato sin mayoría parlamentaria y, asesorado por Montesinos y algunos miembros del alto mando de las Fuerzas Armadas, cerró el Congreso el 5 de abril de 1992 y pretendió gobernar sin él. No obstante, esa medida no tuvo aceptación internacional, por lo

que recurrió a la creación del llamado Congreso Constituyente Democrático (CCD). Ese nuevo Congreso elaboró la Constitución neoliberal promulgada en 1993, que permitió crear el marco jurídico necesario para garantizar el poder económico de las transnacionales en el Perú, mediante la administración de los recursos naturales nacionales. Ese es Montesinos, y no me cabe la menor duda de que durante su período en el gobierno trabajó para la CIA.

¿Altos mandos del Ejército estuvieron entonces vinculados a Fujimori durante el cierre del Congreso y en los años posteriores?

Sí, y también civiles, que ahora están siendo procesados. Hay que entender lo que sucedía en los últimos años de Alan García: falta de orden en el país, inseguridad económica, social y ciudadana, con coches bomba, asesinatos, secuestros, una hiperinflación galopante y, para rematar, se decía que Sendero Luminoso había logrado el equilibrio militar en el Alto Huallaga; se decía que Sendero Luminoso podía ganar la guerra, que el Estado podía ser derrotado. Esa fue la situación que nos dejó Alan García.

Frente a este panorama, el alto mando de las Fuerzas Armadas sintió la necesidad de diseñar un proyecto de gobierno alternativo al gobierno aprista. Cuando apareció Fujimori en la política, sin plan de gobierno, sin un equipo capaz, sin un partido político que contase con cuadros dirigentes y sin mayoría en el Congreso, el alto mando de las Fuerzas Armadas, que tenía ya un plan de gobierno, publicado en la revista *Oiga*, el denominado Plan Verde (por el color característico del Ejército peruano), encontró la oportunidad de ponerlo en marcha con Fujimori. Ambos se necesitaban.

¿Por eso las Fuerzas Armadas apoyaron el golpe?

Las Fuerzas Armadas apoyaron el golpe siguiendo las disposiciones de sus respectivos comandos, por un principio de disciplina que involucra confianza en el superior que da la orden. Esta acción fue apoyada por los sectores de alta jerarquía y con capacidad de decisión dentro de las Fuerzas Armadas, los que crearon ese Plan Verde, un plan de gobierno al que llamaron «democracia asistida».

Así como hay extremismos de izquierda, como el de Abimael Guzmán,² este Plan Verde era un plan de gobierno de un sector de extrema derecha dentro de las Fuerzas Armadas que incluía, entre otras cosas, el control poblacional como mecanismo de lucha contra la pobreza y el hambre; en otras palabras, su objetivo era reducir a los pobres y no la pobreza. Ese sector consideraba que el problema de la extrema pobreza se resolvía limitando el crecimiento de la población. Una forma de aplicarlo fue el programa de ligadura de trompas que se llevó a cabo en todo el país durante el gobierno de Fujimori. Aprovechando su falta de información y su condición económica precaria, a muchas mujeres les ligaron las trompas. Eso sucedió sobre todo en la sierra y en la selva. Como ya dije, el desgobierno de Alan García produjo las circunstancias para que sectores de las Fuerzas Armadas crearan este plan.

El autogolpe de Estado fue un recurso derivado de la incapacidad e ineptitud del gobierno de Fujimori para resolver, en democracia, los problemas económicos nacionales, y su objetivo fue defender al capital trasnacional con el que estaba comprometido, «legalizando» la explotación de las grandes mayorías nacionales en nombre del modelo económico neoliberal. Los pretextos utilizados por Fujimori para justificar el autogolpe, fueron el desastre dejado por la administración aprista y un su-

puesto boicot en el Legislativo contra el trabajo del Ejecutivo. Para esto, se aprovechó de la escasa aceptación que tenía el Congreso ante la población que, dicho sea de paso, saludó en forma mayoritaria el cierre del Congreso. Lamentablemente, se abortó el intento de un grupo de militares patriotas que se quisieron levantar para restaurar la democracia, el 13 de noviembre de 1992, y se detuvo a la mayoría de sus miembros.

EN LA GUERRA DEL CENEPÁ Y EN LAS ZONAS DE EMERGENCIA

¿Estuvo en la Guerra con el Ecuador? En la campaña se dijo que no participó.

Sí, estuve. En 1995 y con el grado de capitán fui ubicado en un Grupo de Artillería de Campaña (GAC-11) que se trasladó a la zona de frontera con el Ecuador, la Cordillera del Cóndor. Ese año estalló la guerra. A lo largo de nuestra vida republicana, periódicamente el Perú y el Ecuador se han enfrascado en problemas fronterizos que en varias oportunidades desencadenaron en conflictos armados, como por ejemplo la guerra de 1941, el conflicto de 1981 y recientemente el de 1995.

Vale recordar que durante el primer gobierno de Alan García empezó a reducirse el presupuesto de las Fuerzas Armadas. Esto hizo que el Ejército disminuyera el número de puestos de vigilancia en la frontera, que fueron reemplazados con patrullajes periódicos. Entonces, en uno de esos patrullajes, se detectó que fuerzas ecuatorianas habían ingresado a territorio peruano. Lo que hacían ellos era aplicar la táctica de la toponimia, es decir, ingresaban furtivamente a territorio peruano aprovechando la reducción de puestos de vigilancia (PV), armaban campamentos y les ponían el mismo nombre de sus poblados fronterizos. De esta manera, cuando las fuerzas peruanas hacían el legítimo desalojo, se victimizaban ante la comunidad internacional y ha-

bía que demostrar geográficamente el engaño con el apoyo de tecnologías modernas, como el GPS.

En 1995, se detectó la presencia de tropas ecuatorianas en territorio peruano. El gobierno buscó darle una solución que, a su vez, ayudara en su campaña electoral de ese mismo año. Manejó con discreción las informaciones de los servicios de inteligencia sobre la infiltración ecuatoriana, pues pensaba, equivocadamente, que su solución tendría la misma contundencia que se dio en el último conflicto de enero de 1981.

Esta incursión generó problemas; al principio fueron escaramuzas, pero después la cosa fue más fuerte, porque nuestro adversario se encontraba bien pertrechado y ofreció mayor resistencia. En esas circunstancias, estrategias militares recomendaron la participación de diversas unidades de artillería en la Cordillera del Cóndor. En consecuencia, los Grupos de Artillería que estaban en Lima, como el GAC-11 que yo integraba, participaron en este conflicto.

Alberto Fujimori cometió el error de dar instrucciones a las Fuerzas Armadas para que no cruzaran la frontera, probablemente porque sus asesores lo convencieron de que, si se generalizaba el conflicto, el Ecuador podía argumentar la «inejecutabilidad» o demandar la anulación del Protocolo de Río de Janeiro,¹ que fue el Tratado de Paz suscrito al término de la guerra de 1941, y exigir una nueva negociación. De esta forma, Fujimori maniató a las Fuerzas Armadas para que no cruzaran la frontera, mientras que nuestra contraparte se despachaba generosamente por nuestro territorio. Eso puso en desventaja a nuestras fuerzas frente a las ecuatorianas, con un resultado desfavorable de aviones y helicópteros destruidos en combate.

¿Fue ahí donde se descubrió que los Mirages que compró Alan García no estaban artillados?

En realidad no tengo la información para aseverar que fue así, pero esa denuncia fue publicada por la mayoría de los medios de comunicación y nunca pudo ser desmentida. Es más, también se dijo que hubo un importante negociado mediante la «devolución» de una parte de los Mirages a la empresa fabricante, por decisión del gobierno de Alan García, para que el lote devuelto fuera entregado a un país árabe, incluida la dotación de armas de los aviones que permanecieron en el Perú. Justamente, esos eran los Mirage a los que usted se refiere.

¿Qué significó para Ud. la experiencia de vivir en las zonas de emergencia?

Sendero Luminoso entra a la lucha armada a principios de los años ochenta, al final del gobierno del general Francisco Morales Bermúdez, cuando yo recién ingresaba a la EMCH. Las reformas sociales y económicas realizadas a inicios de la década de 1970 por el gobierno del general Velasco Alvarado permitieron aliviar la presión social —que ya venía siendo postergada por los anteriores gobiernos y la clase política en general—, mediante el inicio de la modernización del Estado y una serie de reformas como la Reforma Agraria, la comunidad industrial, la nacionalización del petróleo, el mejoramiento de las condiciones de las Fuerzas Armadas, el fortalecimiento de los sindicatos y la estabilidad laboral, el reconocimiento de las distintas nacionalidades y culturas del interior del país, así como de nuestro quechua, entre otras. Esto permitió que la población se sintiera identificada con este proceso.

En la década de 1980, el Perú no estaba preparado para enfrentar esa lucha armada. El mismo presidente Fernando Belaunde Terry no sabía qué era Sendero Luminoso. Pensaba que era un grupo de abigeos (ladrones de ganado) que habían rebasado el control policial, y por lo tanto, sin asumir mayo-

res previsiones, encomendó la solución de este problema a las Fuerzas Armadas. Cuando el Comandante General del Ejército le pidió que firmara la directiva que disponía el ingreso de las Fuerzas Armadas a las zonas de emergencia, Belaunde se negó. La guerra se agravó y el mismo Ejército, con los manuales que tenía, no estaba preparado para este tipo de lucha.

Vivir en las zonas de emergencia me permitió reafirmar mis convicciones en la necesidad de construir un nuevo Estado que pudiera solucionar los problemas de estas poblaciones que históricamente no han tenido mayor atención por parte de este y de la clase política. Ante la falta de pertenencia de la población a su Estado, debido a este desamparo, surgieron movimientos extremistas que promocionaron un camino equivocado. Vivir en las zonas de emergencia y convivir con estas poblaciones me permitieron enriquecer mi visión del país.

¿En qué se inspiraban los manuales de operaciones contrainsurgentes?

En esa época, se inspiraban en los manuales estadounidenses y franceses de experiencias de guerras colonialistas de «baja intensidad», no convencionales, como las de Argelia y Viet Nam; es decir, doctrinas de solución de conflictos coloniales que se llevaban en territorios extranjeros y combatiendo contra poblaciones «no nacionales». Sin embargo, nuestro caso era diferente: teníamos que combatir en nuestro territorio y contra nuestros compatriotas. Todo esto trajo una serie de problemas en las zonas de emergencia, entre ellos la violación de los derechos humanos y el aislamiento de la población.

El ministro de Guerra de esa época (actualmente Defensa) se opuso al ingreso de las Fuerzas Armadas en las zonas de emergencia, porque eso significaba que el Ejército iba a entrar con el fusil en la mano y a disparar, y en su lugar le dijo al Presidente que el que tenía que ingresar allí era el Estado, que siempre es-

tuvo ausente. El ingreso de las Fuerzas Armadas, aumentaría la ola de violencia, que era lo que deseaba Sendero Luminoso, pues dentro de su estrategia de lucha estaba la exaltación de la violencia, el genocidio. De acuerdo con lo que ellos decían, era necesario una «cuota» (Abimael Guzmán se refería a la cuota de sangre) para provocar la reacción del pueblo a favor de Sendero Luminoso. Es decir, según la lógica insurgente, si el Ejército cometía violaciones de derechos humanos, eso beneficiaba la lucha armada.

La violencia insurgente empezó en Ayacucho. En 1984, un general dijo: «Qué puedo hacer yo, solo eliminar gente, si no tengo la capacidad de remover siquiera a una autoridad. Este es un movimiento político que entra a la lucha armada y quieren que el campo militar solucione un problema que le compete al campo político. Si no me dan las herramientas para hacer transformaciones políticas, ¿qué voy a hacer?». Por haber expresado estas ideas, el general Huamán Centeno fue destituido.

Para hacer frente a Sendero Luminoso, el Estado creó las zonas de emergencia y los Comandos Político-Militares como autoridades de dichas zonas. De esta forma, el Estado en vez de hacerse presente, entregó la responsabilidad política a las Fuerzas Armadas y se desentendió de lo que estaba pasando; es decir, «se lavó las manos».

¿Ni Belaunde ni García entendieron el fondo de esa guerra?

El gobierno de Alan García tampoco entendió que esto era una guerra política. En su gobierno se cometieron muchas violaciones de derechos humanos, como son los casos de Cayara, Accomarca, el asesinato de los presos rendidos durante el motín en los penales, y algo muy importante, se aprobó el Manual de Operaciones Militares en Zonas de Emergencia, el ME 41-7, de julio de 1989. En este documento, se disponía la eliminación de

los elementos no armados de Sendero Luminoso, que pertenecían a su Organización Política Administrativa (OPA); es decir, sus llamados Comités Populares. Esa fue la *Biblia* para más de doce mil oficiales que pasaron por las zonas de emergencia en esos años. Además, durante ese primer gobierno de García Pérez se formó el Comando Rodrigo Franco.² En la época de Fujimori, y en esa misma praxis, se creó el grupo Colina.³ Lejos de sancionar sus acciones ilegales y delincuenciales, a los integrantes se les premió con ascensos y felicitaciones.

¿En qué zonas de emergencia estuvo?

Estuve en las tres principales zonas de emergencia: Ayacucho, Junín y en el Alto Huallaga.



CONTEXTO LATINOAMERICANO

Una revista de Ocean Sur

www.contextolatinoamericano.com
f [ContextoLatinoamericano](https://www.facebook.com/ContextoLatinoamericano)

La versión digital de Contexto Latinoamericano actualiza semanalmente cada uno de sus espacios dedicados a la actualidad, la opinión y el debate, al tiempo que ofrece una síntesis diaria del acontecer noticioso en América Latina y el Caribe.

PROYECTO EDITORIAL CHE GUEVARA

www.cheguevaralibros.com
f [LibrosCheGuevara](https://www.facebook.com/LibrosCheGuevara)

Los títulos publicados en español e inglés propician el conocimiento de la vida, el pensamiento y el legado del Che a través de un ordenamiento temático por medio del cual se accede íntegramente a sus múltiples facetas.



EN MADRE MÍA

En el Alto Huallaga un punto importante es su paso por Madre Mía como capitán de la base contrainsurgente. ¿Cómo llegó allí?

En 1992, llegué con el grado de capitán a Madre Mía (zona situada entre las regiones de San Martín y Huánuco). Me comunicaron que iba al Batallón Contrainsurgente 313 Huánuco-Tingo María, que en esos momentos era una de las unidades más operativas, en la zona probablemente más convulsionada del Perú. Mi primera reacción fue conocer esa jurisdicción antes de viajar, por lo que estudié sus antecedentes. Conseguí revistas especializadas en temas de insurgencia y, ya en el lugar, aproveché el tiempo para empaparme de la experiencia vivida por otras corporaciones de oficiales. En esa época, los oficiales que tenían influencias dentro de la institución («vara») evitaban servir en estas zonas «cuidando» su carrera militar.

¿Cómo era Madre Mía?

Madre Mía es un pueblo que se formó a orillas de la carretera marginal de la selva, como paso obligado donde los ómnibus se detenían para que los pasajeros comieran. En un principio, su principal actividad fue la venta de comida, los restaurantes.

En 1989, había una sección de ingeniería y otra de infantería, cada una con aproximadamente treinta soldados. Los ingenieros se dedicaban al mantenimiento de la carretera y los de infantería

les prestaban seguridad. En julio de ese año, Sendero Luminoso atacó Madre Mía, tomó el pueblo y mató a trece soldados y a unos quince civiles, como consecuencia del enfrentamiento armado y de los juicios populares.¹ A raíz de eso, Sendero Luminoso hizo la primera condecoración a sus fuerzas del orden y se produjeron ascensos en su llamado Ejército Guerrillero Popular (EGP). Debido a esto, la base militar, que estaba en la parte baja del pueblo, fue trasladada a una zona elevada, y se convirtió en una base contrainsurgente.

En 1990, Sendero Luminoso asesinó al jefe de la base y a un grupo de soldados: cuando el oficial y su patrulla retornaban a la base, los asesinaron a unos 500 metros del pueblo de Madre Mía. En 1991, Sendero Luminoso asesinó al nuevo jefe y a cerca de diecisiete soldados, quienes fueron emboscados cuando intentaban cruzar el río Primavera. En 1992, serví yo, al igual que otros oficiales, en dicha base. Salíamos a patrullar de forma permanente. Había momentos en que llegaba con una patrulla, y de inmediato salía con otra patrulla hacia otra zona. Por eso teníamos que conocer muy bien el terreno donde operábamos y mantener excelentes relaciones con la población.

Las poblaciones de la zona vivían atemorizadas entre los excesos que podían cometer las fuerzas del orden y el miedo a los excesos (juicios populares) de los senderistas. En la década de 1970, durante el primer gobierno de Belaunde, se realizó un programa de colonización del Alto Huallaga. Como consecuencia de este proyecto, el Alto Huallaga fue habitado principalmente por comunidades nativas y «colonos».² Los principales productos que dieron cierto auge a la zona en los años sesenta fueron el arroz, frutas, cacao, entre otros, hasta que llegaron los cultivos de hoja de coca y, posteriormente, a mediados de los ochenta se produjo el *boom* del narcotráfico.

¿Cómo se reflejó ese boom allí?

Se comenzaron a instalar mafias colombianas en ciertas zonas del Huallaga, con sus «químicos» o «alquimistas», quienes venían con la fórmula para transformar la hoja de coca, con un conjunto de insumos químicos, en pasta básica de cocaína. Entonces se produjo un problema económico y social, porque cuando los colonos comenzaron a trabajar la tierra, cultivando productos de panllevar, requirieron de mucha mano de obra y trajeron gente, en su mayoría de la sierra, a trabajar como jornaleros, pero cuando sobreviene el auge de los cultivos de hoja de coca, esos jornaleros, al ver que dichos cultivos eran más rentables que el cacao o la papaya, se independizan y establecen sus propias parcelas para cultivar la coca, por ser esa actividad más lucrativa, lo que crea una nueva economía y una nueva capa social emergente.

Las mafias colombianas compraban los cultivos de hoja de coca con el pago de un año por adelantado, y si el agricultor no cumplía con la entrega de la producción, lo asesinaban. La policía estaba rebasada por la violencia y, en esas condiciones, ya en los años ochenta, llegó primero el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), que venía del norte, de la región de San Martín, y después Sendero Luminoso, proveniente del sur, de Ayacucho, de donde fue desplazado por las Fuerzas Armadas.

Ambas organizaciones buscaban zonas favorables para expandirse y proseguir la lucha armada. Sendero acostumbraba apoyar al sector económico más importante de la zona dentro de las capas populares: en Pasco (región andina rica en recursos minerales) entró apoyando a los mineros, y en San Martín apoyando a los arroceros. En el Alto Huallaga, ingresó apoyando a los campesinos cocaleros. Lo primero que hizo fue enfrentarse a las mafias colombianas, a las que logró dominar. Después derrotó al MRTA, el cual se replegó nuevamente a la región de

San Martín. Por último, combatió contra la Policía y sabotéó los programas del Estado para erradicar los cultivos de hoja de coca, a los que igualmente consiguió derrotar. Todo esto antes del ingreso de las Fuerzas Armadas al Alto Huallaga.

¿Podría explicarse entonces con esos argumentos el auge de Sendero Luminoso en esas zonas?

Sí, al principio Sendero Luminoso entró a la zona del Alto Huallaga como una especie de Robin Hood que iba a poner orden y a defender a los campesinos: venció a las mafias colombianas y las obligó a tratar mejor al agricultor cocalero. Esas mafias siguieron trabajando, pero se subordinaron a Sendero Luminoso y le entregaron el monopolio de la violencia y la administración de la justicia. Para emplear la violencia, es decir para hacer ajustes de cuentas, las mafias del narcotráfico requerían de la autorización de Sendero.

Mientras tanto, el orden social de la zona sufrió un cambio. Los colonos estaban acostumbrados a ser la clase alta, pero los cocaleros emergieron como una nueva clase, económica y socialmente más fuerte, lo que condujo al enfrentamiento entre ambos, ya que los colonos veían a los cocaleros como sus antiguos jornaleros, y no se resignaban a que se convirtieran en sus competidores y los rebasaran. Los colonos, por ejemplo, se oponían a cualquier tipo de relación sentimental de sus hijos e hijas con los hijos e hijas de los cocaleros. En estas circunstancias, ante la ausencia del Estado, Sendero Luminoso apoyó a los cocaleros y se enfrentó con éxito a todos los programas gubernamentales de erradicación de cultivos de hoja de coca; de esta forma se produjo la decadencia de los colonos.

Muy pocas personas le dieron importancia a ese fenómeno social, y no se utilizó como un elemento de análisis y trabajo para desestabilizar a Sendero Luminoso. Modestamente, yo sí le

di importancia y eso me permitió contar con el apoyo de los colonos como un medio eficaz de obtener información para hacer retroceder a Sendero Luminoso en mi zona de operaciones, de tal manera que durante mi permanencia allí Sendero Luminoso estuvo a la defensiva.

¿Pero los cocaleros de Madre Mía le vendían a la mafia colombiana o no era así?

En la zona del Huallaga la economía principal era, como ahora, la hoja de coca, pero los campesinos cocaleros no son narcotraficantes. Los cocaleros de Madre Mía, se dedicaban a esa actividad como principal recurso de vida, pues en esas zonas el Estado brilla por su ausencia y no hay alternativa. Normalmente, la mayor parte de su producción era comprada por acopiadores del narcotráfico y el resto era para el consumo tradicional. Considero que esta situación no coloca a los agricultores como el primer eslabón de la cadena del narcotráfico, sino como sus primeras víctimas.

Yo trabajaba con los colonos para desenmascarar o resguardarme de la columna de Sendero Luminoso. Cuando hablaba con ellos, siempre sentía el resentimiento y el odio hacia Sendero, y una predisposición para trabajar con nosotros como aliados. Como dicen: «el enemigo de mi enemigo es mi amigo». Incluso muchos me decían: «Capitán, déme armas para combatir a los terrucos».³ Sendero Luminoso entró con buen pie al Alto Huallaga, pero su extremismo lo condujo a divorciarse de la población, porque comenzaron a hacer juicios populares por cualquier cosa.

Me acuerdo una vez que estábamos patrullando y fuimos a una zona para comprar algo de víveres y sobre todo bebidas, porque muchos soldados tenían problemas estomacales por beber agua del río, y había una señorita que tenía una bodeguita

y nos vendió unas cajas de gaseosas. El caso es que volví a los quince días y encontré que le habían cortado el pelo. Se notaba que la habían golpeado, le habían dejado cicatrices en la espalda de los azotes. La habían sometido a un juicio popular, su «delito» fue haberle vendido gaseosas al Ejército. Y no la mataron porque alguien por allí pidió clemencia. Ese tipo de cosas hizo que la gente, poco a poco, se desengañara de Sendero Luminoso y ya no los considerara como los Robin Hood. Su línea extremista no les permitía comprender el interés popular. En esas circunstancias llegué al Huallaga.

Usted anteriormente ha hecho una crítica a la doctrina militar contra-insurgente, ¿cómo se va ratificando esa impresión en su experiencia en las zonas de emergencia?

La doctrina militar resultaba en muchos casos impracticable. Normalmente, el Ejército llega a un sitio a defender el Estado de derecho, pero en este caso no había Estado. El oficial tenía que hacer las veces de juez, de fiscal, de padre, de cura, de hermano, de hijo, etcétera. Y eso no estaba escrito en ningún manual, sino que pasaba por aplicar el sano juicio, el sentido común y la disciplina.

El Estado estuvo ausente en las zonas de emergencia y su único instrumento eran las fuerzas del orden, representadas en muchos casos por subtenientes y tenientes bisoños, con poca experiencia o, en el mejor de los casos, por capitanes. A ellos se les encargó la administración de bases contrainsurgentes, pero también tenían que administrar un conjunto de poblados, tenían que ver simultáneamente la parte política y la militar dentro de su jurisdicción. ¿Por qué? Sencillamente porque si no lo hacían, lo hacía Sendero Luminoso. Allí está el origen del grave problema moral y ético que tiene que encarar la clase política que gobernó el país y administró el Estado.

La población percibe la ausencia del Estado cuando no hay nadie de este que «norme la vida comunal». En estos poblados, Sendero Luminoso administraba la justicia e imponía sanciones que todos los pobladores acataban y respetaban. Sendero administraba la educación e imponía su propio plan de estudios, de tal manera que resultaba inaudito, por no decir algo más duro, observar cómo el gobierno pagaba a maestros que, bajo la amenaza de «juicio popular», enseñaban la doctrina senderista, y luego llenaban los papeles para que el Ministerio de Educación les entregara las remuneraciones y demás prestaciones correspondientes. Sendero también administraba la salud y disponía de las postas médicas, de los médicos y de los enfermeros que, en silencio, curaban a sus heridos con las medicinas del Estado, quienes en muchos casos tenían que trasladarse para atender «a domicilio» a los heridos de las columnas senderistas, obviamente sin que el Estado se enterara, pues estos casos no se reportaban. Arbitraban e incluso, muchas veces, normaban las transacciones comerciales, como el precio de la arroba de hoja de coca o de ciertos insumos químicos, todo ello, por supuesto, al margen de ENACO.

En una oportunidad llegué a un poblado en la zona del Huallaga, alojé a mi patrulla en un aula del colegio y, de curioso, me puse a revisar los documentos educativos y los trabajos de los alumnos. Así me percaté de que, en realidad, del programa oficial, los profesores respetaban las asignaturas de ciencias, lo que podría llamarse «cursos generales», pero lo otro que enseñaban era el pensamiento del «camarada Gonzalo», la República Popular de Nueva Democracia (RPND), la Revolución China, el Ejército Guerrillero Popular y la mística del combatiente revolucionario, entre otras asignaturas. Llamé a uno de los profesores que se encontraban en el poblado, quien me corroboró que así eran las cosas allí, que los profesores rendían cuentas al mando

político de la zona sobre el desempeño de los alumnos en los cursos «senderistas», y sobre los cursos generales se daba cuenta a la USE. Este profesor, nervioso, entre miedo y vergüenza, me dijo: «Fatal es, mi oficial; si no es juicio popular. Ustedes no viven permanentemente aquí, Sendero sí». Sendero Luminoso «promocionaba» a los alumnos más destacados, a los que invitaba a ser parte activa de su organización.

¿Cómo era la vida en la base? ¿Cuáles eran sus funciones y de qué mando dependía la base de Madre Mía?

Era una compañía contrainsurgente, con un efectivo variable. Podía tener entre sesenta y ochenta hombres. Era una pequeña unidad de combate, cuya actividad básicamente era patrullar. Teníamos que buscar a la columna armada de Sendero Luminoso para enfrentarla y proteger a la población, es decir, el enfrentamiento armado con Sendero era algo que lo asumíamos como normal. Todos los días dábamos instrucción a la tropa y nos entrenábamos para el combate. A través de la radio, había una relación permanente con el puesto de comando, que estaba en Tingo María y desde allí el comandante disponía la salida de patrullas.

En el Huallaga, Sendero Luminoso había alcanzado un poder militar superior al que mostraba en Ayacucho. En Ayacucho se podía patrullar con quince hombres; en el Huallaga eso era un suicidio. Las patrullas eran de treinta o cuarenta hombres. En la práctica, Sendero tenía el mismo armamento y medios de comunicación que el Ejército, con la ventaja para ellos de que, cuando patrullas en la selva, cuando tomas una trocha o cruzas un río, ya es predecible la dirección que llevas y los poblados por donde vas a pasar. Allí nadie patrulla, machete en mano, abriendo trochas. No es como ir por las calles de una ciudad donde es muy difícil determinar la dirección y predecir el itinerario final de alguien, por la cantidad de opciones que se pueden elegir. En la

selva es muy predecible la ruta o el itinerario de una patrulla. Eso facilitaba a los senderistas el trabajo de inteligencia, porque tenían organizada la zona en fuerzas de base, local y principal, cuyos comités informaban por diversos medios (radio, motos, mensajeros y otros) si pasaba o no una patrulla. Así emboscaron a una patrulla donde iba el teniente jefe de la base en 1991. La patrulla cruzó el Huallaga y agarró una trocha que lo llevaba obligatoriamente al río Primavera, lugar donde fue emboscado. La fuerza local informó a la fuerza principal de Sendero que una patrulla se dirigía hacia ese lugar. De manera que la esperaron en el río Primavera y mataron a sus integrantes.

¿Entró alguna vez en combate contra Sendero Luminoso?

Sí, en varias oportunidades.

¿Cómo fue? ¿Qué se siente en ese momento cuando se ve la columna?

Mucha tensión por el riesgo en sí, por la incertidumbre de no saber qué puede suceder y por la responsabilidad que conlleva el dirigir a un grupo humano. La geografía boscosa y montañosa del Huallaga es una ventaja para el que embosca, pues no permite detectarlo fácilmente. Lo que te anunciaba el combate era el disparo y, normalmente, el que dispara primero es el que vence; ganar la iniciativa y tener reacciones rápidas eran factores fundamentales para sobrevivir. Desde que salías de la base generabas adrenalina, porque en muchas oportunidades sabías que en cualquier momento te podía caer un disparo en la cabeza.

Por lo general iban varios miembros de la patrulla adelante, observando el camino, y el grueso seguía detrás, a unos cincuenta o cien metros. Cuando se tomaba contacto con la población, se preguntaba si tenían novedades, y más o menos, por el comportamiento de las personas, uno se podía ir dando cuenta de la posible presencia insurgente, por la actitud sospechosa

que uno aprende a detectar rápidamente por experiencia. Por ejemplo, si en un poblado observas que no hay varones, o cuando alguien te miraba y se escapaba, o cuando están «poshecos»,⁴ eran indicios —no pruebas—, de que algo estaba sucediendo. Había que saber conversar con la gente y ganarse su confianza; por ejemplo, si uno no habla quechua siempre es bueno tener alguien que sí lo hable, porque hablar la misma lengua materna inspira confianza.

¿De qué manera se sentía particularmente la presencia de Sendero Luminoso?

En la mayoría de las zonas donde existía la presencia de Sendero Luminoso, su organización era clandestina: ejercía el control poblacional, pero no el control territorial; es decir, si algún poblador requería salir de su zona tenía que pedir autorización al mando político de Sendero Luminoso. También era común que tuviera tierras dentro de la comunidad (las tierras del partido) y cuando llegaba una patrulla militar a dichas localidades, eran recibidos por las autoridades formales, quienes en la mayoría de casos, por miedo o por desconfianza, no denunciaban lo que estaba sucediendo. En cambio, donde Sendero Luminoso declaraba un territorio liberado,⁵ los senderistas disputaban con las fuerzas del orden ya no solo el control poblacional, sino también el control territorial, mediante trampas cazabobos, minas y centinelas o vigías, entre otras formas. Sendero Luminoso instalaba centinelas en los pasos obligados y, en caso de que ingresara alguna patrulla militar a dicha zona, llegaban al extremo de envenenar los alimentos.

Normalmente, en los combates cada uno se llevaba sus muertos y heridos. Sendero Luminoso no dejaba ni heridos ni muertos al adversario y nosotros tampoco. En estos enfrentamientos uno se hermanaba más con los soldados. El trato del oficial con el sol-

dado era diferente en las zonas de emergencia que en las otras guarniciones. Nosotros trabajábamos por parejas sin distinción de grados, y en caso de problemas, la pareja era el llamado a auxiliar al otro.

En estas zonas, muchos soldados tenían experiencia de combate y no bastaba la autoridad legal para desempeñarte como jefe de patrulla, sino que debías tener legitimidad, y eso te lo daba el patrullaje: patrullando y combatiendo era como te ganabas el respeto de tus subordinados. Una cosa es el grado, pero, como se dice, para ir a la guerra no basta el grado, no basta ordenar, sino comandar, y ahí tienen que respetarte y obedecerte. Por ejemplo, yo tenía un sargento que había estado en tres o cuatro enfrentamientos. Era chiquito, pero los más grandazos le tenían miedo y respeto. Entonces, ¿cómo hacer para que este muchacho te respetara, si no tenías ningún enfrentamiento? Había que salir a patrullar y demostrar que eras tan valiente o decidido como él. Me acuerdo de un patrullaje que hicimos en una zona difícil y yo me ubiqué en la punta y el sargento también se puso a mi costado. Los dos avanzábamos, íbamos alargando los pasos, para ver quién llegaba antes a un puente famoso por ser una zona de emboscadas y quién lo cruzaba primero. Más que una competencia entre un sargento y un capitán, era una manera de demostrar a la patrulla que allí había llegado una persona que no solo estaba decidida a combatir, sino también, al margen del grado, estaba decidida a liderar la patrulla. Era una forma de ganarte el respeto de la patrulla.

¿Cómo era la relación con los pobladores de la zona, aparte de esta división que había con los colonos?

Fue excelente y sobre la base del respeto mutuo. En la sierra existe el trabajo comunal, la mita, una tradición andina y acá lo llamaban faenas. La amplitud y lo accidentado del territorio

no nos permitía estar con frecuencia en todos los lugares. Por lo tanto, aprovechábamos estas faenas dominicales para tomar contacto con la población, poder conocerlos y que me conozcan. Me tomaba el trabajo de conversar con ellos, uno por uno, en privado, como normalmente acostumbramos los oficiales hacerlo con nuestro personal de tropa. Anotaba sus problemas. Ahí salían muchas cosas. También jugábamos fútbol o trabajábamos con ellos. Estar en contacto con la gente nos ayudaba mucho.

Había lugares que estaban a dos o tres días de camino de la base, donde el Estado no estaba presente, y por lo tanto existían muchos problemas relacionados con temas de administración de justicia. ¿Quién administra la justicia en un pueblo donde no hay Estado y la gente es pobre? Los problemas eran en muchos casos domésticos para uno de la ciudad, pero para ellos tenían una gran importancia. ¿A quién se quejaban entonces? ¿Dónde estaba el Estado? El Ejército, la base, era lo único que había.

El campesino, por ejemplo, iba a la base militar, que estaba a dos o tres días de camino, para quejarse de que su vecino había matado a su vaca. ¿Qué tenía que ver o qué tenía que hacer ahí un oficial que ha ido a combatir a Sendero Luminoso? Porque no se podía enviar a una patrulla, dos días de camino, para dar solución a ese problema, y no porque no fuera importante para ellos, sino porque esa no era tu función: estarías arriesgando la vida de treinta personas por solucionar ese problema particular. De eso se daba cuenta el campesino y entonces a la siguiente ocasión a lo mejor venía y en vez de contarte el verdadero problema te decía: «He escuchado que mi vecino es "terrucó". Es terrorista, tiene reuniones en la noche, tiene un cargo, es el que controla el pueblo, de repente tiene armas». Entonces ya con esta «historia» salía la patrulla. El campesino no recuperaba su vaca, pero obtenía venganza, o bien, se quejaba a Sendero Luminoso, que sí podía solucionar el verdadero problema, pues su orga-

nización política, a diferencia del Estado, sí estaba presente en esas zonas. Esas cosas había que discernirlas con mucha paciencia e inteligencia para evitar cometer injusticias. Era una zona muy compleja.

¿Cuál era la principal ventaja digamos militar de Sendero sobre ustedes?

La ventaja de Sendero Luminoso sobre nosotros, entre otras, era que tenía una fuerza altamente móvil. En la base, donde puede haber ochenta personas, tenías cuarenta roperos, cuarenta catres, un mortero, un polvorín con explosivos, ollas, toda una infraestructura administrativa que no te permitía contar con los ochenta hombres simultáneamente para el combate, porque alguien se tenía que quedar cuidando el armamento, el material de comunicaciones y demás infraestructura administrativa de la base. Entonces, en realidad, disponías como máximo de cincuenta hombres, mientras que Sendero Luminoso, si tenía ochenta, los ochenta estaban disponibles. Era una guerrilla que reclutaba en la misma zona; no tenía bases fijas. Además, tenía la ventaja del conocimiento del terreno, porque los que integraban sus columnas normalmente eran gente del lugar.

Un soldado se ganaba su fusil haciendo sus ejercicios de tiro, mediante un programa centralizado en esa época en los centros de reclutamiento del Ejército, disparando sobre siluetas de papel o de lata, mientras que el insurgente se ganaba el fusil asesinando al dueño del fusil, es decir, a un policía o a un soldado. Además, el soldado cumplía un tiempo determinado: dos años de servicio militar. El insurgente entraba y no salía. Se quedaba de diez a quince años. ¿Qué soldado hay con quince años de experiencia en el combate? Esas eran las ventajas de Sendero Luminoso: ellos tenían una fuerza combatiente de años en la zona, con personal curtido en el conocimiento del terreno; nuestra gente no.

DEL MANUAL DE COMBATE ME 41-7 AL ETNOCACERISMO COMO DOCTRINA CONTRAINSURGENTE

¿Cuánto tiempo estuvo allí y por qué se puso el seudónimo de capitán Carlos?

El tiempo de permanencia en la zona de emergencia era de un año. En general, ese fue mi tiempo de permanencia en cada zona donde trabajé. Carlos fue el seudónimo que me asignaron. Lo usual era que cada cual escogiese el suyo, salvo que el oficial superior ya le hubiese asignado uno. Poner seudónimos era una norma del Ejército. En esa guerra, todos lo usaban: Sendero Luminoso empleaba «camarada fulano o mengano», el Poder Judicial utilizaba los jueces sin rostros y las fuerzas del orden también apelaban a los seudónimos. Esto se hizo necesario porque Sendero Luminoso empezó a amenazar y agredir a los familiares de los miembros de las fuerzas del orden y del Poder Judicial.

Sendero Luminoso se inició como una organización política que terminó dándole más prioridad a la lucha armada, y particularmente al terrorismo, que a sus fines autoproclamados. Tenía organizaciones «de fachada» como Socorro Popular, Abogados Democráticos y otras, que fácilmente podían identificar a los soldados que trabajaban en las zonas de emergencia. Los oficiales que iban a combatir a esas zonas al principio lo hacían con su nombre verdadero, hasta que comenzaron a asesinar al hijo de un capitán o a la esposa de un comandante, entre otros.

El Estado y el Ejército percibieron que Sendero Luminoso estaba combatiendo contra los oficiales por medio de sus familias. Así no se podía combatir, porque te estaban golpeando por el lado más vulnerable. Entonces se decide que los miembros de las fuerzas del orden destinados a las zonas de emergencia guardaran su identidad en reserva y se crean los seudónimos. A partir de allí, nadie debía saber el nombre de los demás, y eso se respetaba. Nadie preguntaba el nombre a los demás, ni tampoco lo mencionaba incluso si lo conocía por haber sido compañeros de promoción. Por seguridad y respeto mutuo nos llamábamos por el seudónimo.

Lo mismo sucedió con el Poder Judicial. Se acusaba a los jueces que soltaban a los terroristas, sin reparar en que lo hacían al verse amenazados por Sendero Luminoso, que ubicaba a la familia del magistrado. Eso creaba una desazón. Imagínate que has tenido en tu pueblo el valor de comunicar al Ejército la identidad de un mando senderista, que la patrulla lo capturaba y lo entregaba al Poder Judicial y que a la semana lo dejaban en libertad. Este señor regresaba al pueblo sabiendo que tú lo habías «delatado» y el Ejército no podía darte protección permanente. ¿Ibas a esperar que cuando pasara la guerrilla te sometieran a «juicio popular»? En la noche te estabas fugando.

¿Cuál era el significado de los seudónimos para el Ejército y para Sendero Luminoso?

Para Sendero Luminoso, el empleo de seudónimos tenía un mensaje de renuncia a la sociedad, a la que ellos en la práctica le declararon la guerra. Todos ellos voluntariamente desaparecieron del Estado y, por lo tanto, el seudónimo les servía para romper toda atadura de cualquier índole con el Estado de derecho que pudiera limitar su acción o medrar en su moral.

Para las fuerzas del orden y para el Poder Judicial, el empleo de seudónimos —o su equivalente, ponerse un «velo» sobre el rostro—, se constituía en una necesidad para poder tener la tranquilidad de que el «frente interno» (entiéndase, la familia), estaba resguardado, mientras ellos se dedicaban a defender al Estado, pero esto se llevó a cabo sin una preparación previa y adecuada del personal militar que iba a involucrarse en este conflicto interno, y con la aprobación de un Manual Militar de Operaciones Contrainsurgentes, el ME 41-7 (1989), durante el gobierno del señor Alan García, que abiertamente disponía la eliminación de los miembros armados y los no armados de Sendero Luminoso: Comités Populares, intelectuales y toda su estructura política administrativa. Es probable que algunos sectores de las fuerzas armadas hayan encontrado en los seudónimos, una disposición consecuente del Manual Militar y del mensaje político de los diferentes gobiernos que era la eliminación de toda la organización de Sendero Luminoso, a cuya membresía catalogaban de «delincuentes terroristas». De manera que, en algunos casos, esta medida también favoreció la impunidad.

La decisión política de los diferentes gobiernos de turno de autorizar el uso de seudónimos o el velo en el rostro de los jueces, fue un síntoma que mostraba que ni el Estado ni las fuerzas del orden estaban preparados para este tipo de guerra. Como dije antes, el Ejército se había alimentado con doctrinas estadounidenses y francesas, basadas en experiencias de guerras coloniales, que resultaban inadecuadas para un conflicto interno como el peruano.

¿Esa doctrina produjo reacciones en los jóvenes oficiales como usted?

Durante la guerra contrainsurgente, la oficialidad joven, los que «salíamos a patrullar», como decíamos para diferenciarnos de

los oficiales superiores, que eran los que planeaban las operaciones, nos dimos cuenta del desfase en la aplicación de la doctrina, porque, entre otras cosas, esta tendía a poner a la población en el centro del combate, cuando lo que requeríamos era separar a la población de las huestes senderistas. Por esa razón, en las escuelas de armas donde los oficiales jóvenes retornábamos periódicamente a realizar cursos de perfeccionamiento profesional, se empezó a cuestionar de manera reservada la doctrina de guerra contrainsurgente, y a crear una doctrina propia desde el seno de la oficialidad más joven. Conforme regresábamos de las zonas de emergencia intercambiábamos experiencias importantes. La nueva doctrina empezó por cuestionar la que estaba vigente. Empezó en las Escuelas de Oficiales y ahí surgió el etnocacerismo, como una doctrina militar nacida desde abajo, para asumir a partir de otro enfoque la guerra contra Sendero Luminoso. Aprender a combatir combatiendo. No fue una doctrina política.

¿En qué año surgió? ¿Esa corriente era conocida o clandestina?

El etnocacerismo surgió en 1987. En un principio era reservado, pero no conspirativo. Surgió de la discusión de las experiencias de los oficiales alumnos. La metodología de trabajo para los oficiales alumnos en las escuelas de armas y servicios del Ejército está basada en el funcionamiento de grupos de estudios, lo que facilitó la discusión y el intercambio de experiencias en esos grupos.

¿Cuándo vio por primera vez el Manual de Combate ME 41-7?

Fue en 1989, cuando yo estaba en el proceso de promoción de teniente a capitán, pero antes de hablar del manual quisiera contextualizar este tema. La subversión empezó en 1980 y los cadetes que estábamos en la Escuela empezamos a sentir los golpes cuando conocimos de las primeras bajas de oficiales y soldados,

entre las que se encontraban algunos oficiales recién graduados, que solo nos llevaban algunos años de antigüedad, a quienes conocimos en el Batallón de Cadetes de la Escuela Militar. Esas noticias nos conmocionaron. Ahí se inició el cuestionamiento a la doctrina vigente. Tan desorientados estábamos que, en una reunión de cadetes de artillería, tratando de analizar la guerra contra Sendero, alguien dijo con vehemencia que había que «meter tanques» en Ayacucho. Seguramente este cadete no conocía que Ayacucho es una zona accidentada y montañosa, en la que resulta impracticable el empleo de unidades blindadas.

Las escuelas de armas enseñaban una doctrina de guerra convencional muy completa y detallada, basada en las experiencias de la Segunda Guerra Mundial. Sus cálculos eran muy exactos para el planeamiento de las operaciones. Por ejemplo, para el abastecimiento de un Ejército de Operaciones se utilizaba un conjunto de tablas de cálculo que llegaban a establecer inclusive el nivel de consumo de agua que debía asignarse a cada soldado, con un consumo detallado por día, diferenciados los días de combate de los de no combate y, dentro de los días de combate, se hacía distinción entre el primer día y el combate del segundo, entre otras cosas, pero muchos de estos cálculos resultaban irrelevantes y hasta ociosos. Eran inútiles si se tomaban a pie puntillas y no como una referencia, teniendo en cuenta los tiempos actuales y que nuestro Ejército debe desenvolverse en otra realidad geográfica, diferente al escenario de la Segunda Guerra Mundial.

En cuanto a guerra no convencional, la doctrina establecida resultaba impracticable en nuestra realidad. Curiosamente, sobre este tipo de conflictos, del cual tenemos mucha experiencia, el Comando del Ejército de ese entonces se contentaba con lo importado. Esos manuales extranjeros hacían agua por todos lados. En ese contexto, durante el año 1989 se oficializa en un

manual (ME 41-7) una doctrina contrainsurgente basada en operaciones colonialistas de los Estados Unidos y Francia en territorios no nacionales.

¿Es ahí donde surgió una corriente contestataria, revisora, alternativa de dicha doctrina?

Ahí surgió una corriente de creación de una nueva doctrina militar frente a los manuales de operaciones contrainsurgentes, incluido posteriormente el ME 41-7, que más tarde se denominó etnocacerismo. Inicialmente, de manera reservada, la nueva doctrina era clandestina debido a la reacción virulenta de los oficiales instructores, que no permitían la crítica abierta a la doctrina vigente, y que más bien asumían una defensa tipo *kamikaze* de esta. Lo que se hacía en las escuelas era casuístico. Los oficiales contábamos nuestras experiencias en las zonas de emergencia y aprendíamos de estas experiencias, a falta de una doctrina aplicable.

¿Ese manual puede haber contribuido a la masiva desaparición de personas?

Creo que sí. En más de diez años de guerra interna, pasaron más de 12 000 oficiales por las diferentes zonas de emergencia, quienes llevaban consigo ese manual como la *Biblia*. Hubo violaciones de derechos humanos por ambos bandos. En el caso de los miembros de las fuerzas del orden, dicho manual les decía que tenían que eliminar físicamente no solo a los elementos armados de Sendero Luminoso, sino también a sus dirigentes políticos y administrativos, que no necesariamente podían tener armas. ¿Cómo determinar quiénes eran los dirigentes de Sendero en los poblados, pues muchos eran obligados por la columna insurgente para asumir esas responsabilidades? Y, nuevamente, ¿cómo discriminar qué dirigentes, por su importancia, podían

ser considerados dentro de la categoría del ME 41-7 y quiénes, por su poca importancia, no debían ser tomados en esa categoría? Es obvio que estas disposiciones, sobre todo la eliminación de los miembros no armados de Sendero Luminoso, resultaban sumamente contradictorias desde el plano de la ética y la moral que sostiene a toda Fuerza Armada.

Este manual minó la moral de los soldados y muchos de nosotros nos negamos a acatarlo, porque su enfoque del conflicto nos rebajaba a la categoría de mercenarios o sicarios, pues, como soldados, no podíamos actuar como lo hacía Sendero Luminoso. Eliminar civiles, sembrar el terror dentro de los poblados, tarde o temprano, condena a cualquier Fuerza Armada a la derrota moral. Entonces, dentro del Ejército algunos oficiales jóvenes cuestionamos esta doctrina y rescatamos la importancia que tenía la adhesión de la población para vencer a Sendero Luminoso. Así surgió el etnocacerismo.

¿Es decir que el etnocacerismo no fue una ideología creada con fines políticos?

No lo fue. Era el nombre que se le dio al surgimiento de una nueva doctrina militar de guerra contrainsurgente, que nació en el seno de la oficialidad joven, «los que patrullaban», ante la impracticabilidad de la doctrina vigente expresada en el ME 41-7.

Apareció entonces básicamente para combatir a Sendero Luminoso...

Sí, esa fue su finalidad. Se llamaba así por dos cosas: etno, porque se trataba de integrar las diferentes etnias que hay en el país como aliados contra Sendero Luminoso, y cacerismo, como recuerdo del mariscal Andrés Avelino Cáceres, patrono del arma de infantería, héroe nacional, que en la guerra con Chile empleó la táctica de unir al soldado y al pueblo, movilizándolo a las poblaciones del interior del país a alistarse en el Ejército y de

esta manera continuar la guerra con Chile hasta su expulsión de nuestro territorio. El tayta¹ Cáceres, como el pueblo lo llamaba con cariño después de la ocupación de Lima, se fue a la Sierra y comenzó a crear ejércitos con la población. En respuesta a la destrucción de nuestro Ejército regular, creó uno nuevo y le dio a la guerra un nuevo significado: el de guerra de liberación nacional.

Por eso lo llamamos etnocacerismo. Y surgió solo como un proyecto de doctrina contrainsurgente. Tanto es así, que en el pronunciamiento que suscribo en ocasión del levantamiento del 29 de octubre de 2000 que conduje contra la dictadura de los Fujimori y Montesinos, hablo de una marcha de remembranza etnocacerista para, de esa manera, recordar la acción de nuestro héroe el mariscal Cáceres y la guerra de liberación nacional. En otras palabras, si no renunciaban los Fujimori, íbamos a comenzar a crear ejércitos con los reservistas en cada pueblo para defender el orden constitucional interrumpido.

El problema fue que dentro del Ejército, como en las instituciones verticales y disciplinadas, no se acepta fácilmente una doctrina que critica la vigente y, más aún, si es elaborada desde «abajo». Por eso hubo un proceso de investigación y castigo a oficiales que estaban comprometidos en la elaboración de esta nueva doctrina.

*¿Su hermano Antauro participó en la elaboración de esa doctrina?
¿Quiénes participaron?*

Sí, él tuvo una importante participación. Los oficiales, sobre todo de infantería, artillería e ingeniería, nos reuníamos de manera independiente, en las respectivas escuelas de armas. En esas reuniones analizábamos y desarrollábamos esta doctrina, básicamente encaminada a hacer participar a la población en la lucha contra Sendero Luminoso.

Dentro del círculo de estudios donde estaba Antauro, el de infantería, se descuidó la seguridad. Ello se notó en las disertaciones y conferencias, mediante una posición de crítica frontal a la doctrina y a los manuales de estudio. Hubo entonces una alerta del Servicio de Inteligencia, el cual informó al Comando del Ejército que había oficiales alumnos que cuestionaban la doctrina contrainsurgente vigente y que hacían críticas a ese Comando, según ellos, desde un enfoque marxista. De esta manera, el intento de reemplazar la vieja doctrina contrainsurgente del Ejército por otra que sí nos podía llevar a la victoria, fue tomada por el Comando del Ejército como un problema de indisciplina y de seguridad, ocasionado por un grupo de oficiales «comunistas» y «filosenderistas», cuya lealtad a la institución se encontraba en tela de juicio.

¿Por qué se tuvo esa percepción en el alto mando?

Por criticar abiertamente la conducción de la guerra y sus resultados, tales como el aumento de las zonas de emergencia, las denuncias cada vez más frecuentes de «excesos» y otras; por decir que íbamos a hacer participar al pueblo en el conflicto; y sobre todo porque no se veía la paz a corto plazo. El hecho de cuestionar lo que se enseñaba sonaba a subversión. Al final del curso, uno de los círculos de estudio decidió seguir manteniendo correspondencia entre sus miembros. El Servicio de Inteligencia del Ejército interceptó una carta en la que se hacía una serie de críticas a la doctrina y también al Comando del Ejército. Este hecho trajo como consecuencia la detención de algunos oficiales, entre ellos mi hermano Antauro, y a mí me quitaron el comando de tropa y me confinaron en el Hospital Militar en «cuarentena».

Gracias a un amigo, me enteré de la detención de Antauro y ese mismo día por la noche fui al Servicio de Inteligencia acom-

pañado por mi padre. Hablé con el coronel, jefe del Servicio, y le pregunté por qué lo habían detenido. Lo negó al principio, pero después reconoció el hecho y dijo que se estaba haciendo una investigación militar. Al día siguiente, me llamó con urgencia mi jefe de unidad, del Grupo de Artillería Blindada No. 211 (GAB 211), ubicada en el Fuerte Rímac, y me ordenó que fuera al Hospital Militar Central a presentarme al departamento de Neumología. Allí me esperaba el coronel jefe de dicho departamento, quien apenas me recibió me comunicó riéndose que, por orden superior, yo tenía tuberculosis y, por lo tanto, debía internarme de inmediato, por lo cual me dio unas pocas horas de plazo para que regresara al hospital con mis cosas personales. Obviamente, a mí no me causó gracia. Permanecí poco más de un mes entre los enfermos de tuberculosis, el mismo tiempo que duró la detención de mi hermano y del resto de los oficiales. Así, pues, con el objetivo de modificar la doctrina contrainsurgente, es que nació el etnocacerismo.

¿Un origen militar básicamente?

Sí; por ejemplo, en guerra convencional, la doctrina militar —heredada de la Segunda Guerra Mundial— te enseñaba que se inicia la ofensiva cuando tienes una superioridad de tres a uno frente al enemigo, y que te pones a la defensiva cuando el enemigo es tres veces superior a ti. Veías en las escuelas a los oficiales alumnos lucirse como artistas, porque hacían de la maniobra un arte. Bueno..., triplicando en fuerzas al adversario resulta muy difícil no darte esas licencias y ganar holgadamente, pero a nuestro juicio, el verdadero estratega tenía que mostrarse capaz de conducir una ofensiva cuando la situación era al revés: cuando el otro tenía tres y tú uno; y cuando planteábamos estas ideas los instructores nos miraban como bichos raros: «¿Y este qué tiene?». Entonces los instructores y los oficiales alumnos

que tenían la característica de ser «pegados a los reglamentos», empezaban a identificarnos como los oficiales «subversivos» porque cuestionábamos la doctrina. Incluso, en una conferencia que se dio en la Escuela Militar, a un oficial que empezó a cuestionar una parte de la doctrina contrainsurgente le dijeron en la discusión que era una «sandía», verde por fuera, en alusión al color del Ejército, y rojo por dentro, en alusión al color rojo característico de Sendero Luminoso.

Estos cuestionamientos también se les hacían al gobierno y a la cúpula militar, por la actitud de minimizar a Sendero Luminoso, cuando ya tenían cuatro o cinco años en pie de guerra; a nuestro juicio ese desdén demostraba el poco conocimiento que nuestros mandos tenían de Sendero. Lo primero que había que entender era que se trataba de una organización política en armas, con una ideología, y que mucha gente estaba entregando su vida por esa ideología. En otras palabras, el principal problema era social y la explosión de la violencia no era el origen sino la consecuencia de problemas que venían arrastrándose de atrás: la exclusión de amplios sectores de la población, la inexistencia del Estado para cumplir sus funciones en las zonas del interior del país y las injusticias históricas que han sufrido estas poblaciones, entre otras. Todo esto hacía de la mayor parte de nuestro territorio zonas potencialmente explosivas. ¿Cómo combates eso? ¿Con fusiles o con ideas? ¿Con Estado o con soldados? Expresábamos esas verdades que los generales no les decían a los presidentes de la República.

Los presidentes dijeron: «Que vaya el Ejército y solucione este problema». Lo dijo Belaunde, pero se negó a firmar la orden de ingreso del Ejército a las zonas de emergencia. Alan García no solo hizo lo mismo, sino que en su gobierno se formó el Comando Rodrigo Franco, y con Alberto Fujimori se formó el grupo Colina. Entonces, cuando uno cuestionaba estas cosas, aparecías como subversivo.

¿Ustedes aplicaron la doctrina etnocacerista o siguieron el Manual ME 41-7?

No seguimos ese manual. Habría habido más violaciones de derechos humanos y con toda seguridad perdíamos la guerra. En la teoría, se decía que había que ganar a la población, pero, simultáneamente, se daba carta libre para matar a quien resultara sospechoso de pertenecer a la organización senderista, incluso si no era un combatiente armado, sino un simple administrativo. Por eso no la aplicamos. El etnocacerismo fue una doctrina para combatir a Sendero Luminoso; no era una doctrina política, ni una doctrina para combatir al pueblo.

Pero una buena parte del Ejército debió aplicarlo, ¿no? Porque si no, no se entiende cómo ha habido tantas víctimas, de ambos lados y entre la población civil.

Claro. Esa es una responsabilidad del gobierno que aprobó el Manual ME 41-7. De acuerdo con el trabajo realizado por la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR), el costo de vidas humanas al término de la guerra contrainsurgente fue de aproximadamente 70 000 víctimas y 8 000 desaparecidos, de los cuales la responsabilidad del 52% corresponde a Sendero Luminoso, 2% al Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, 32% a las fuerzas del orden, 2% a los Comités de Autodefensa² y el 12% es indeterminado, es decir, no se ha podido definir a quién compete. Sabemos que los principales líderes de las fuerzas insurgentes ya han sido capturados y están asumiendo la responsabilidad política y penal de este conflicto, pero ningún representante del Estado peruano asume la que le corresponde por el 32% de las víctimas que le imputa la CVR. De manera que, en la práctica, este costo se individualiza y se reparte entre los miembros de las fuerzas del orden.

¿Cómo juzga la actuación de los gobiernos que enfrentaron a Sendero? ¿Qué responsabilidad tuvieron en lo sucedido? ¿Por qué Alan García pronunció un discurso en Ayacucho defendiendo la mística de esa organización?

Creo que ninguno de esos gobiernos estaba preparado para combatir a Sendero Luminoso. Belaunde los confundió con abigeos. Alan García publicó el Manual ME 41-7, creó el grupo paramilitar Rodrigo Franco y fue incapaz de evitar que la guerra interna alcanzara el clímax de la violencia, con asesinatos selectivos, apagones y coches bomba. Fujimori, en la misma tónica del gobierno anterior, autorizó al SIN a crear grupos especiales de inteligencia como el Colina, y apostó a la solución militar del conflicto, en vez de a una solución política, para lo cual aumentó el número de efectivos del Ejército en la lucha contrainsurgente.

Creo que el mismo Comando del Ejército no entendió bien este problema, salvo excepciones como el general Cisneros Vizquerra, entonces ministro de Guerra, quien le dijo a Belaunde que tenía que enviar al Estado más que al Ejército, o el general Huamán, quien afirmó en Ayacucho que el problema no solo era militar, sino político, económico y social. El Estado nunca cumplió con estas poblaciones. Esas comunidades vivían olvidadas por los diferentes gobiernos y llegó Sendero Luminoso y les dijo: «¡Vamos a cambiar esta situación!». No es que ellos entendieran el significado de la lucha de clases, sino que todos los gobiernos prometían muchas cosas y no cumplían.

Sendero Luminoso se había abierto un espacio dentro de la sociedad ayacuchana por medio de la Universidad San Cristóbal de Huamanga, donde surgió su núcleo inicial; luego este núcleo creó la primera Escuela Militar insurgente. En sus inicios, tuvo mucha acogida en la población. Basta recordar el concurrido entierro de Edith Lagos,³ un claro mensaje a la clase política li-

meña sobre la magnitud del problema que recién estaba manifestándose en público.

En su desesperación por no encontrar la solución y, a la vez, tratando de «sintonizar» con los sentimientos de la población ayacuchana que reclamaba un cambio, durante el congreso de la juventud aprista realizado en Huamanga, Alan García alabó públicamente la mística y coherencia de los senderistas, incluida la camarada Edith Lagos, y criticó a las fuerzas del orden y a la propia militancia aprista por no tener esa convicción.

¿Eso en el Ejército cómo cayó?

Pésimo. Alan García estaba desmereciendo el trabajo de las Fuerzas Armadas que ya habían sufrido numerosas bajas en combate. En esas condiciones, que usted venga a alabar al enemigo y a criticar a sus Fuerzas Armadas es, sencillamente, bajarles la moral. Creo que García no entendió la repercusión de su mensaje y cometió un error. Pienso también que hay una responsabilidad política, que él como jefe de Estado y jefe supremo de las Fuerzas Armadas todavía no ha asumido, como sí lo están haciendo los responsables de la guerra desde la otra orilla: Abimael Guzmán, máximo líder de Sendero Luminoso, y Víctor Polay, máximo líder del MRTA, quienes desde hace años responden ante la justicia por la participación de sus respectivas organizaciones en la guerra interna. Sin embargo, los gobiernos de turno que participaron en esa guerra hasta ahora no han asumido su responsabilidad política, por ejemplo, por crear y aplicar el Manual ME 41-7, que inducía, entre otras cosas, a la violación de derechos humanos.

LOS DERECHOS HUMANOS

En países como Argentina y Chile, entre otros, en las décadas de 1960 a 1980 hubo dictaduras militares que asesinaron, desaparecieron y forzaron a exiliarse a decenas de miles de personas vinculadas a organizaciones de izquierda. Las organizaciones de derechos humanos han denunciado los abusos cometidos en ese período. Incluso está claro quiénes son los responsables: los integrantes de aquellos gobiernos dictatoriales. Sin embargo, los miles de asesinados y desaparecidos en el Perú se dan con gobiernos democráticos y no hay responsables, aunque se ha abierto proceso a militares de rango intermedio por presunta violación de derechos humanos. ¿A qué se debe esta diferencia?

Como usted correctamente señala, lo que ha pasado es que en el Perú, a diferencia de Chile, Argentina y otros países, los gobiernos que condujeron la guerra interna eran supuestamente democráticos. Si hubieran sido dictaduras militares, los responsables de la violación de derechos humanos por parte del Estado habrían sido sometidos a juicio, pero como fueron civiles los que llevaron la dirección de la guerra y esos mismos se mantienen en el poder, sencillamente le endosan la responsabilidad a las fuerzas del orden. Los mandos militares hasta ahora no han dicho esa verdad y vienen, en silencio, permitiendo que ella recaiga en los miembros de nuestras instituciones castrenses y policiales.

También, a diferencia de otros procesos donde el Estado es el principal represor y autor de las desapariciones y violaciones

de derechos humanos, en el Perú, según las conclusiones de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, la mayor cantidad de víctimas no son resultado de la acción de las Fuerzas Armadas, sino de la mismas organizaciones insurgentes, de Sendero Luminoso y del MRTA.

Abimael Guzmán solicita una amnistía general para todos los actores de la guerra. ¿Qué opinión le merece todo esto y por qué cree que se propone ahora?

Cuando Abimael Guzmán planteó el acuerdo nacional y la amnistía, estaba reconociendo la derrota política y militar de Sendero Luminoso y, por consiguiente, reconociendo no solo la legalidad sino también la legitimidad del Estado peruano. En la práctica, la reinserción de muchos senderistas se ha venido dando, en las bases, mediante un mecanismo legal llamado «ley de arrepentimiento». La solicitud de Guzmán se realizó en un momento en que aún las heridas de la guerra estaban frescas. Por otro lado, teniendo a una clase política que no ha asumido su responsabilidad, menos podría aceptar lo que sobre ella aparece en el informe de la CVR. Para esta clase política, con el informe final de la CVR se cerró un capítulo doloroso para el país.

La clase política probablemente no quiera la verdad; lo que quiere es que el Estado, mediante el Poder Judicial y algunas ONG especializadas en temas de derechos humanos, siga «investigando y distribuyendo» la responsabilidad de la guerra entre los miembros de las fuerzas del orden. Por eso, por parte del Estado, ¿a quién tenemos preso? Por ejemplo, en el caso Cayara, según informaciones públicas, hasta hace poco teníamos preso a un soldado y a nadie más. A este soldado sí se le quiere castigar judicialmente y endosarle el costo político de la guerra, pero a los directores de la guerra, a los «jefes supremos de las Fuerzas Armadas», a los que diseñaron el ME 41-7, a los que decidieron

que el Ejército asumiera el Comando Político y Militar de las zonas de emergencia, a los que permitieron que en el interior del país se formaran focos de extrema pobreza donde no había siquiera presencia del Estado, a esos no se les juzga.

¿Por qué en ese caso las organizaciones de derechos humanos en el Perú o Amnistía Internacional, no insisten en que se investigue y se establezcan las responsabilidades?

Sobre la guerra interna que vivimos los peruanos por más de quince años y que aun hoy está presente en algunas zonas del interior del país, creo que la mayoría de estas organizaciones se han circunscrito a investigar denuncias contra miembros de las fuerzas del orden, sobre casos de desapariciones forzadas y otros similares, tratando de procesarlos judicialmente sin darle mayor importancia al factor social y político. No han hecho un esfuerzo real para ir más allá, es decir, investigar todo el proceso de la violencia de forma integral. En este sentido, solo el informe de la CVR y trabajos particulares de algunos reconocidos intelectuales han perfilado un estudio integral de la guerra interna que los peruanos vivimos, tratando de determinar las correspondientes responsabilidades, no solo individuales, sino también la del propio Estado peruano.

Este hecho probablemente se deba, entre otras razones, a que, para poder captar sus recursos de fuentes de financiamiento extranjeras, estas ONG solo necesiten presentar casos concretos de efectivos de las Fuerzas Armadas involucrados en presuntas violaciones de derechos humanos, o también que muchos de estos recursos, como infraestructura, publicidad, reconocimiento oficial a su labor y otros, vengan directa o indirectamente del propio Estado y, por lo tanto, en ambos casos resultaría poco práctico para estas organizaciones trabajar con un enfoque más amplio el tema de la guerra interna y los derechos humanos.

Diferentes son los casos de las ONG dedicadas a otros temas, como el desarrollo y las democracias locales.

Por otra parte, en un país como el nuestro, donde el sueldo mínimo promedio es de 150 dólares, las ONG han creado una forma de vida holgada, económicamente hablando, para sus integrantes. Salvo excepciones, como las ONG de provincias, los directores y todos sus miembros ganan buenos ingresos en dólares o indexados al tipo de cambio. Son una isla en la economía nacional. Sus sueldos provienen del exterior y, por lo tanto, pertenecen a una élite de peruanos que viven en el Perú, con el costo de vida de un país subdesarrollado, pero ganando sueldos propios de un país desarrollado.

Curioso y contradictorio, ¿no?

Lo curioso es que muchos de los actuales directores de estas ONG provienen de movimientos de extrema izquierda, que en sus épocas de militancia, durante los gobiernos militares, se manifestaban a favor de la lucha armada contra el «Estado burgués» y gestaron una serie de sentimientos en contra de las Fuerzas Armadas. Ahora, no solo han aprendido a vivir en paz con este «Estado burgués», sino también, en muchos casos, a silenciar su responsabilidad en la guerra interna que vivimos todos los peruanos. Las ONG se han convertido en una forma de vida.

Muchos de estos señores, en su momento, hablaban a favor de la lucha armada como único instrumento de cambio en el país, pero cuando se fue un grupo por esa vía, como lo hizo Sendero Luminoso, se echaron para atrás. Mientras estábamos en guerra, ellos se disputaban el espacio político en la izquierda.

Un caso interesante, me comentaba un amigo, es Feliciano,¹ uno de los últimos dirigentes de Sendero capturado, cuando señala que decidió incorporarse a la lucha armada después de

escuchar un debate en el que participaban, por parte de la izquierda marxista-leninista, dos renombrados polemistas que concluyeron en la necesidad de la lucha armada para cambiar al «Estado burgués». Años más tarde, ambos personajes pertenecieron al Partido Unificado Mariateguista (PUM) y posteriormente llegaron a ser parlamentarios, defendiendo y trabajando para el Estado burgués.

Probablemente, esta era una de las razones por las que Sendero Luminoso los combatió y los acusó de haberse convertido en una «izquierda burguesa» que le hacía el juego al Estado peruano y aletargaba en el pueblo la necesidad de ir a la lucha armada. Ahora, muchos de ellos están dentro de las ONG de derechos humanos.

¿Hay alguna posibilidad de que en una guerra no se violen los derechos humanos?

La misma guerra es una violación de los derechos humanos. Según Clausewitz, la guerra es la continuación de la política por medios violentos. En mi experiencia como oficial del Ejército, no he conocido conflicto armado alguno que no entrañara en sí mismo la violencia, incluyendo la violación de derechos humanos. Por eso es que, para el tratamiento de conflictos armados, los Estados aplican un comportamiento de acuerdo con lo establecido en el Derecho Internacional Humanitario, como dando a entender que la violación de los derechos humanos no se puede impedir en un conflicto, y por lo tanto, se busca, al menos, mantener ciertas reglas o normas básicas que también tienen vigencia para los conflictos internacionales.

El alcance del concepto de derechos humanos es muy amplio y su violación se viene dando en forma cotidiana, donde el trasgresor, o como se suele decir el «violador de derechos humanos», es normalmente el propio Estado y sus víctimas somos

todos los peruanos y peruanas, incluida la niñez, a quienes se les niega el derecho de tener acceso a la educación, la salud, el trabajo, la justicia y otras necesidades elementales. La desnutrición crónica infantil, ¿no es acaso una flagrante violación a los derechos humanos?

Dentro de un conflicto armado, lo que se puede producir es la violación o no del Derecho Internacional Humanitario, es decir, de las reglas de comportamiento entre las fuerzas beligerantes, reconocidas como tales por cada uno de los países o Estados o partes en conflicto, como el tratamiento a los prisioneros de guerra, el tratamiento al enemigo herido, el respeto a la jerarquía y grado del enemigo prisionero y otros.

En nuestro caso, el Estado peruano, por medio de sus gobiernos de turno, jamás le dio a Sendero Luminoso la categoría de fuerza regular o fuerza beligerante y, por lo tanto, el propio Estado peruano le negó el tratamiento decoroso conforme lo dispone el Derecho Internacional Humanitario. Todo lo contrario, le dio la categoría de simples «delincuentes terroristas», que por su alta peligrosidad y lo avezado de su comportamiento, rebasaron el control de las fuerzas policiales y obligaron al Estado a recurrir a sus Fuerzas Armadas como medida de emergencia.

El Ejército no es el que define si el otro es un combatiente regular o un delincuente, sino el Estado que, a través de su gobierno de turno, conduce la guerra. A los miembros de Sendero Luminoso, repito, el Estado les dio la categoría de «delincuentes terroristas» y, por lo tanto, se encontraban fuera del ámbito del Derecho Internacional Humanitario. Cosa distinta son, por ejemplo, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), donde se aplica el Derecho Internacional Humanitario, porque, de hecho, son reconocidas por el Estado colombiano como fuerza beligerante, aunque el actual gobierno no lo acepte.

¿Qué implicaciones tenía esa definición en los ámbitos político y militar?

Tuvo graves implicaciones. Probablemente, esta situación se dio en un clima de exacerbación política y de miedo de la misma clase política por lo que podía pasar en el país. Primaron las pasiones por encima de la sensatez. A su vez, dentro del Ejército trajo una serie de problemas, porque a los que discrepábamos con este enfoque y hablábamos, en general, de un trato decoroso a los senderistas sobre la base del Derecho Internacional Humanitario, nos veían como que implícitamente apoyábamos a los «terroristas» y el alto mando lo tomó como una ofensa a nuestro Ejército. Es que hablar del Derecho Internacional Humanitario o de un tratamiento decoroso para los insurgentes, quienes al margen de todas las barbaridades que cometieron, eran peruanos, era darle una «importancia inmerecida». Ni el gobierno, ni el alto mando de las Fuerzas Armadas estaban dispuestos a aceptarlo, al menos oficial y públicamente.

Reconocer este hecho, implicaba para ellos aceptar que tenían una categoría y una importancia dignas de tomarse en cuenta, que en cortísimo tiempo habían crecido considerablemente y que sus mandos, normalmente de extracción popular, en su mayoría jóvenes, deberían tener el respeto y las consideraciones adecuadas en caso de caer prisioneros. Este error del Estado, plasmado por escrito en el manual militar ya comentado, provocó un incremento de la violencia en ambos bandos de manera progresiva que llegó a casos extremos. Esta es una razón importante que permite comprender la responsabilidad del Estado como autor intelectual.

En este sentido, el Estado, mediante los sucesivos gobiernos, comprometió la actuación de las Fuerzas Armadas en este conflicto, sin tomar en cuenta su propia presencia en dichas zonas. Las Fuerzas Armadas son el último bastión de defensa de una sociedad; después de esta, solo queda la resistencia civil. Por tal

razón, dada la trascendencia de su empleo, este debe ser normado y precisado constitucionalmente.

Usted vivía relativamente tranquilo hasta que decide participar en las elecciones. En ese contexto aparecen los casos de las desapariciones de Madre Mía, a las que se le vincula. ¿Qué pensó en ese momento? A usted le incomoda mucho que le pregunten por Madre Mía. ¿Por qué?

No solo de Madre Mía. He estado en las tres zonas de emergencia y he visto los horrores de la guerra. He visto soldados muertos apilados como si fueran costales. He visto cruzar una patrulla de gente amiga que no regresa viva. He visto gente con la pierna volada, entre otras cosas más. Para los soldados que hemos estado en la guerra no es muy agradable recordar eso. En una guerra todos pierden, no solo el que pierde la guerra militarmente. Yo he perdido parientes: un primo hermano que era subteniente del Ejército y amigos como un teniente que murió en Madre Mía y que no conoció a su hija. Por eso no es fácil hablar de Madre Mía, ni de Ayacucho, ni de la Cordillera del Cóndor.

Evidentemente, aquí se ha jugado políticamente con el dolor de la gente, porque la idea no era buscar la verdad sino eliminar a un candidato que podía ser presidente del Perú. Y para eso se valieron de todo tipo de ataques. Si había que hacer verter lágrimas a una persona en público, como lo hicieron en su momento, se hacía. Y como ya se ha demostrado, muchas de estas personas a las cuales les sacaban una declaración fueron sorprendidas... Después estas mismas personas han desmentido esos «reportajes».

Una prueba irrefutable de que mi labor en Madre Mía fue buena, es que allí hemos barrido en las elecciones. La gente votó con más ganas por mí. Las autoridades locales han venido a darme su apoyo, y yo puedo ir a Madre Mía, sin problemas, por-

que no cumplí lo establecido en ese Manual ME 41-7, porque no creía, ni creo, que se puede eliminar así a la gente; porque nunca violé sus derechos humanos.

Obviamente, cuando la periodista pregunta siete veces lo mismo, uno tiende a ofuscarse porque se siente maltratado y reacciona, pero es necesario decir que, después de dieciséis años de guerra, muchos familiares de las víctimas y de los desaparecidos de ese conflicto, todavía hoy no pueden explicarse qué pasó realmente.

¿Conoció a ese familiar de la señora Teresa Ávila, que le acusa?

No lo conocí. He conocido a muchas personas y puede ser que este señor haya estado por allá. Esa zona era tan conflictiva que cuando alguien desaparecía la gente iba preguntando por su paradero base por base y también a los mandos insurgentes. Es más, era frecuente ver cadáveres por el río. Era una realidad que nadie quiere que se vuelva a repetir.

¿En las bases había detenidos o no?

No podría hablar por las bases en general. Pero donde yo serví, durante mi jefatura, no hubo ningún detenido. Si se capturaba a algún insurgente inmediatamente era puesto a disposición del escalón superior, es decir, de los organismos correspondientes del Batallón. Las bases militares en las que trabajé no contaban con una infraestructura adecuada para mantener, con todas las medidas de seguridad requeridas, a un insurgente detenido, y tampoco tuve bajo mi mando a personal especialista en interrogatorios.

Fujimori creó la ley que le otorgaba autonomía al Servicio de Inteligencia Nacional para crear cuerpos operativos independientes, que realizaban «Operaciones Especiales de Inteligencia» sin necesidad de contar con la autorización de las grandes uni-

dades de combate de las Fuerzas Armadas, comprometidas en la lucha contrainsurgente, que tenían responsabilidad territorial. Normalmente, el Sistema de Inteligencia actúa como un órgano de asesoramiento del comandante de una unidad, de una gran unidad o de un conjunto de grandes unidades, pero doctrinariamente nunca ejerce funciones propias de una unidad especial de combate.

La inteligencia es el conocimiento del enemigo. Los servicios de inteligencia se crean para optimizar la obtención de inteligencia, de información analizada y procesada, que permita asesorar a la autoridad militar; pero de allí a que se le autorice contar con un cuerpo operativo, es otra cosa. Es como nombrar un comando paralelo al del comandante de una fuerza territorial; y eso fue lo que se hizo a partir de 1991. «Inteligencia» entraba a cualquier zona y actuaba sin requerir autorización de los comandos territoriales, es decir, de las bases militares, y operaba de forma independiente. Estábamos viviendo la época en que el asesor presidencial Vladimiro Montesinos iba consolidando su propio poder por medio del Servicio de Inteligencia Nacional.

En la zonas donde yo he patrullado, debo aclarar, también han actuado de manera paralela otras fuerzas del orden, como las Fuerzas Especiales —que por lo general venían de Lima—, los grupos de Operaciones Especiales de Inteligencia —que podían pertenecer al SIN o a la propia Región Militar o a otras grandes unidades que podían ingresar a nuestras zonas a realizar operaciones.

¡Qué van a coordinar con un capitán de una base militar! Recuerdo que, en una oportunidad, hubo una operación en el Huallaga y vinieron Fuerzas Especiales de Lima. Una parte de estas se instaló en mi base. Me comuniqué con mi comandante, le informé sobre la presencia de esas fuerzas y le solicité instrucciones. La respuesta fue que solo apoyara a esas fuerzas en

la parte administrativa, es decir, con los abastecimientos, los víveres, los lubricantes, los carburantes para el helicóptero y cosas por el estilo, pero que no me inmiscuyera en sus operaciones.

Usted ha dicho que lo pensaría mucho antes de volver a una zona de emergencia si estuviera en las mismas circunstancias...

Como todo joven, cuando ingresé al Ejército lo hice para contribuir a la construcción de mi país, sobre el que ya tenía una idea bastante formada por mis estudios y aprendizaje en general. Allí me formaron con la finalidad de contribuir al desarrollo nacional y, a la vez, de consagrarme a su defensa. Dentro del Ejército fui conociendo mejor mi país y entendiendo que yo pertenecía a un sector minoritario llamado clase media limeña, pero que en el Perú existía un conjunto de nacionalidades y población en general que no estaba representada, ni protegida por un Estado, cuya finalidad se supone que sea justamente esa.

Una cosa es pasearse por el interior del Perú y otra muy distinta es convivir con esta población sedienta de justicia que vive al margen del Estado. En estas circunstancias, fui enviado a servir, más que a mi país, al Estado peruano. Con el tiempo me he dado cuenta de que, en esta guerra interna, no servimos al país sino a un Estado cuyos sucesivos gobiernos han favorecido a determinadas minorías. Además, nadie puede sentirse bien después de participar en una guerra entre peruanos.

¿Qué sentimientos encontrados atravesaban por su cabeza al salir a patrullar, al vivir esa guerra interna?

Yo he defendido a ese Estado, frente a la insania, el terror y el caos que significaba el proyecto senderista, pero me doy cuenta que he defendido a un Estado privatizado por los sectores económicos más poderosos del país, que responde a sus intereses; a un Estado colonizado por una clase política extraviada mo-

ralmente y puesta al servicio de estos grandes intereses, salvo honrosas excepciones. Como comprenderá, esa no es una situación satisfactoria para mí. La sangre que se derramó en estos años de guerra interna es la sangre del pueblo. No conozco el caso de ningún hijo de político que haya participado en la guerra contra Sendero Luminoso; ninguno de ellos mandó a sus hijos a combatir.

Cuando llegas a una zona te preguntas dónde está el Estado. Y, peor aún, al término de la guerra interna, este Estado, por medio de los sucesivos gobiernos, ha evadido su responsabilidad de lo sucedido en la guerra y la ha trasladado a los miembros de las fuerzas del orden que participaron.

Un ejemplo que ya he mencionado de esa evasión de responsabilidad es el hecho de que el presidente Fernando Belaunde Terry dispuso el ingreso de las Fuerzas Armadas en la lucha contra Sendero Luminoso, pero se negó a firmar dicha orden. Igualmente, durante su gobierno el Perú pasó a liderar el lamentable récord de violaciones de derechos humanos, sin que estas merecieran la creación de alguna comisión investigadora. Durante el gobierno de Alan García, no solo se produjeron las matanzas de Cayara y de los penales, sino también se aprobó el Manual de Operaciones Contrainsurgentes (ME 41-7) que disponía «la eliminación y/o neutralización de la OPA (Organización Política Administrativa de Sendero Luminoso)», es decir, de los miembros no armados de esa organización. Este fue el manual oficial para todos los soldados que participaron en la guerra interna, el que caracterizaba a los senderistas como «delincuentes terroristas», es decir, personas que no debían ser tratadas acorde con las normas del Derecho Internacional Humanitario. Por último, durante el gobierno de Alberto Fujimori, el Estado mantuvo «esos aportes» a la lucha contrainsurgente —como aquel que aparece en la página 104 del manual y por el cual «la

destrucción del sistema medular subversivo se logra mediante la eliminación de sus dirigentes...»— y le agregó una serie de dispositivos legales que facultaban a los órganos de inteligencia del Estado a realizar Operaciones Especiales de Inteligencia en todo el territorio nacional, lo que permitió la creación del grupo Colina y los trágicos casos de la «matanza de Barrios Altos» y «La Cantuta», entre otros.

Da la impresión de que el Estado pasa por alto que cada elemento del Ejército que fue a combatir lo hizo *institucionalmente, no a título personal*. Nadie pidió vacaciones y se fue a hacer su guerra privada. Sin embargo, cuando hay que asumir el costo de esta guerra, no se toma en cuenta la responsabilidad de los gobernantes de turno que dirigieron el Estado, sino «se distribuye» la responsabilidad de ellos entre los soldados. No estoy en contra de que se juzguen los excesos atribuibles a individuos o grupos de individuos que participaron directamente en el conflicto, pero la praxis, el control que debió existir, la autoría de los manuales, la categorización de los senderistas, entre otras decisiones, son responsabilidades que tiene que asumir el Estado y, en particular, los sucesivos gobiernos que ejercieron sus mandatos en esos años.

Sendero Luminoso tenía dirigentes antiguos (mandos) con varios años operando en la zona que iban conociendo a los comandantes de bases o de batallón. Entre la población, había gente que Sendero Luminoso enviaba como espías, que venían como vendedores, comerciantes o con cualquier otra «cubierta», con la tarea de identificar a los oficiales y a la tropa, de conocer sus rutinas y obtener cualquier otra información que les resultara de utilidad. Uno de los problemas de las fuerzas del orden para enfrentar a Sendero fue el poco cuidado en la selección del personal militar que servía en las zonas de emergencia. Creo que para estas zonas se debió seleccionar a voluntarios. La gente

decía: «Oficial, yo he entregado mi hijo al Ejército para que haga su servicio a la patria, pero no para que lo manden a la guerra, porque si es para eso que se mojen todos». Para la mayoría de padres de familia, una cosa era el Servicio Militar Obligatorio y otra cosa era que enviaran a sus hijos a las zonas de emergencia; peor si se los devolvían en un cajón. En otras palabras, una cosa era aceptar la desigualdad en el hecho de que los pobres hacían el Servicio Militar Obligatorio (SMO) y los de arriba no; pero otra cosa era aceptar además que solo ellos estaban dispuestos a derramar su sangre en esta guerra.

En definitiva, como señala el informe de la CVR, todos los partidos políticos tuvieron parte de responsabilidad. Nadie puso freno a las decisiones tomadas por los presidentes Fernando Belaunde, Alan García o Alberto Fujimori. No sé si se cuestionó, pero no hubo un debate político sobre lo que significaba esto. ¿O sí lo hubo?

No lo hubo. En realidad, los pocos debates sobre el tema fueron muy estériles porque casi nadie tenía una idea clara de lo que estaba aconteciendo y de cómo solucionar el problema; y es verdad: los partidos políticos tienen una responsabilidad. Su falta de preparación los hizo abandonar la batalla de las ideas y ceder terreno político a Sendero Luminoso. De esta manera, Sendero Luminoso se instaló con facilidad en universidades, en movimientos sindicales, en organizaciones sociales, en colegios profesionales, y en algunos casos hasta se dio el lujo de crear sus propias organizaciones sociales. Es decir, que todo espacio que los partidos políticos abandonaban, para no dar la batalla de las ideas, eran victorias de Sendero Luminoso, cosechadas por *walk over*.

Los principales líderes políticos de esa época no solo aplaudieron o callaron los excesos y las violaciones de derechos humanos cometidos contra las poblaciones civiles, sino que, en

muchos casos, pidieron al gobierno una política más represiva o dura. También lo hicieron instituciones como el Poder Judicial, las universidades y otras. Un profesor me contó que había universidades donde se enseñaba estrategias de lucha armada, en lugar de enseñar profesiones relacionadas con el desarrollo de sus regiones.

Algunas universidades no contribuyeron a solucionar los problemas regionales, sino se convirtieron en focos de formación de potenciales senderistas. La mayoría de los cuadros políticos en la primera generación de Sendero Luminoso salieron de la Universidad de San Cristóbal de Huamanga, y las autoridades universitarias no lo dijeron, porque buena parte de ellas estaban involucradas.

EL CENTRALISMO LIMEÑO Y LA IDEA DE NACIÓN

*¿Hasta qué punto el centralismo de Lima tiene que ver con lo sucedido?
¿Por qué Lima es como un mundo aparte, la guerra estaba en otro lado,
casi en otro país?*

El Perú es un país históricamente mal estructurado debido a una concepción colonial centralista, cuya finalidad fue la explotación de los recursos naturales, principalmente mineros, y su envío hacia la metrópoli, que en esa época era España. Esa realidad se mantiene hasta el día de hoy, cuando esos recursos se envían hacia la gran «multi-metrópoli» que engloba a los grandes bloques económicos mundiales. De este modelo de ordenamiento social, político y económico, se deriva un Estado desarticulado de su propia realidad geográfica, con una visión equivocada del país, que en la práctica lo lleva a abandonar el desarrollo, la apertura de mercados y la «modernización» de las zonas estratégicas del Perú: la sierra y la selva.

No es casual que los intereses coloniales llevaran al colonizador Pizarro¹ a reubicar la capital del Tahuantinsuyo del Cusco, que era el corazón del Perú prehispánico, a Lima, una zona pegada a un puerto de la importancia del Callao, con la finalidad de asegurar la salida de todos los recursos naturales extraídos del Tahuantinsuyo hacia la metrópoli ibérica. En este contexto, el «Estado nacional» no ha sido capaz de crear una burguesía nacional ni menos una clase política dirigente, con compromiso nacional. Por el contrario, la burguesía que se forma con el ini-

cio de la república, los criollos,² es la misma que, después de un proceso de varios años, que concluye el 9 de diciembre de 1824 con la batalla de Ayacucho, logra expulsar a sus padres, los españoles, del Perú. Esta burguesía es la que viene gobernando el país, es la que administra el Estado a espaldas de las necesidades nacionales. En síntesis, estas son las circunstancias que ahondan las desigualdades, marcadas no solo por la discriminación cultural de nuestra sociedad, sino también por la «discriminación territorial» por parte del Estado, en perjuicio de la sierra y de la selva.

Este Estado centralista y sus sucesivos gobiernos han logrado divorciar a la población de su geografía, y han mantenido una equivocada distribución poblacional que no guarda coherencia con nuestra realidad geográfica; por ejemplo, del total de reservas de agua dulce (glaciales andinos), el 97% se va a la Amazonía donde vive el 29% de la población y solo el 1,7% de estas reservas se va a la costa, donde vive el 69%.³

El Estado y los gobiernos de turno menospreciaron a la insurgencia en sus inicios, con la lógica de «qué importa mientras sea en Chucchi»; es la misma lógica de menosprecio ante el secuestro de comunidades asháninkas por parte de Sendero Luminoso en las zonas de ceja de selva. Como el país se encuentra tan desarticulado, para la clase política estas noticias sonaban «muy lejanas», como si fuera una noticia en alguna región de Asia que estuvieran viendo en el Discovery Channel. Mientras estos actos demenciales no llegaran a Lima, no había por qué preocuparse. Se alarmaron cuando llegó al distrito residencial y mesocrático de Miraflores, en la calle Tarata.

¿Hubo alguna vez en la historia peruana una idea de nación?

Sí la ha habido. La revolución de Túpac Amaru II, por ejemplo, fue un intento de construcción de nación y el general Juan

Velasco Alvarado, mediante un proceso revolucionario, buscó nacionalizar el Estado peruano y modernizarlo. Quizás por primera vez en nuestra historia republicana se intentó darle un verdadero carácter nacional.

La lucha por la independencia fue, en realidad, la lucha entre los criollos y los españoles por capturar la administración del Perú. La batalla de Ayacucho es eso. En el Ejército de Sucre había más blancos que andinos, y en el realista era a la inversa. Fue una lucha también entre familiares. La mayoría de los oficiales del Ejército patriota se formaron en el Ejército español. El acta de capitulación de Ayacucho es más un acta de reconciliación entre los españoles y los criollos, donde a los españoles que querían quedarse en el Perú se les dio esa posibilidad, respetándoseles todas sus prerrogativas coloniales como derechos adquiridos. Durante el virreinato, los únicos grupos sociales que tenían «ciudadanía» eran los españoles y los criollos. La llamada guerra de independencia no es más que una lucha solo entre «ciudadanos»; al final la «independencia» no cambió la situación de los otros seres humanos que habitaban el Perú y que eran peruanos, los negros, los chinos, los andinos, aguarunas, entre otras nacionalidades, porque no se les consideraba «ciudadanos».

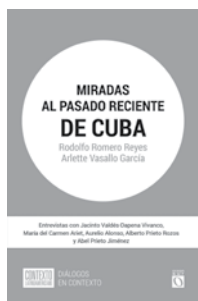
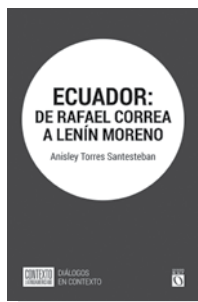
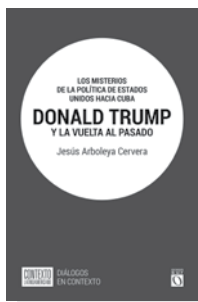
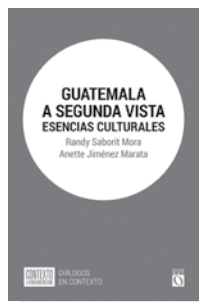
¿Usted cree que el nacionalismo es un movimiento que puede servir para consolidar la nación peruana, sin exclusiones?

Por supuesto que sí. Para reconstruir el tejido social se necesita un proyecto nacional y este es un proyecto nacional. Por ejemplo, cuando el virrey ordena la castración de los hijos de Túpac Amaru II, antes de asesinarlo, ¿cuál era el mensaje?: «que no debe haber más descendencia de Túpac Amaru II para impedir la creación de una nación que pusiera en peligro la estabilidad del virreinato», y este fue el mensaje para todas las colonias

españolas. Inmediatamente después de la ejecución de Túpac Amaru II, se inició la persecución y el asesinato de todo miembro de la aristocracia andina.

El proyecto nacionalista nace recogiendo esta necesidad nacional, esta agenda históricamente postergada por más de 500 años: la creación de un Estado multicultural que incluya a todas las nacionalidades que conforman el Perú. Teniendo en cuenta esta necesidad, logramos elaborar un proyecto de plan de gobierno denominado «La Gran Transformación».

COLECCIÓN DIÁLOGOS EN CONTEXTO



LOS PROCESOS JUDICIALES

Usted está procesado por la supuesta violación de los derechos humanos en el caso de Madre Mía al que nos hemos referido. Al margen de lo político, ¿cómo ha llevado esta situación desde el punto de vista personal?

Sin acusación judicial, sin entender realmente qué fue la guerra, sin tener siquiera el mínimo respeto a una persona que se ha dedicado a defender su país, ya fui condenado por ciertos sectores que tienen facilidades de acceso a los medios de comunicación, con la única intención de librarse de mi candidatura. Creo con toda seguridad que, si yo no incursionaba en política y si no hubiera tenido la gran aceptación nacional que tuvo mi candidatura presidencial, nunca me hubieran abierto un proceso de esta naturaleza. Me han tratado como a un criminal, sin serlo. ¿Por qué? Sencillamente porque me convertí en un candidato a la Presidencia de la República con un proyecto nacionalista y con posibilidades reales. Es un acto de injusticia. Y todo eso para evitar que ganara las elecciones. A partir del levantamiento militar del 29 de octubre de 2000, me convertí en un personaje público, y no fui objeto de denuncia alguna. Inclusive, cuando a finales de 2002 mi nombramiento como agregado militar fue divulgado por los medios de comunicación, no hubo acusación alguna.

Después de entrar en política y comenzar a subir en las encuestas, empezó todo esto. Creo que el sistema político y económico en el Perú se activó para evitar que llegue a la Presidencia.

Escarbaron en mi vida militar, al punto de intentar adulterar mi legajo personal (LPO) y como no lo lograron, lo «extraviaron» y comenzaron a buscar gente que pudiera ensuciarme, como criminal, narcotraficante y cualquier otra cosa... De todo me han dicho. Es una muestra de lo que pasa en el Perú: la resistencia al cambio, a cambiar este modelo económico. Como ya dije, nuestro proyecto político es construir un Estado multicultural. Ese proyecto lo han detenido momentáneamente, pero solo momentáneamente.

¿Cómo cree que va a acabar el caso de Madre Mía?

Yo estoy seguro que saldré airoso de esta denuncia. Hay una presión política sobre el Poder Judicial para condenarme y tenerme judicialmente amarrado hasta 2011, incluso para encarcelarme si lo estiman necesario. Estoy consciente de que una de las instituciones menos creíbles en el Perú, es el Poder Judicial. Sin embargo, como político, también estoy consciente de la necesidad de consolidar y legitimar nuestro sistema de justicia, por eso me someto a este mediante un debido proceso.

¿Está convencido de que es una persecución política?

Sí, estoy convencido de que es una persecución política, y también de que me quieren encarcelar por razones políticas. Entré en la política judicialmente impecable y al término de las elecciones he acumulando aproximadamente diez procesos judiciales; por ejemplo, ahora han abierto otro caso más contra mí, en relación con Andahuaylas,¹ donde no tengo nada que ver, pero pretenden involucrarme como autor intelectual. Me imagino que la idea es meterme preso, tenerme neutralizado durante unos diez años y liberarme cuando crean que no tenga posibilidad política alguna. En el caso de Madre Mía, se me acusa de la supuesta desaparición de dos mandos importantes de Sendero

Luminoso. Los familiares de estas personas ya anteriormente denunciaron a otros miembros del Ejército por el mismo hecho. Es curioso que ahora me denuncien, coincidentemente con el momento en que incursioné en la política y empecé a liderar las preferencias electorales (en diciembre de 2005). Asimismo, existe una serie de contradicciones entre los mismos denunciantes y, por último, hay testigos que aseguran haber visto a estos «desaparecidos» en fechas posteriores a su supuesta desaparición, y otros testigos que denuncian haber sido coaccionados para inculparme. Todo esto obra en el expediente.

Además de estos dos procesos penales, hay siete investigaciones en curso contra mí que aún se encuentran en la Fiscalía. En cualquier momento estos «capullos» se pueden abrir y convertirse en procesos penales, como si alguien dijese: «Por si acaso sale libre de los dos juicios actuales, aquí le tenemos siete procesos más».

¿Cree que por eso se le ha implicado en lo de Andahuaylas?

Creo que sí, porque el caso de Madre Mía, en honor a la justicia, ya debería haberse archivado. Pero, por si acaso, abren otro caso, y si se cierra el de Andahuaylas, se abrirá otro y otro y otro. La idea es no permitir que me postule a la Presidencia en 2011, y tratar de destruirme no solo a mí, sino a todo tipo de oposición al esquema entreguista y neoliberal encarnado por Alan García. La decisión del gobierno es destruir cualquier posibilidad de oposición. La falta de oposición debilita el sistema democrático, pero eso es una vocación irrefrenable para un gobierno autoritario como el del Sr. García.

ANTES DE LOCUMBA

Ocho años después de Madre Mía se produjo el levantamiento de Locumba... ¿Por qué decidió hacerlo?

El objetivo fue la defensa del orden constitucional de la República vulnerada por el golpista Fujimori. En realidad, ese fue el tercer intento. El primero se planteó cuando, con el grado de mayor, yo era oficial alumno de la Escuela Superior de Guerra, en el contexto de las negociaciones que pusieron fin al conflicto con el Ecuador en 1995. Este conflicto finalizó con el acuerdo de Itamaraty, que para nosotros, los oficiales del Ejército peruano, es lesivo a los intereses nacionales, ya que el Perú cedía oficialmente territorio al Ecuador. Cedió un kilómetro cuadrado, en la región de Tiwinza, donde soldados nuestros murieron en combate. Ese territorio fue entregado, a perpetuidad, a Ecuador, a cambio de nada. Y también hubo una acusación seria respecto a que igualmente se estaba cediendo territorio en la zona oriental. Esta última acusación no se llegó a probar, pero Fujimori tampoco pudo desmentirla. En esas condiciones, como militares, consideramos que era inadmisibles una negociación de esa naturaleza hecha por Fujimori y la cúpula militar.

Al respecto, nosotros, los oficiales, considerábamos que el manejo de este conflicto se dio con fines electorales por los Fujimori (Alberto, padre, presidente y Keiko, hija, primera dama)¹ y Vladimiro Montesinos, teniendo en cuenta que este conflicto fue en enero de 1995 y las elecciones en abril del mismo

año, y que gracias a estos eventos Fujimori ganó en la primera vuelta, su primera reelección. El gobierno, por medio de los servicios de inteligencia, ya tenía conocimiento de estas incursiones periódicas que realizaba Ecuador en territorio peruano; sin embargo, no se actuó inmediatamente, ni por la vía diplomática, ni por la vía armada, sino que se alargó la solución del problema para acercarlo al proceso electoral. Todos sabemos que es natural que en un momento de conflicto bélico, las campañas electorales y otros problemas sociales se subordinen a la unidad de un pueblo frente al peligro externo. Esto favoreció al Gobierno y al Presidente que en este caso, se postulaba para un segundo período.

Más tarde, todos nos enteramos que el manejo de la guerra también sirvió para que los altos mandos de las Fuerzas Armadas cometieran actos de corrupción en la compra de material bélico, cuya finalidad no fue mejorar la potencialidad de las Fuerzas Armadas sino crear grandes fortunas para quienes realizaron esas adquisiciones; lo que a nuestro juicio configuró un acto de traición a la patria.

Por estas razones, considerábamos que el régimen de los Fujimori, padre e hija, y Montesinos debía ser depuesto.

Por eso, en 1998, decidimos hacer un levantamiento armado, que al final se frustró por un conjunto de factores, entre ellos, que no teníamos mando de tropas. Cuando comenzamos a armar el potencial levantamiento militar, encontramos a un jefe de unidad dispuesto a apoyarnos. Convencimos a este comandante de batallón, pero en todas las conversaciones con él y con otros oficiales la pregunta obligada era: ¿y qué general está detrás?

¿Había alguno?

No, en realidad no, pero me di cuenta de que los oficiales estaban totalmente subordinados a los generales, y tuvimos que

buscar a uno, aunque estuviese retirado. Yo conocía a un general retirado honesto. Lo primero que me dijo, cuando me recibió, fue: «¿Qué esperan ustedes, los oficiales, para levantarse contra Montesinos y Fujimori?» Entonces, yo me dije: este es el hombre, y le respondí: «Justamente de eso es que vengo a conversar con usted, mi general».

Tuvimos una reunión en el Círculo Militar y llevé a este comandante, jefe de la unidad militar, a que escuchara la opinión de ese general, que me había increpado porque no «sacábamos a Fujimori y a Montesinos», para reforzar sus convicciones. Claro que mi amigo y superior hubiera preferido a un general en activo, pero bueno... Era un general. La sorpresa para mí fue que, al darse cuenta que nuestra decisión no era una fanfarronada, el general cambió su actitud y, de una posición patriótica y con aparente solvencia, pasó a una actitud medrosa y tímida. Nos dijo: «Muchachos, quisiera apoyarlos, pero, como presidente de mi promoción de oficiales, tengo que organizar un campeonato de tenis a la promoción que a fin de año pasa al retiro y, por lo tanto, no tendría tiempo para hacerlo». Así, nos pidió disculpas. Al salir, el comandante me dijo: «¡Pucha, mejor no me hubieras llevado, porque me has bajado la moral!». «Sí, pues, tienes razón», le dije. Encontramos un general, ¡pero qué general!

¿Cómo se interiorizaba en el propio Ejército, la imagen de los generales?

Me di cuenta de que en el Ejército uno de los tantos paradigmas en la oficialidad es el general. El Ejército estaba en una crisis moral e institucional, cuyo epicentro estaba en el Cuerpo de Generales y, a pesar de eso, se mantenía el paradigma de que cualquier acción en cumplimiento del deber constitucional de las Fuerzas Armadas tenía que hacerse desde arriba, bajo la dirección de un general. No lo puede hacer un coronel, ni un teniente coronel, ni un mayor... Por eso, después del levantamiento mili-

tar, muchos me dijeron: «¿Sabes cuál fue tu problema? Que lo hiciste de comandante. Si lo hubieras hecho de general, hoy serías el Comandante General del Ejército». Yo creo que esto se debe, fundamentalmente, a la escuela que dejó el general Juan Velasco Alvarado y con él una generación de generales patriotas y probos que prestigiaron al Cuerpo de Generales; que marcaron un momento de gloria en los institutos armados, al garantizar el respeto a la soberanía nacional e iniciar un proceso de recuperación del Estado para darle un carácter nacional.

Los políticos de ahora, como los Fujimori, García Pérez, Toledo, no se hubieran atrevido a manosear y manipular a los altos mandos de la generación del general Juan Velasco Alvarado, como lo hacen ahora.

¿Cómo se aplicó ese paradigma con usted?

Después del levantamiento militar contra el régimen de la familia Fujimori y de Vladimiro Montesinos y mi denuncia contra el alto mando de las Fuerzas Armadas, el Comando del Ejército me puso una cruz; me impidió el ingreso a los cuarteles y difundió una serie de comunicados a la oficialidad diciendo que yo era un subversivo, un mal oficial. Cuando tomó posesión el gobierno de transición, me tuvieron dos años en lo que aquí llamamos «la congeladora», es decir, en un puesto de escritorio, con trabajo netamente administrativo, a pesar de que la mayoría del alto mando al que denuncié ya estaba presa. Como hice mi pronunciamiento con el grado de comandante, el Cuerpo de Generales no podía aceptar una llamada de atención, una corrección a su conducta, «desde abajo»; y por lo tanto, no me permitieron recuperar mi carrera militar.

¿Cuándo se preparó el levantamiento?

El primer intento, lo preparamos con la ayuda de un profesor, Vargas Prada, ya fallecido, un defensor acérrimo de las 200 millas de mar peruano soberano, una doctrina reconocida internacionalmente, que nace de una base científica. Pero, en el actual proceso de globalización, ahora hay una nueva propuesta, la Convención del Mar, que entre otras cosas es una recopilación de dispositivos del Derecho Internacional del Mar referente a la explotación de las riquezas del fondo marino y que pretende reducir la soberanía marítima a doce millas. En buen romance, la Convención del Mar es la política de globalización de los mares: romper la soberanía marítima de los países ribereños, apoyarse en los países sin costa, pero, básicamente, es un convenio que beneficia a las grandes flotas pesqueras, a las potencias con tecnología para la explotación de los recursos de los fondos marinos. La posición de la Cancillería del Perú en ese entonces era, erróneamente, a favor de la Convención del Mar.

¿Colaboró el profesor Vargas Prada en la preparación del levantamiento militar?

En 1998, con Montesinos manejando los servicios de inteligencia, se decía, con sorna, que la mitad del Ejército investigaba («chuponeaba»)² a la otra mitad. Se decía que hasta los teléfonos de los comandantes generales estaban interceptados, y eso lo sabían los propios altos mandos. El Comando de ese entonces había reemplazado la meritocracia por la amistad o cercanía a Montesinos, para que los oficiales pudieran construir sus carreras militares. En cualquier circunstancia, es difícil plantear un levantamiento militar, pero más en esas condiciones. Por eso tomé contacto con este profesor, que tenía una gran convicción patriótica en torno a la defensa de las 200 millas y se le veía una posición crítica respecto a la negociación con el Ecuador. De esta

forma, se generó un grupo de estudios en la Escuela Superior de Guerra con varios oficiales y me tomé la libertad de pedirle a nuestro profesor que celebráramos reuniones periódicas en su domicilio, para preparar el levantamiento. Este fue el primer intento.

¿En qué iba a consistir?

En 1998, íbamos a hacer una incursión con un batallón de infantería por el centro del país, subir por la carretera central, y en una guarnición militar denunciaríamos la traición del gobierno de la familia Fujimori y de Vladimiro Montesinos. Inmediatamente después, demandaríamos la renuncia de Fujimori y la sucesión constitucional de este. Hicimos el reconocimiento y tomamos contacto con algunas guarniciones de la zona, en las cuales la mayoría de los oficiales se mostraron de acuerdo.

¿Por qué se frenó?

Hubo problemas en el batallón del Comandante. Al parecer, los servicios de inteligencia tenían sospechas, sobre todo de ese batallón. También hubo desertiones de algunos oficiales que, inicialmente, estaban con nosotros, pero que conforme se acercaba la fecha fijada para el levantamiento empezaban a echarse para atrás. Esas circunstancias nos obligaron a aplazarlo hasta el siguiente año.

¿Qué ocurrió después?

A finales de 1998 se planteó la necesidad de tener mando de tropa, por eso al término de mi curso de Comando y Estado Mayor en la Escuela Superior de Guerra del Ejército (ESGE), solicité cambio de colocación a un batallón contrainsurgente. Yo tenía el grado de mayor en mi cuarto año y me encontraba de candidato en el proceso de ascenso a teniente coronel. Al si-

guiente año, 1999, me enviaron a Pasco. Después me destacaron a Huancayo, y no tuve mando de tropa.

¿Era un círculo de oficiales etnocaceristas, que combatió en zonas de emergencia sin aplicar el manual, o qué les unía?

Nos unía el patriotismo y la mística del oficial del Ejército peruano. No todos los oficiales que han combatido en las zonas de emergencia eran etnocaceristas, solo un grupo pequeño de oficiales. De esos, uno había fallecido en zona de emergencia en el año 1991, otro tenía un proceso judicial, otro estaba en retiro. Estaban prácticamente diezmados. Por eso quería tener comando de tropa, para no depender de otras personas. No necesariamente los oficiales que no cumplieron ese manual militar, eran etnocaceristas.

¿Pero no era mejor tener tres o cuatro personas con mando de tropa? ¿Se daban esas condiciones en 1999?

En el año 1999 no se dieron las condiciones para esa acción militar. Algunos factores internos dependían de otras personas como, por ejemplo, la unidad militar que, según mi opinión, era fundamental para iniciar el levantamiento. En esas circunstancias no estábamos en condiciones de captar más unidades militares. De acuerdo con nuestros cálculos, una unidad militar sería suficiente para iniciar la acción, pero no para asegurarnos el éxito. Además, si bien la situación política del gobierno era complicada, mucho más lo sería el siguiente año.

El segundo intento fue en el año 2000, cuando ascendí al grado de teniente coronel de artillería y cuando se veía venir el fraude de Fujimori contra Toledo en la segunda vuelta de la elección presidencial. Efectivamente, lo ideal era contar con el apoyo de otras unidades militares. Logramos establecer contacto con varias unidades, particularmente en el sur, y con algunos

oficiales que se encontraban en el norte; sin embargo, la necesidad de mantener el secreto dificultaba la coordinación de los detalles del levantamiento. Hay que entender que no es fácil tomar una decisión como esa, porque implica renunciar a todo lo que tienes por una causa que lo justifique. Implica ponerlo todo en juego: la familia, la libertad, la carrera y por último la vida. Una cosa es ir a combatir al amparo de la institución en una zona de emergencia o en la frontera, y otra es levantarse contra el régimen que gobierna el país: te la juegas...

¿Cómo iba a ser ese segundo intento?

Iba a ser en Candarave, en la serranía de Tacna, al término de la segunda vuelta electoral y una vez publicado el triunfo de Fujimori, gracias al fraude que se estaba preparando. Hay que entender el contexto: ya había una convulsión social en el país, la sociedad organizada hacía marchas, lavaba la bandera en la Plaza de Armas, rodeaba el Palacio de Gobierno con cintas amarillas donde estaba escrito «¡Silencio!, mafia trabajando», tiraba bolsas de basura en las casas de los congresistas más conspicuos del fujimorismo. En el Ejército, se estaba haciendo abiertamente campaña política a favor de Fujimori, liderada por los mismos generales, porque era la nueva forma de hacer carrera militar. Todas estas cosas reforzaron en mí la necesidad de hacer un levantamiento militar, con el propósito de defender el orden constitucional, más aun, cuando toda la clase política, con la complicidad de la Organización de Estados Americanos (OEA), aceptaron que Fujimori llevara a cabo la «transición a la democracia».

Reuní a todo mi personal, pero las informaciones que venían de gente que enviamos a la región de Puno para coordinar con algunas unidades militares no fueron satisfactorias. Entre otros factores, eso me llevó a tomar la decisión de aplazar el pronun-

ciamiento. Incluso, en los días previos le ofrecí a un compañero de promoción, jefe de un batallón de ingeniería militar, que estaba de acuerdo conmigo, que se uniera y hasta le propuse cederle la conducción de las acciones si él aceptaba, pero no se atrevió. Dijo que sí, pero después no apareció. El tercer intento fue el 29 de octubre de 2000. Estaba decidido a hacerlo, si era necesario, tan solo con el grupo de artillería a mi mando. Me percaté de que los esfuerzos previos para conseguir el apoyo de otras unidades militares, habían sido una pérdida de tiempo y de que, en todo caso, este apoyo podría conseguirse después del levantamiento, mediante el ejemplo dado por nuestra unidad militar. El levantamiento militar se produjo en la madrugada del 29 de octubre.

EL LEVANTAMIENTO MILITAR DE LOCUMBA

¿Cómo empezó el levantamiento?

En Locumba, mi unidad estaba aproximadamente a 300 metros del Cuartel General, desde donde comandaba el General de Brigada jefe de la guarnición militar. El punto de no retorno era sacar a mi unidad del Fuerte Arica; eso lo hicimos en la madrugada del domingo 29 de octubre de 2000. La cuestión era cómo. Tuve que crear un plan: un ejercicio de campaña, para que lo autorizara la Comandancia de esa gran unidad blindada. Dicho plan consistía en una marcha a pie al Alto de la Alianza. Lo importante era obtener la autorización superior para este «ejercicio en el terreno», la cual me permitiría entrenar a mi gente dentro de la guarnición, aprestar a mi personal, preparar el armamento, sacar munición de los polvorines y alistar el equipo de campaña, entre otras actividades, sin despertar la menor sospecha, pues se supondría que dicho aprestamiento y movimientos de tropa que realizaríamos diariamente era con miras a llevar cabo el ejercicio de campaña. Asimismo, esto me dio tiempo de poder seleccionar al personal que me acompañaría y dejar al resto.

¿El resto sabía lo que estaba haciendo?

El resto de los integrantes de la unidad intuyó el verdadero propósito de los preparativos de campaña el mismo día del levantamiento. Para reforzar al personal convoqué a un suboficial

que había trabajado conmigo años atrás, quien vino desde Lima para sumarse al movimiento. También convoqué a mi hermano Antauro y a cuatro o cinco reservistas y licenciados del Ejército.

¿Cómo sacó a la tropa fuera de la guarnición?

El sábado 28 por la noche ya había regresado el personal de tropa de paseo. En realidad, como programé la marcha al Alto de la Alianza para el lunes 30 de octubre, una parte de la tropa se quedó en el cuartel a preparar sus cosas. Por la noche, ultimo los preparativos y aunque muchos oficiales que habían comprometido su participación flaquearon, seguimos adelante. Analizamos la situación, vimos cuántos quedamos y decidimos continuar, porque ya habíamos dado información precisa sobre lo que íbamos a hacer a gente que el día indicado no apareció. Eso significaba que había el peligro de la delación y de que nos capturaran antes de que iniciáramos el levantamiento militar. Por lo tanto, decidimos que no había marcha atrás. El primer problema fue cómo salir del Fuerte Arica.

¿De qué manera salieron?

Por esos días había un grupo de oficiales alumnos, instalados en mi unidad para hacer un curso de artillería antiaérea. Les pedí a los encargados del servicio nocturno de esa noche, las llaves de los almacenes de armamento donde este material descansaba. Aunque se había hablado de una marcha que se iba a hacer el lunes 30, resultaba extraño que la tropa sacara el armamento en la madrugada del 29. De esta manera, no se pudo evitar la sospecha que dicha disposición causó en los oficiales alumnos que se encontraban de servicio nocturno y que estos dieran cuenta al oficial de permanencia del Cuartel General del Fuerte, quien, a su vez, ya había detectado movimientos de tropa en mi unidad. Con estas dos informaciones, el oficial de servicio de permanen-

cia en el Cuartel General avisó al jefe de Seguridad, un teniente coronel de caballería y este a su vez al coronel de permanencia en la guarnición. A partir de ese momento, estábamos contra el tiempo.

Sería aproximadamente la una de la madrugada del 29 de octubre. Ya habíamos retirado el armamento de los almacenes. En el último almacén tuvimos que romper el candado debido a que la llave no era la correcta. Los vehículos estaban encendidos rompiendo el silencio de la madrugada con el ruido de sus motores, que obviamente no podía pasar desapercibido en toda la guarnición. Desde la Comandancia se podía apreciar el movimiento inusual de tropas de mi unidad, pues había luna llena, y en la villa militar estaban los dos coroneles y el Comandante General del Fuerte Arica.

La guarnición de Locumba es un fuerte militar en el arenal costero, con un valle al costado bañado por el río del mismo nombre. Está cercado por un muro paralelo a la carretera Panamericana Sur, que impide la vista hacia el interior. La guarnición incluye una villa militar separada de los cuarteles por un muro de cemento, pero con conexión interna, de forma tal que los oficiales pueden pasar de la villa al cuartel y viceversa tanto por la carretera Panamericana, como por el interior de la guarnición.

Había mucha tensión en el ambiente, propia de la ejecución de un acto de tal importancia que, sin duda, tendría repercusión nacional e internacional. A pesar de que logramos aprovechar el factor sorpresa y de que actuamos con cautela, sabíamos que habría un momento a partir del cual ya no sería posible mantener el secreto, y por eso tratamos de que ese momento fuera lo más próximo posible a nuestra salida del Fuerte Arica.

¿Lograron ese objetivo, esa reserva para la operación?

Cuando el teniente coronel jefe de Seguridad, avisó al coronel inspector de la guarnición sobre la actividad sospechosa y los movimientos de tropa en el grupo de artillería del comandante Ollanta Humala, ya estábamos prácticamente listos para salir. En esas circunstancias, pude observar que desde la parte baja de la guarnición se aproximaba el vehículo del servicio nocturno. Pensé que lo más probable era que en él viniese el coronel inspector, como en efecto ocurrió.

Antes de que llegase el coronel, con la tropa terminando de subirse al camión para salir, decidí desenfundar mi pistola, cargarla y esperarlo con el arma en la mano, en alerta de cuál sería su reacción. No estaba dispuesto a retroceder. Estaba decidido a realizar esta acción militar. El coronel me vio, observó la tropa, y me dijo: «Comandante Humala, usted está preparando la tropa para salir al ejercicio de campaña, ¿no?». Como me dio la respuesta en su pregunta, le respondí que sí. Él no dijo nada. Al retirarse me dijo que informara al General antes de salir. Obviamente, me di cuenta que él sabía que la situación no era normal y que además había observado que estaba armado. Los segundos pasaban, no se contaba con oficiales... Básicamente era tropa. Teníamos que salir en ese momento o todo podía fracasar. Antes de salir, le restituí a Antauro sus galones de mayor, su uniforme militar, y lo abracé.

No habíamos salido todavía y ya el coronel inspector había ido a informar de esta situación al coronel jefe del Estado Mayor del Fuerte Arica. Al parecer le dijo que yo había levantado a mi unidad y que probablemente mi intención era capturar al General en su casa. Como ambos sabían que mi relación laboral con el General no era buena, dedujeron que probablemente eso estaría motivando mi conducta. Entonces alertaron a los puestos de vigilancia para que no permitieran mi ingreso a la villa mi-

litar y ordenaron la ejecución del plan de empleo de la guardia reforzando los puestos de vigilancia e igualmente se ordenó el impedimento de mi salida fuera del Fuerte Arica.

¿Qué sucedió, entonces?

Acto seguido ambos fueron a la casa del general de brigada Carlos Bardales Angulo, Comandante General del Fuerte Arica a informar de estos hechos. Los coroneles y el mismo general se reafirmaron en el error de que el objetivo de mi levantamiento era capturar a este último.

Mientras tanto, sabiendo que ya se había perdido la sorpresa, partimos con dirección a la salida del Fuerte por la puerta de control principal (PCT 1) que da a la carretera panamericana. Había decidido salir por allí, en previsión de que, si por alguna eventualidad se retrasaba nuestra salida, el personal de servicio de esa puerta no dudaría en abrirla al ordenarlo yo personalmente, aun desobedeciendo la orden del propio general, por la sencilla razón de que dicho personal era justamente tropa de mi unidad.

De esta manera, al oficial de guardia, confundido por todo el movimiento nocturno inusual y sospechoso, no le quedó otra reacción que la de saludarme y desearme suerte. Cuando llegó la orden de alerta del general, de que si el comandante Ollanta Humala intentaba salir por allí se le comunicara que debía permanecer dentro de la instalación, dejar la tropa nuevamente en el cuartel y presentarse ante el general, ya era demasiado tarde. El oficial de guardia le respondió que el comandante ya había salido del Fuerte Arica. En efecto, ya habíamos cruzado la línea de no retorno.

¿Cuál fue la reacción del general al enterarse?

El general pensó que seguramente me había enterado de que el ingreso a la villa militar desde el interior del Fuerte estaba

bloqueado y que por eso había decidido salir por el PCT 1 a la Panamericana para desde allí ingresar a la villa militar, pero cuando preguntaron a la guardia exterior si tenían alguna novedad, le comunicaron que me habían visto pasar con mi personal con dirección a Moquegua (de sur a norte).

La información que me llegó más tarde fue que el general creyó que se trataba de un acto de protesta en contra suya o de su Comando, que finalmente en vez de capturarlo por los riesgos que implicaba la «pérdida de la sorpresa», habría decidido ir a Arequipa a presentar una queja contra él ante el general de división Abraham Cano Angulo, Comandante General de la Tercera Región Militar, a la cual, el Fuerte Arica pertenece. Ante este nuevo panorama, inmediatamente se comunica con el Comandante General de la guarnición de Moquegua y después de narrarle brevemente los hechos le pide que con su personal bloquee la salida de Moquegua hacia Arequipa, concretamente el Puente Montalvo,¹ a lo que este general accede. Por último, el mismo general Bardales decide salir a darme alcance en la ruta, supongo que para intentar hacerme recapacitar y retornar al Fuerte Arica. Obviamente, para eso pretendería «limar asperezas» con un trato muy cordial a fin de infundirme la confianza necesaria para que yo accediera a deponer las armas, pensando aún dentro de un esquema equivocado, de que se trataba de un asunto estrictamente personal contra él, sin pensar que era un levantamiento militar contra el régimen de la familia Fujimori y Montesinos.

Cuando el General llega a Camiara,² le pregunta a la policía de carreteras si me habían visto pasar, a lo cual, le dicen que sí, que, efectivamente, ya había pasado, pero para su sorpresa, había pasado en dirección a Toquepala (hacia el este) y no hacia Moquegua (hacia el norte). Entonces el general, quien se encon-

traba acompañado por el coronel inspector, cambia de ruta y va hacia mi encuentro.

¿Cuántos eran ustedes?

Sesenta y dos.

¿Y qué pensaba en ese momento?

Continuar hasta el final. ¿Sabe la paz que sentí al salir? Fue increíble. Habíamos vivido muchísima tensión, no solo esa noche sino desde que decidimos realizar el levantamiento militar en los tres intentos y cada vez, con sus propias particularidades, anécdotas y riesgos propios. Cuántas veces habíamos pensado que, en cualquier momento, alguien podía delatarnos, que de repente nos habían descubierto y me pasarían a retiro antes de cumplir con mi deber, que de repente no me ascenderían, y si por mis méritos lograba el ascenso, no me darían mando de tropa por estar bajo sospecha a raíz de los problemas del pasado que ya conté. Después de todas las vicisitudes, de momentos con mucha adrenalina, de momentos frustrantes y de dar batallas con ideas para convencer, por fin se logró. Sabíamos que saliendo del cuartel no había retorno; no había vuelta atrás. Tuve una paz espiritual, y un sentimiento de victoria.

¿Había euforia?

Había un sentimiento de paz que más tarde se convirtió en un sentimiento de victoria, pero no de euforia. Habíamos dado un salto cualitativo hacia lo que muchos dentro del Ejército pensaban que era necesario pero callaron; o pregonaron de «boca para afuera», pero en los hechos no hicieron nada; o solo llegaron hasta el nivel conspirativo y justamente en la última reunión en la cual finalmente deciden no hacerlo, fueron capturados, como ocurrió con el intento del general Salinas.³

Toda esta acción fue provocada por la ilegitimidad en la que se encontraba el gobierno de los Fujimori...

Sí, la ilegitimidad de su régimen llevó al Perú a un proceso de convulsión social, donde la mayoría de las organizaciones sociales repudiaban a Alberto Fujimori, Keiko Fujimori y Vladimiro Montesinos. Esta situación caótica paralizó al país y comprometió a las principales instituciones de la República, entre ellas a las Fuerzas Armadas. Muchos oficiales con los que conversé sostenían que un levantamiento militar contra el Presidente tenía que ser con el apoyo de los generales, que nadie podría salir con su tropa sin el apoyo de los generales, que una acción de esta envergadura no se podía hacer dejando de lado a los generales... Todos los oficiales decían que tenía razón, pero siempre preguntaban qué general estaba detrás. Todos decían que nosotros no podíamos hacer el cambio, que tenía que estar un general. Bueno, con toda humildad demostramos lo contrario...

¿Hacia dónde se dirigieron al salir?

Nosotros habíamos llegado a Camiara y doblamos hacia Toquepala, hacia la serranía. En la ruta Camiara-Toquepala, tuve que alquilar una camioneta de esas que cubren ese trayecto, ya que el camión militar iba muy cargado de personal y corría el riesgo de que alguien pudiera caerse y accidentarse; y así, de paso, mejoré la comodidad de mi personal. En ese trayecto, cuando ya empezábamos la subida, el motor del camión militar empezó a recalentarse, por lo cual tuvimos que detenernos para que se pudiera enfriar y, a la vez, para conseguir agua; con ese objetivo envié a Antauro con un grupo de soldados.

Mientras esperábamos a mi hermano, pude observar que a lo lejos se veía la luz de un carro que se acercaba a toda velocidad. Previendo que podría tratarse de un vehículo de transporte de tropas o de un blindado de los que teníamos en Locumba,

ordené bajar del vehículo a la tropa y que tomaran posiciones de combate para enfrentarlos, si era necesario. Cuando llegó el vehículo confirmé que era la camioneta del general Bardales, quien bajó en buzo deportivo, acompañado del coronel inspector y encontró a toda la tropa en posición de combate. Ante esa situación, el general, bastante nervioso, se mostró humilde y hasta avergonzado, contrario a su habitual soberbia, y saludándome me dijo entre otras cosas: «Ollanta, muchacho, ¿qué estás haciendo?, ¿por qué no conversamos?, ¿por qué no regresamos al cuartel y allí conversamos? Si te sientes cansado te puedo dar unos quince días de vacaciones». Le respondí que se trataba de un levantamiento militar para defender el orden constitucional, de una acción militar para contribuir a resolver el problema de la convulsión nacional provocado por los Fujimori y Montesinos, y que esta acción militar no buscaba resolver un problema «laboral contra su comando».

Acto seguido, le pedí su pistola al coronel, quien me la entregó sin protestar; el general estaba desarmado. En un inicio, el general, creyendo que era un problema personal, me pidió acompañarme, probablemente porque pensaba convencerme, pero cuando le dije que no era un problema personal sino nacional, no insistió.

La situación estaba controlada y en calma. Estábamos esperando a mi hermano Antauro con el agua. Cuando él llega, pensó equivocadamente que la situación era al revés, y que el general tenía el control de la situación, por lo tanto reaccionó acorde con esa percepción, pues ni bien se bajó del carro sacó su pistola y lo encañonó en la cabeza. Inmediatamente tuve que calmarlo, explicarle que, por el contrario, todo estaba controlado y en calma. Por último, le dije al coronel que podía retirarse, que todo esto era al margen de nuestra amistad y respeto. Al general me lo llevé hasta Muilaque.

¿Por qué?

Por varias razones. Una era que quería saber qué información se había estado manejando en la guarnición cuando decidí partir y otra porque creía que militarmente podía ayudar a desconcertar al Comando de la guarnición, porque al quitar la cabeza de mando, dejaba a los dos coroneles en dificultad de tomar decisiones rápidas.

¿Hacia dónde fueron? ¿A Toquepala?

Sí, llegamos en la madrugada. Ahí hablé con el superintendente de la mina y le conté en forma resumida todo lo que había pasado y que necesitábamos apoyo logístico, como vehículos, combustible y comida, para continuar la ruta. Le pedí que me prestara el centro de comunicaciones que tenía, para enviar faxes... Eso fue lo primero que hice. Desde Toquepala, envié por fax a la mayoría de los medios de comunicación, el Manifiesto a la Nación.

¿Qué decía el Manifiesto, básicamente?

Explicaba que esto no era un golpe de Estado, sino la participación de una parte del Ejército para reestablecer el orden constitucional, denunciando la mafia Fujimori-Montesinos, que estaba destruyendo el Estado de derecho en el país, coaligada con otra mafia de generales que estaban inmersos en actos de corrupción, de narcotráfico, y que eran básicamente gente allegada a Montesinos.

LA FUGA DE MONTESINOS

Antes de seguir con el recorrido que duró casi un mes, quisiera que me respondiera otra pregunta. Durante la campaña electoral de 2006, se le acusó de ser montesinista. Se afirmó que el levantamiento fue una cortina de humo para facilitar la fuga de Montesinos en el yate Karisma.

Fue una infeliz casualidad, pero en realidad si se analizan bien los hechos es evidente que esa acusación no solo es absurda, sino también mal intencionada. Fíjese: la fuga de Montesinos se dio en la madrugada del domingo 29 de octubre de 2000 y la publicación de mi Manifiesto a la Nación, documento con el cual hice conocer al país la acción militar, lo realicé ese día, pero en el transcurso de la mañana. ¿Qué quiere decir esto? Primero, que el país recién se entera de mi levantamiento militar en el transcurso de la mañana y no antes. Segundo, que cuando hago pública esta acción ya Montesinos se había fugado del país y, por lo tanto, resulta absurdo hablar de una cortina de humo que necesariamente debe realizarse antes de lo que se quiere esconder.

Además, Montesinos era un tipo que vivía en la sombra, una cortina de humo para un personaje que permanentemente se mantenía detrás de la cortina, en la sombra, resulta sencillamente ilógico. En todo caso, yo creo que la investigación que debiera ahondarse es sobre quiénes son los personajes que facilitaron y ayudaron a que Montesinos huyera del país. Por ejemplo: ¿quién era el dueño del yate *Karisma*?, ¿qué relaciones de amistad tiene con políticos importantes del país? Acuérdesse que la participa-

ción de Vladimiro Montesinos en la campaña presidencial a favor del señor Alan García fue un hecho público e irrefutable.

¿No pudo suceder que el Servicio de Inteligencia supiera lo que se estaba preparando y que los dejaran hacer, para que Montesinos se fugara?

No, Montesinos se fuga antes de que se conociese mi acción militar. Además, justamente a diferencia del intento de levantamiento del general Salinas, en el cual ellos priorizaron la captación de oficiales a la seguridad, nosotros priorizamos la seguridad a la captación. Adicionalmente, la fecha del levantamiento la decidí yo y nadie más, y solo la informé a los que era estrictamente necesario que la supieran cuando solo faltaban horas.

¿Usted conocía a Montesinos?

No, no lo he conocido personalmente jamás. Lo he visto en fotos.

Se dijo que hubo llamadas de Montesinos al Fuerte de Locumba y lo acusan a usted como receptor de esas comunicaciones...

Eso es falso. Si existieron llamadas, esas necesariamente tuvieron que ser al Comandante General del Fuerte. ¿Por qué? Porque los jefes de unidad no teníamos teléfono con línea al exterior, sino anexos internos sin conexión externa. En Locumba, por limitaciones de la cobertura telefónica, solo había dos teléfonos de línea fija para el exterior, allí no existe cobertura de celulares.

Uno de los teléfonos lo manejaba directamente el Comandante General de la guarnición, en este caso el general Bardales, que lo tenía en su oficina en el horario de trabajo y después pasaba la línea a su casa. La otra línea era un centro telefónico comunitario para toda la guarnición, incluidos los familiares. Como es obvio, esa otra línea siempre estaba gestionada con las llamadas de las familias del personal militar y solo atendía hasta las once de la noche. ¿Se imagina usted a

Montesinos llamando a un comandante por un centro comunitario y donde el telefonista esté gritando: «Comandante Humala, llamada del señor Vladimiro Montesinos, acérquese al centro comunitario»? porque dijeron que las llamadas fueron de él. La verdad es que resulta gracioso.

Esa fue una mentira más, que formó parte de un conjunto de mentiras perversas que se dijeron y difundieron con la intención de obstaculizar mi candidatura a la Presidencia de la República. Incluso se habló de que se iban a publicar los supuestos números telefónicos, pero hasta ahora no los han publicado. ¿Existirán?

DE LOCUMBA A LIMA

Volviendo a su encuentro con el superintendente en la mina en Toquepala, ¿qué hizo después de enviar el fax?

Al llegar a la mina hablamos con el superintendente y el personal de seguridad. Entre los encargados de seguridad había algunos militares retirados amigos míos que, cuando se enteraron de las cosas, me dieron sus muestras de simpatía. Asimismo, pude constatar el apoyo del personal de obreros y administrativos. Eso levantó la moral. Sin embargo, el superintendente después de realizar las consultas del caso con sus superiores, me comunicó que no tenía autorización para auxiliarnos.

En esas condiciones y mientras buscábamos la manera de continuar nuestro itinerario, organizamos un perímetro de seguridad, comuniqué al personal de la Policía Nacional que se trataba de un problema ajeno a ellos y que mantuvieran su neutralidad, así como también les pedí que permanecieran en su comisaría, a lo cual no solo accedieron, sino que el mayor de la Policía me dijo, después de dar cuenta a su superioridad, que esta había dispuesto casi lo mismo. Mientras tanto, me instalé en el centro de comunicaciones de la oficina de seguridad gracias a la cortesía de dicho personal que en todo momento se mostró muy amable con nosotros. Estando así las cosas, casi se produce un pequeño altercado entre Antauro y los policías. Inicialmente, lo envié a que coordinara la neutralidad de los efectivos policiales, pero adicionalmente a esta disposición Antauro intentó de-

sarmarlos y obviamente ellos ofrecieron resistencia, por lo cual tuve que mediar para que esta situación no se convirtiera en un problema adicional.

¿Recibieron noticias del impacto del movimiento?

Desde Toquepala, recibía informaciones de cómo iba impactando nuestro levantamiento en el sentimiento del pueblo, en la clase política y en el Comando del Ejército.

Escuchaba en radio, las llamadas de la gente, que en su mayoría eran a nuestro favor. Eso también me levantó la moral. Además, por lo bajo, la seguridad nos apoyaba. En un momento, cuando acompañado del general Bardales estábamos escuchando que las manifestaciones de apoyo eran mayoritarias, para probarlo le digo: «Mi General, ahora que está escuchando la gran acogida que esta acción militar despierta en la población, ¿no quiere usted unirse a nosotros? Por supuesto que, por su antigüedad, le cedería el mando». Él me miró como calculando la propuesta y me preguntó: «¿Esto es a nivel nacional?, ¿ya está coordinado?». Yo le respondí: «Esto es una cuestión de dignidad». Entonces el brillo de su mirada se apagó y guardó silencio.

Alrededor de las 10:00 de la mañana del mismo 29, los puestos de vigilancia del cuerpo de seguridad de Toquepala, comunicaron que unidades militares, probablemente de Tacna y de Moquegua, se aproximaban, una parte por Camiara y Quebrada Honda y la otra por Cuajone hacia Toquepala. A las 11:30 nos dijeron que las unidades militares seguían progresando y estimaban que en una hora y media o dos llegarían a Toquepala. Adicionalmente compañeros de armas de la guarnición militar de Puno me informaron que allí habían recibido órdenes de bloquear todo acceso al Altiplano y particularmente a la frontera con Bolivia.

Como dije, inicialmente le había pedido al superintendente de la mina que nos diera apoyo logístico, pero se negó, no quiso colaborar, porque, según dijo, no estaba autorizado. No quise emplear la fuerza, pues sin mayor problema hubiéramos podido entrar al supermercado (la mercantil) que tenían allí y abastecernos, pero la responsabilidad de llevar al éxito este levantamiento militar era no solo cumplir con la misión, sino también cuidar la integridad del personal, evitar un derramamiento innecesario de sangre, y también evitar acusaciones de actos bochornosos que pudieran desdibujar el carácter ético y moral que orientaba nuestra acción. Era importante que se viera en este levantamiento militar el mensaje de dignidad.

Entonces me comuniqué con el superintendente, que ya estaba enterado de la proximidad de las tropas, y le confirmé que estaban llegando tropas de Tacna, de Moquegua y que incluso pudieran venir de Puno, y que no pensaba rendirme, por lo cual, concluí, se produciría una batalla dentro de las instalaciones de esta mina.

Le pedí entonces que comunicara a toda la población civil que se retirara a sus casas porque podía haber heridos o muertos. Ahí recién reaccionó el superintendente. No sé con quién habló, pero me dijo: «Comandante, cómo podemos ayudarlo para que usted pueda continuar con la misión que se ha trazado. Nosotros como empresa no queremos ser un obstáculo y más bien queremos colaborar, ¿qué desea?». Bueno pues, le contesté que necesitaba carros, combustibles, comida, porque la gente estaba sin desayunar, y guías porque hacía años que no iba por allí y hay un conjunto de trochas nuevas y uno se puede perder... Inmediatamente el superintendente nos proporcionó todo lo necesario para continuar nuestro itinerario.

Luego de que se aprovisionaran, ¿hacia dónde se dirigieron?

La táctica era realizar una guerra de movimientos. Ir a diferentes poblados del interior, levantar a la gente, aumentar los efectivos, hasta que tuviéramos una fuerza considerable para poder ubicarnos en una zona y de esta manera hacer presión política al gobierno, como el tayta Cáceres... Salimos de Toquepala y la gente que rápidamente se había identificado con nosotros nos despidió con cariño, incluso el grifero me regaló su radio, me dijo: «Comandante, para que pueda escuchar las noticias en el camino». Nos daban pancito con queso, manzanas y otros alimentos. Antes de salir, corrimos el rumor de que íbamos hacia Puno para inmovilizar a las unidades militares que venían de allá. Efectivamente, este rumor que sembramos determinó que dicho contingente militar detuviera su avance para parapetarse en todos los accesos a Puno, pensando que podíamos cruzar la frontera para ir a Bolivia. Pero casi en el límite con Puno, giramos y nos fuimos hacia las alturas de Moquegua. Llegamos a Calacoa, alrededor de las 03:00 de la mañana. Allí tomamos contacto con una persona que después, durante la campaña, se integró al Partido dentro de un comité distrital. Tuvimos que hacer un alto y le dijimos a los guías que volvieran con los vehículos a Toquepala. Me llevé al General en su camioneta a Muilaque, un poblado cercano, mientras Antauro tenía que llegar por tierra con el grueso de la tropa a Muilaque, donde íbamos a estacionarnos, para posteriormente dirigirnos a Arequipa.

¿La tropa, en ese momento, qué pensaba? ¿Sabía lo que estaba haciendo?

Al principio la mayoría estaba desconcertada, pues no es usual una acción de esta naturaleza. No les podía comunicar nada del plan, pero cuando participan en todos los actos previos a la salida de Locumba y por último cuando presencian el encuentro con el general Bardales, no tardaron mucho en darse cuenta de

lo que pasaba. La mayoría de los soldados, conforme iban desarrollándose los acontecimientos, comenzaron a sentir confianza en que nos acompañaba la razón; sin embargo, pude percibir que a ellos sí les resultaba extraña, y en algunos casos incómoda, la presencia de mi hermano Antauro, más aun uniformado y con el grado de mayor en activo que en ese momento le reconocí, pues a pesar de sus virtudes militares y de que lo presenté ante todo el personal, ellos no lo conocían. Esto influyó más tarde, pues ante una incursión de helicópteros del Ejército, la tropa de mi unidad que lo acompañaba se dispersó entre los cerros y, después que se fueron los helicópteros, no pudo recuperarla. Yo sé del valor y potencial de Antauro, pero la tropa que no lo conocía todavía no se había identificado con él. También debo reconocer que hubo algunos casos de soldados que se quebraron durante las operaciones, principalmente por el efecto psicológico de la persecución de helicópteros que estaban artillados y nos obligaban a abandonar la carretera para parapetarnos en los cerros.

¿Pero le dieron a conocer el Manifiesto a la Nación? ¿Se les reunió para hablarles?

Sí. Ya en Toquepala, hubo una reunión con la tropa para leerles el Manifiesto. Pero hay que reconocer una cosa. Nuestro Ejército está en crisis. La tropa muchas veces está desnutrida. Los que hacen el Servicio Militar, en su mayoría, son los más pobres. Esa gente sufre un hambre generacional y a pesar de que muchos continuaron, otros, a los cuatro días sin comer, sentían los estragos del cansancio... A los que se iban quedando por fatiga los dejábamos en la casa de algún pastor de la zona. Se les daba algo de plata para que pudieran, más tarde, bajar a sus poblados y allí recuperarse.

Mientras tanto, ¿qué hacía Antauro Humala?

En el caso de Antauro, tenía que ir a Muilaque a pie, pero antes de llegar al punto de encuentro, hubo una incursión de helicópteros, lo que obligó a que la tropa se dispersara. Después de esta incursión, no los pudo reunir a todos. Una parte se perdió y regresó a Calacoa, donde los capturaron, y los otros lograron llegar a Moquegua en espera de órdenes mías. Antauro en ese momento se quedó solamente con un suboficial.

¿Usted ya había llegado a la localidad de Muilaque?

Yo ya estaba en Muilaque esperando al personal. En eso se aproximó un helicóptero, inmediatamente procedí a camuflar el carro y metimos la tropa en una vivienda para que no fuera descubierta nuestra presencia. Cuando el helicóptero se acercó para aterrizar en una canchita deportiva, fuimos con cuidado a parapetarnos alrededor de ella, para capturarlos. Eran decisiones difíciles. Hubiera hecho hasta lo último con tal de no iniciar un combate con otros soldados. En realidad, queríamos rodearlos para que se rindieran sin tener que apretar el gatillo. Llegó el helicóptero. Se bajó un coronel y fue hacia un pastor que se encontraba cerca y parece que este le dijo que lo estábamos emboscando, que estaba rodeado, porque rápidamente se dio media vuelta, se metió en el helicóptero y se fue con todo su personal.

Después, me despedí del general Bardales, que entendió que no había una cuestión personal entre los dos. Inclusive, hubo momentos en que conversamos sobre cuestiones de su familia y de la mía... Lo traté en todo momento con el respeto que merecía su rango y espero que lo haya entendido así. No tengo nada en lo personal en su contra. Lo dejé para que regresara proveyéndole de todo lo necesario, incluidos, por supuesto, la camioneta y dinero para que la abasteciera de combustible, y decidí

volver a Calacoa, para ver qué había pasado con mi tropa y con Antauro.

Habían pasado como tres o cuatro días. Hicimos todo el camino de noche y llegamos de madrugada. Tratamos de buscar información antes de llegar y nos dijeron que ese personal fue descubierto por los helicópteros, pero que no hubo disparos. A Calacoa llegamos aproximadamente a las 04:00 horas. Envié a un soldado para que viera dónde podíamos pasar lo que quedaba de la noche y ocultarnos de día para buscar más información. Pasamos la noche en la casa de una familia que simpatizaba con nosotros y nos enteramos que había aproximadamente 800 soldados acantonados en Calacoa para desplegar estas fuerzas en la zona. Pude observarlos fácilmente, pues la mayoría se encontraba concentrada en la Plaza de Armas.

El coronel a cargo había dicho que apenas amaneciera iban a hacer una revisión casa por casa, así que el poblador que nos estaba alojando nos pidió que nos retiráramos. Todavía no sabíamos nada de Antauro. En esos momentos ya había amanecido, así que nuestra presencia sería fácilmente detectada por la población y por las tropas. En esas condiciones, decidimos salir uniformados y no con ropa de civil porque así habría la posibilidad de que nos confundieran con el resto del personal militar acantonado. Cuando salimos, noté que un soldado y un suboficial nos vieron, pero de inmediato miraron para otro lado a fin de no delatar nuestra presencia. Esa fue su forma de expresar su solidaridad con nosotros. Ya en esos momentos, la gente empezaba a reaccionar de forma masiva a favor de nuestra causa. Inclusive hubo un momento en que ni agua les querían dar a los oficiales que estaban tratando de capturarnos.

Sí, porque otra cosa que se dijo fue que era extraño que no se les localizara en un terreno como en el que se movían, donde no había muchos sitios en los cuales esconderse...

No estábamos en un terreno desértico. Había posibilidades de iniciar una guerra de movimientos. El terreno permitía nuestros desplazamientos y también el camuflaje y, por otro lado, teníamos a nuestro favor un factor muy importante: el apoyo de la población. Algunas noches dormimos en cavernas. Empezamos a contar con el apoyo de la población, que al principio no sabía de qué se trataba, pero luego se dio cuenta de lo que defendíamos, y se solidarizó con nosotros. Incluso, como ya dije, empezaron a negarse a ayudar a los soldados que venían a capturarlos.

De todos modos, cuando salimos de Calacoa, muy preocupados por la suerte de nuestros soldados, alguien nos vio y avisó al comando de las tropas que nos encontrábamos aún en las inmediaciones, y enseguida vinieron dos helicópteros a buscartos. Al escuchar el ruido de los helicópteros, optamos por desplazarnos aprovechando las grandes rocas de la quebrada como protección en caso de que nos dispararan. Era una quebrada que divide Calacoa de Cuchumbaya. Aquí tuve que dejar a dos soldados más porque físicamente ya no podían seguir el ritmo del desplazamiento. Fue muy triste tener que despedirme de ellos, no sin antes dejarles los medios necesarios para que se ocultaran y, después que se fueran los helicópteros, pudieran sin problemas ir a Moquegua a recuperarse de esta campaña.

En esos momentos, los helicópteros sabían que estábamos por allí, en la quebrada, pues era la única zona que permitía el camuflaje, y que mientras ellos la sobrevolaran estaríamos impedidos de poder desplazarnos, lo cual daría tiempo a las tropas a pie a que organizaran un cerco fatal. Para esto, hacían los vuelos amenazantes tratando de impresionarnos. Por otro lado, nosotros estábamos en una situación muy difícil, porque apa-

rentemente la única manera de recuperar nuestra movilidad y libertad de acción era disparando a los dos helicópteros con el riesgo de derribarlos, y ahí fue que la providencial aparición de un campesino nos ayudó. Desde uno de los bordes de la quebrada y medio oculto entre las rocas me preguntó: «¿Usted es el comandante Ollanta?». Le respondí que sí y nos llevó a su casa, a través de un caminito muy bien disimulado que no fue detectado por los helicópteros.

Una vez en Cuchumbaya y desde la vivienda de este compatriota, veía a los helicópteros que seguían «peinando» la quebrada y a las tropas que empezaban a ingresar a esta para capturarnos. Allí este señor, muy contento, nos dijo que todo el pueblo estaba con nosotros y acto seguido nos invitó a tomar una sopa de papas con algo de carne, que a mí me supo muy bien, después de varios días de pasar hambre. Le pregunté si había teléfono en el pueblo y me dijo que sí, que había un centro comunitario. Me prestó ropa civil y me llevó al centro comunitario. Quería llamar a mi esposa Nadine, para decirle que todo estaba bien y que seguíamos adelante, y a un medio de comunicación para decir que no nos íbamos a rendir y que contábamos cada vez con más gente a nuestro favor.

Cuando me comunican con el Canal 5, la entrevistadora muy gentilmente me hace un enlace con mi esposa, pero cuando hablaba con ella sospeché que los servicios de inteligencia habían detectado el teléfono desde el cual estaba hablando o bien, como fue una comunicación en televisión, las fuerzas acantonadas en Calacoa recibieron la orden de ocupar el poblado de Cuchumbaya y tuve que cortar la comunicación en el momento en que pude ver cómo las tropas de Calacoa se dirigían en vehículos a donde estaba. Empezaron a llegar a Cuchumbaya los vehículos de la policía y del Ejército. También llegaron dos congresistas, que venían como mediadores.

Los carros vinieron de frente al centro comunitario, no hubo tiempo de salir de allí y lo que hice fue poner a un costado a la persona que atendía la estación telefónica y me senté en su sitio. Uno de los congresistas (elegido por la región de Loreto) ingresó y confundíéndome con el operador de servicio me pidió una línea para Lima. Felizmente la chica que atendía estaba a mi costado y sin que le dijera nada hizo la conexión. Entonces me levanté y con toda calma salí del local cruzándome cara a cara con dicho congresista, con algunos policías y personal de inteligencia. Salí caminando del centro y me dirigí a la casa de nuestro amigo. Iba con la pistola debajo del poncho. Ese día nos refugiamos en unas cavernas. Por la tarde, el pueblo ya quería levantarse y acompañarnos. Vinieron varios voluntarios con bayonetas enormes de fusiles antiguos, probablemente de la época de la guerra con Chile.

¿Cuántos soldados quedaban?

Tenía unos ocho o diez soldados de los sesenta y dos. Más tarde nos enteramos que el Ejército había desplegado dos anillos concéntricos para capturarnos. Entonces decidí romper el cerco por la noche, a partir de la una de la mañana. Hicimos parte del recorrido en una camioneta que gente del poblado nos facilitó, y antes de llegar a los puntos de control nos bajamos e iniciamos el recorrido a pie teniendo cuidado de bordear estos puestos de control. Hacía mucho frío. Estábamos a más de 4 000 metros de altura, y gracias a la iluminación de la luna llena veíamos los movimientos de las tropas. Hubo que caminar mucho hasta que llegamos a las inmediaciones de Carumas, donde el carro ya había llegado pasando los controles y nos esperaba en ese punto.

El Comando que defendía a los Fujimori y a V. Montesinos impedía que pasaran los medios de comunicación. La mayoría de estos esperaban en los controles, pero algunos franquearon

el control y nos cruzamos con varios en el camino, sin que estos se percataran del hecho. Bajando a Moquegua, aún cerca de Carumas, concedí una entrevista a una periodista del Canal 9, que se percató de mi presencia. Por esta entrevista el Comando de las operaciones que defendía al régimen se dio cuenta de que ya había logrado romper el cerco de seguridad y, por lo tanto, optaron por retirarlo. Tengo entendido que a la periodista la presionaron. La amenazaron con procesarla judicialmente si no revelaba dónde había hecho la entrevista. Mientras tanto, yo había llegado a Moquegua con diez soldados a los cuales, por seguridad, los envié a sus casas, pues la mayoría eran de Arequipa, en espera de que los llamase. Allí, en Moquegua, me comuniqué con Nadine, que ya se encontraba en esa ciudad, y por gestión de ella fui recibido por la Iglesia. Ella había viajado desde Lima acompañada por el Defensor del Pueblo.

Es en la iglesia de Moquegua donde me entrevisto con el Defensor del Pueblo, quien quedó muy sorprendido cuando me vio. Me pidió que me entregara y yo le solicité que exigiera al general a cargo de las operaciones que aclarase el paradero de mi hermano y del personal de tropa, y que mientras no supiera nada de ellos no había nada que hablar, a lo cual accedió. En el fondo de mi alma, sentía como un deber que debía regresar a Antauro con vida a su familia y así darle tranquilidad a mi madre, a sus hijos y a su esposa.

Hablé con el párroco, que se comunicó con el obispo de la jurisdicción de Tacna y Moquegua, y decidieron darme un refugio en Tacna. Más tarde este obispo llegó a ser presidente de la Comisión Episcopal. Quiero reconocer públicamente el importante apoyo que, de esta manera, nos brindó la Iglesia Católica. Entonces bajamos a Tacna.

¿Cómo lo hicieron?

En un vehículo, con el mismo obispo. Llegamos a Tacna y allí me proporcionaron una vivienda para que pudiera pernoctar. Desde Tacna, realicé un llamado a los reservistas para que se sumaran al levantamiento, que tuvo una gran acogida. Inmediatamente, el pueblo en general, reservistas, amas de casa, estudiantes y muchos otros se movilizaron para acompañarnos. Para poder organizar este sentimiento y a todas esas personas, regresé a Moquegua, y más tarde a Calacoa, pasando por Ilavaya, donde me entrevistó un periodista de *La República*. Todo esto en clandestinidad.

Como tenía amigos en el Fuerte Arica, llamé al teléfono público (centro comunitario) de la guarnición y me contestaron los suboficiales, que me contaron que habían relevado al general Bardales, que la mayoría del personal de la guarnición de Locumba estaba conmigo y que los coroneles hablaban pestes de mí... Otro me dijo que estaban enviando gente del SIN, con la apariencia de reservistas, al mando de un mayor del Ejército, con la consigna de infiltrarse y asesinar me, así que tuviera cuidado con esa gente.

Esas informaciones tenían que ser tomadas en cuenta, toda vez que de diferentes lugares del país iban llegando reservistas: de Arequipa, de Cusco. De Madre de Dios se comunicaron para decir que estaban en camino para apoyar. Se produjo una cosa muy hermosa. El pueblo se organizó espontáneamente. En la plaza de Tacna, por ejemplo, había señoras juntando víveres, frazadas, para mandar a los reservistas a apoyarnos. Las empresas de transporte público no cobraban nada a los reservistas. Y hubo un momento en que teníamos unos 4 000 reservistas arriba.

¿Dónde?

Entre las alturas de Moquegua, Tacna, Arequipa...

¿Pero cada uno por su lado? ¿Iban juntos?

Llegaban de manera espontánea y allí, en las alturas de Moquegua, Arequipa, Tacna y Puno, se iban conociendo. La columna de Arequipa, la de Tacna, la de Puno... Hasta de Iquitos había venido un contingente de reservistas. Eso avivó la esperanza del pueblo. La población de Iquitos se levantó y quiso tomar el Cuartel Vargas Guerra. La información que nos llegó era que allí el general de esa guarnición no podía salir de su casa por la convulsión social, reforzada por un tema muy puntual y sensible en dicha zona: los compromisos de Fujimori para firmar la paz con el Ecuador involucraban la creación de dos polos de desarrollo para entregar a ese país, ambos en Loreto. Los pusimos en jaque. Fujimori estuvo reunido con su gabinete y asesores para ver cómo salir del problema. Estaban en crisis. Por esta razón, no se pudo realizar el relevo del mando de la Comandancia General del Ejército, anunciado para ese día. La clase política empezó a reaccionar, pidiendo que se respetara mi vida y la de la gente que estaba conmigo; unos a favor, otros en contra, pero la simpatía era mayoritaria.

¿Cuán importante fue la acción del 29 de octubre en la caída de Fujimori?

Lo único que faltaba para complicar la situación del régimen fujimorista era que las Fuerzas Armadas, o una parte de ella, se pronunciaran a favor del pueblo peruano, ese fue nuestro aporte. El primer día la duda era saber cuántos éramos. Las Fuerzas Armadas, en esos momentos, se constituían como la viga maestra que sostenía políticamente, y en los hechos, a los Fujimori y a Montesinos.

Los altos mandos militares hacían un «cierra filas» corporativo en apoyo al régimen y en ese momento salió un comandante con una unidad militar, prácticamente sin oficiales, solo con un

suboficial en activo, su hermano Antauro, que era un oficial en retiro, un grupo muy reducido de licenciados... y el resto tropa. Así se organizó la acción militar. Pero lo que empezó como un levantamiento militar devino en un movimiento político militar. La población se sumó. Tenía pocos soldados, pero más de 4 000 reservistas y eso es lo que hizo que el Ejército se retirara y dejara la solución de este problema en manos de la policía, intentando hacernos ver como delincuentes y no como hombres de honor.

Esto hace que se replantee la posibilidad de eliminarme físicamente, porque 4 000 reservistas no es cualquier cosa y a partir del tercer o cuarto día empiezan a aparecer brotes de apoyo por todo el país. Subió mucho la moral cuando se supo que habíamos roto el cerco del Ejército. Luego aparecí en Moquegua y después en Tacna. Los hicimos quedar en ridículo y eso levantó la moral de la gente.

¿Y después?

Fue un mes difícil, porque teníamos que desplazarnos en la clandestinidad. En Calacoa, cuando preparábamos la organización y el envío de un contingente de reservistas que venían de Tacna a Arequipa, nos llegó la información de que en ese momento el gobierno estaba enviando aproximadamente a 200 policías a capturarnos, y nosotros allí solamente éramos diez o doce. Entonces decidimos parapetarnos en las alturas, pero lo que me sorprendió fue la reacción de apoyo de la gente y en especial de las mujeres. Estas salieron con unos palos de aproximadamente tres metros corriendo al puente a esperar a la policía, dispuestas a impedir que pudieran cruzarlo. El coraje de las mujeres de Calacoa y de San Cristóbal infundía valor. Felizmente para todos, incluyendo a los policías, estos se acantonaron en Carumas y no intentaron subir a Calacoa.

Durante todo el mes de noviembre y hasta la fuga de Fujimori, cumplimos una táctica de movimientos desplazándonos a diversos pueblos y comprometiendo a la población. De esa forma logramos mantener a estos miles de reservistas en pie de lucha. Cuando llegábamos, explicábamos la finalidad del levantamiento militar, deponer a los Fujimori, y les preguntábamos quiénes querían unirse como reservistas a nuestras fuerzas. Entonces tomábamos nota de sus nombres y se quedaban en los pueblos a la espera de órdenes.

En este lapso de tiempo comencé a brindar entrevistas a uno que otro medio de comunicación. Todo esto dentro de los márgenes de autonomía y libertad que le puedes arrebatarse a la clandestinidad. Por ejemplo, en las inmediaciones de Ilabaya di una entrevista al corresponsal de *La República*, en pleno campo y con algunos reservistas de seguridad.

¿Qué hacía su esposa Nadine en Moquegua?

Nadine, desde el primer momento del levantamiento militar, tomó contacto con la Defensoría del Pueblo. La primera reacción del Defensor del Pueblo de esa época fue decir que yo era un aprendiz de Hugo Chávez, que era antidemócrata y que mi actitud era reprobable. Pero después, cuando empieza a comprobarse que la mayoría del pueblo está a nuestro favor y que más bien critican su actitud, el Defensor del Pueblo cambia y asume una actitud más flexible hacia nuestra causa. Se comunica con Nadine para decirle que él personalmente actuará como mediador. Entonces deciden viajar a Moquegua en nuestra búsqueda; allí, y luego de entrevistarse con el general Cano Angulo, Comandante General de la Tercera Región Militar con sede en Arequipa, Nadine decide viajar hasta Calacoa en helicóptero, acompañada por el propio Defensor del Pueblo y por el general Cano, para intentar una salida pacífica.

Posteriormente, estando en Moquegua, logro comunicarme con Nadine y coordinamos un encuentro en la iglesia de la ciudad, para lo cual, previamente, ella hizo las coordinaciones necesarias para ser recibido por esta institución. Cuando converso con ella, me entero de la presencia del Defensor del Pueblo y, preocupado por la situación del resto de la gente, incluido Antauro, le pido que lo llame y así ella lo trae a la iglesia, donde yo me encontraba. Se quedó perplejo cuando me vio, porque pensaba que aún estaba por las alturas de Moquegua. Como ya dije, lo primero que me pidió fue que me entregara y yo le dije que eso era imposible, pero le manifesté que estaba dispuesto a conversar con el general Cano; sin embargo, le advertí que si algo le habían hecho a Antauro o a la gente que estaba con él, no habría nada que conversar. Me dijo que de mi hermano no sabían nada, que de la gente que lo acompañó, ya la mayoría se encontraba en el Cuartel de Moquegua. Después nos enteramos que Antauro estaba en Muilaque.

¿La situación ya era totalmente incontrolable para el gobierno?

A finales de noviembre, Fujimori se escapa. El gobierno ya estaba en una situación de ridículo internacional. Había convulsión social en el país y como consecuencia de esta, una unidad militar se había levantado en armas y no podían capturar al comandante, que todos los días desafiaba al régimen de la familia Fujimori y seguía llamando a los reservistas desde la clandestinidad, daba declaraciones por radio y había burlado el cerco militar que los generales del régimen habían organizado.

Después de la caída del gobierno de los Fujimori, muchos políticos se han peleado entre ellos tratando de arrogarse la «paternidad» de este hecho. Claro, las victorias nunca tienen problemas de paternidad; solo las derrotas son huérfanas. Creo que el régimen cayó porque el pueblo fue lo suficientemente ca-

paz de movilizarse. Dicho sea de paso, en el Perú no tenemos tradición de gobiernos civiles con más de once años de duración ininterrumpida, como pretendió Fujimori, pero lo que sí es tradicional es el comportamiento de los políticos serviles y débiles, como los que aceptaron que Fujimori llevara a cabo la «transición a la democracia».

El levantamiento militar del 29 de octubre de 2000, tan solo contribuyó con un granito de arena a la caída de un régimen condenado por el pueblo, pero lo que es importante rescatar es que con esa unidad militar salvamos el honor de las Fuerzas Armadas.

Supongo que cuando se enteraron que Fujimori había enviado su renuncia por fax desde Japón, consideraron que habían logrado su objetivo...

Así es. Por eso, realicé una declaración en la que reconocía la autoridad del presidente electo Valentín Paniagua, y en esa misma declaración también anuncié que iba a deponer las armas y a presentarme en Lima ante la Justicia Militar para afrontar todos los cargos en mi contra, porque, como era previsible, ya me habían dado de baja por medida disciplinaria.

¿Cuántos hombres quedaban?

De los sesenta y dos que iniciaron, manteníamos aún cuatro en Mollendo, cuatro en Moquegua y dos en Arequipa..., pero había más de 4 000 reservistas en toda la zona. Entonces, anuncié que iba a realizar un mitin en la Plaza de Armas de Tacna, para despedirme de todo el pueblo. Claro, que con este anuncio anticipado, el gobierno también estaba alertado y las fuerzas del régimen me podían capturar. Tuvimos que pasar una serie de peripicias para llegar clandestinamente a Tacna. A la hora anunciada la Plaza de Armas estaba a reventar. La policía al ver la multitud de gente optó por retirarse. Tanto el Ejército como

la Policía estuvieron con orden de inamovilidad. Llegué con mi hermano Antauro, un suboficial y doce reservistas, y entramos a paso ligero a la Plaza de Armas. Era la primera vez que hablaba en público y delante de tanta gente, la mayoría de los medios de comunicación estimaron que esa noche reunimos aproximadamente unas 15 000 personas.

En dicha plaza, aproveché para agradecer la participación y el apoyo del pueblo peruano a nuestra causa, que era la causa de todos; asimismo, anuncié que a partir de ese momento deponíamos las armas y reconocíamos la nueva autoridad presidencial y que partía a Lima a presentarme ante la Justicia Militar y el nuevo gobierno. En ese momento, la gente empezó a gritar que me querían acompañar hasta Lima. Les expliqué que las imputaciones que me hacía la Justicia Militar era algo que yo consideraba que debía resolver solo. Sin embargo, les pedí que se unieran en torno a la necesidad de un nuevo movimiento político que incluyera a los licenciados y reservistas. Esa noche partimos de Tacna, Nadine, el suboficial, Antauro y yo, junto con el funcionario de la Defensoría del Pueblo.

Al principio, cuando tratábamos de salir de Tacna, la población no permitía que nos fuéramos. Hubo un momento en que hasta sentí problemas para respirar, porque la propia gente por saludarnos nos asfixiaba. Una señora me dio dos soles y me dijo: «para algo servirá». Prácticamente tuvimos que escapar por una galería. Salimos en un taxi y además de la gente, la policía también nos perseguía, hasta que los perdimos por la ciudad con la ayuda de la misma gente que bloqueaba el paso a los patrulleros. En Arequipa, de igual manera que en Tacna, la policía ya había sido alertada por la policía tacneña y la de carreteras y se produjo otra persecución en la propia ciudad, hasta que finalmente logramos burlarla.

Durante la persecución, en un momento en que nos detuvimos, Antauro inexplicablemente se bajó del vehículo y no retornó. Tuvimos que continuar sin él. Luego me enteré que se fue a la casa de un amigo mío; y todos nosotros pernoctamos en la casa del funcionario de la Defensoría en Arequipa, menos Antauro. Al día siguiente, cuando continuamos nuestro viaje hacia Lima, la gente ya nos esperaba a la salida de Arequipa y la policía también, pero esta vez, con una actitud distinta. Nos comunicaron que tenían la orden de acompañarnos a manera de escolta.

¿Pero en ningún momento se pensó en iniciar una revolución, con tanta gente en la plaza?

El objetivo era deponer al régimen de la familia Fujimori y de Vladimiro Montesinos, y que el levantamiento militar de Locumba no se confundiera con un golpe de Estado. En ese momento el régimen fujimorista y sus acólitos querían ponerme como un militar golpista para procesarme por traición a la patria. La acción militar de Locumba, a diferencia de las tradicionales intervenciones militares en el mundo que se hacen para interrumpir gobiernos democráticos y en la mayoría de los casos alentados por potencias extranjeras, se realizó para defender el orden constitucional violentado por un gobernante que accedió al poder democráticamente y más tarde devino en un dictador, y para limpiar el honor de las Fuerzas Armadas, manchado por un grupo de malos oficiales que la convirtieron en el «partido político» del régimen de los Fujimori y de Montesinos.

Entonces fue a Lima...

Sí, llegué a Lima, y nos dirigimos a la Defensoría del Pueblo, que nos había apoyado y allí anuncié que partía hacia la Justicia Militar.

¿Qué ocurrió después de pasar por la Defensoría?

De ahí nos fuimos a la sede de la Justicia Militar. Había en las afueras unas 1 000 personas exigiendo nuestra libertad. Estando allí, llamó el ministro de Defensa para preguntarme si quería ir al Hospital Militar Central, en lugar de enviarnos a un penal militar, porque el juez había ordenado detención preventiva. Le hice llegar mi negativa. Le dije que si tenía una orden de detención que esta se cumpliera en un penal militar y no en un hospital. El problema fue salir. El oficial de servicio era un manojo de nervios. Me preguntó si yo podía pedirle a la gente que estaba afuera que se retirara, para poder salir. Era imposible retirar a toda la gente que estaba muy identificada con nuestra causa. Así que salimos y la gente nos seguía. Literalmente, fui «rescatado» por dos muchachos que lograron separarme de los oficiales de servicio y de la Policía Militar. Me jalaban a un lado y me dijeron: «¡Vámonos, comandante, nos escapamos ahorita por acá...!». Yo iba sin esposas hacia el carro, para ir hacia el Penal Militar del Real Felipe. Les dije que no se preocuparan, que iba a afrontar lo que había hecho. Acto seguido regresé donde estaba el resto de los oficiales y nos fuimos al Real Felipe.

¿Cuánto tiempo estuvo en el penal?

En realidad, poco tiempo: aproximadamente una semana. Había tal presión popular que el Congreso nos dio la amnistía el 24 de diciembre. La decisión de hacer un levantamiento militar no pasaba por la pregunta de cuánto tiempo podíamos estar en la cárcel. El fiscal militar estaba pidiendo veinticinco años por una serie de delitos, entre ellos el de rebelión. Una cosa es cuando vas a defender a tu país y otra es cuando una banda de delincuentes se ha apropiado del Estado y tienes que defender a la nación enfrentándote a ese Estado y a sus fuerzas del orden, y peor aun a su Poder Judicial. Eso implica que lo puedes perder

todo, todo...hasta tu buen nombre. Arriesgaba mi estabilidad familiar, mi carrera militar y también mi vida. Por eso muchos oficiales que inicialmente se mostraron a favor, el día D a la hora H no aparecieron. Pero tengo que agradecer a los que sabían y no dijeron nada. También tengo que agradecer al doctor Javier Valle Riestra, abogado y político, quien se comprometió en la defensa de nuestra causa, por una cuestión de principio ético y moral.

¿Qué pasó después?

Hubo cuatro proyectos de amnistía. El Congreso sesionó dos noches y decidieron darnos la amnistía a todos los que participamos en el levantamiento. Había celo político y por eso los proyectos no pasaban. No querían que ingresara de frente en el escenario político. Entonces, el único proyecto que se aprobó fue el que a diferencia del resto me reincorporaba automáticamente al Ejército, probablemente con la intención de impedir una posible participación mía en el proceso electoral que ya se vivía. De todas formas, yo no tenía la intención de entrar en la política, sino por el contrario quería recuperar mi carrera militar. El que sí participó en política, fue mi hermano Antauro como candidato al Congreso por Moquegua. Por invitación de Fernando Olivera, fundador del Frente Independiente Moralizador (FIM), se postuló al Congreso por Moquegua, pero no entró.

¿Y recuperó su posición en la carrera militar?, ¿su mando de tropa?

Cuando me dan la amnistía con reincorporación inmediata, lo primero que hice fue dirigirme al Cuartel General del Ejército. Pedí hablar con el jefe de Personal, un general de división. Lo conocía porque ambos somos artilleros y hubo un trato amigable. Me dijo que me iban a cambiar a Lima, que ya no iba a trabajar en Locumba, y que sería conveniente, mientras pasaban

las fiestas de fin de año que me sometiera a un chequeo médico en el Hospital Militar Central, a lo cual le respondí que solicitaba una audiencia con el Comandante General del Ejército de entonces. Sabiendo que no regresaría a Locumba, todo trámite administrativo en esos momentos significaba impedir el cumplimiento de la ley que así lo disponía y si no denunciaba esto me convertiría en cómplice. Además, sabía que mi libertad se la debía al pueblo que presionó al Congreso para que aprobaran la amnistía y no a los miembros del alto mando del Ejército, y que estando en el hospital estos tendrían la posibilidad de realizar cualquier acto en contra de mi integridad física.

El Comandante General del Ejército era el general de ejército Carlos Tafur. Lo conocí cuando, en mi primer año de oficial, en 1984, serví en la guarnición de Moquegua y él era allí jefe de una unidad de ingeniería militar. Siempre me pareció un oficial correcto. Quería solicitarle que el nuevo Comando del Ejército calificara el hecho. Si había actuado mal, me tenían que sancionar, y si no, que me restituyeran en mi cargo de comandante de unidad en el Fuerte Arica. No me dieron la audiencia y, por último, me destacaron a la Secretaría de Defensa Nacional (Sedena), en Lima. De esta manera, comprendí que sería muy difícil recuperar mi carrera militar. Hasta ahora el Comando del Ejército no ha realizado una calificación del levantamiento militar del 29 de octubre de 2000.

Para cerrar este capítulo, ¿qué significa para usted el levantamiento militar del 29 de octubre?

En lo personal, es un episodio que marca mi vida. Una cosa es mi vida antes del levantamiento militar del 29 de octubre y otra después. No podía ser el mismo militar de antes. También cambió mi vida familiar, la de mi esposa Nadine, y marcó, de alguna manera, el destino de mis hijas, porque ya no estoy dentro

del ámbito militar. Creo que a partir de allí soy otra persona. Me siento liberado de lo que muchos oficiales no han podido liberarse. Muchos sabíamos que las cosas estaban mal. Se hablaba con cierta rabia, cierto desencanto, cierta frustración... Yo hice algo por cambiar esta situación y, por eso, para mí, el levantamiento militar en Locumba une las palabras con la acción.

El significado de este levantamiento militar para la nación es que las Fuerzas Armadas oyeron el clamor del pueblo, que una fracción del Ejército demostró que hay una vena patriótica dentro de la institución. Frente a tanta corrupción, frente a delincuentes uniformados, que eran la mayoría de los generales de ese entonces, una parte dentro del Ejército, que tuve el honor de comandar, reaccionó. Esa fracción, si bien minoritaria, reflejaba que en el Ejército hay patriotas.

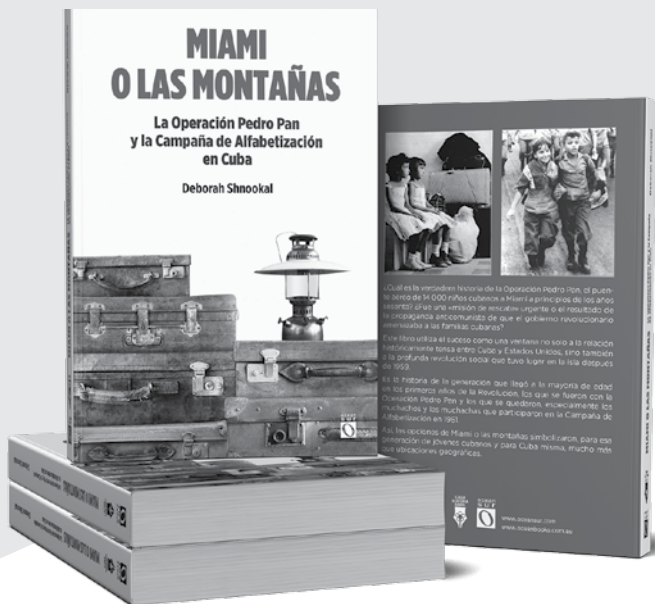
En ese sentido, se contribuyó a la caída del régimen de los Fujimori. No digo que fuimos los que obligamos a renunciar a Alberto Fujimori, ni tampoco la estocada principal al régimen. Con toda humildad, digo lo siguiente. En el año 2000, la viga que sostenía al régimen de la familia Fujimori eran las Fuerzas Armadas, hasta el último momento lo sostenían y le permitían a Fujimori decir que se iba a quedar hasta el 28 de julio de 2001, que iba a iniciar la transición a la democracia, con el aval de la misión de observadores de la OEA que había llegado al Perú a una mesa de diálogo. Todos sabemos qué entendían los Fujimori por democracia y transición. Era inaceptable que ellos llevaran a cabo una transición en la cual iban a mantener sus espacios de poder dentro del Estado. Nosotros logramos quebrar esa viga maestra, dentro de las Fuerzas Armadas.

El levantamiento militar, para mí, fue el cumplimiento de un deber. Alguien tenía que dar la cara por la institución. Después de los «vladivideos» de generales y coroneles humillándose ante Montesinos, después del comportamiento vergonzoso del alto

mando de convertir la institución militar en el «partido político» de la familia Fujimori y después de la suscripción del Acta de Sujeción, la actitud de esta gente que mancilló el honor militar, obligaba a dar una respuesta de dignidad, desde el fondo de las Fuerzas Armadas del Perú.

Cuando de acá a algunos años se estudie este período y se pregunte si las Fuerzas Armadas en su totalidad eran corruptas, como sus altos mandos que defendieron a los Fujimori y a Montesinos, si los «vladivideos» de generales y coroneles humillándose ante Montesinos eran la representación corporativa de las Fuerzas Armadas, o también si la suscripción del Acta de Sujeción, de ese pacto conspirativo, por parte de todos los generales y coroneles, expresaba el sentir, el alma de esta institución, la respuesta será que no. Felizmente nuestras instituciones siempre tendrán una respuesta a estos cuestionamientos. Sí, hubo un militar que levantó el mensaje de Bolognesi, Grau y Quiñones, una unidad militar que no aceptó semejante humillación a las Fuerzas Armadas, y se alzó en armas contra dicho régimen y contra el Cuerpo de Generales que arrastraron el honor de las Fuerzas Armadas.

El levantamiento militar del 29 de octubre de 2000, mientras no sea asimilado por el Ejército, mientras que esta acción militar no sea calificada para bien o para mal, siempre estará pendiente en la agenda de un Comandante General.



MIAMI O LAS MONTAÑAS

LA OPERACIÓN PEDRO PAN Y LA CAMPAÑA DE ALFABETIZACIÓN EN CUBA

Deborah Shnookal

ISBN: 978-1-922501-75-2

Este libro utiliza el suceso como una ventana no solo a la relación históricamente tensa entre Cuba y Estados Unidos, sino también a la profunda revolución social que tuvo lugar en la isla después de 1959.

Es la historia de la generación que llegó a la mayoría de edad en los primeros años de la Revolución, los que se fueron con la Operación Pedro Pan y los que se quedaron, especialmente los muchachos y las muchachas que participaron en la Campaña de Alfabetización en 1961.

DESPUÉS DE LOCUMBA

¿Cómo fue la reacción cuando salió de la cárcel?

Nos fuimos a la cárcel con la moral muy alta, muy orgullosos de lo que habíamos hecho. Esto removió el panorama político, pre-electoral, porque se sabía que Paniagua tenía un período corto, con una o dos tareas: convocar el proceso electoral y erradicar la corrupción. Tras la votación de la amnistía, nos abrazamos y le dije a mi hermano Antauro que iba a continuar en la vida militar a pesar de que llegaron partidos políticos a prometer el oro y el moro para que participáramos...

¿Qué partidos?

Perú Posible, el partido del Defensor del Pueblo, Jorge Santisteban de Noriega (Causa Popular), el FIM, Renacimiento Andino, el APRA también hizo cierto acercamiento por medio de uno de sus dirigentes, también con el arquitecto Belaunde, entre otros. Pero ya había tomado la decisión de no entrar en política. No quise que se viera como un oportunismo de mi parte, hacer un levantamiento militar para ingresar a la política. Decidí regresar al Ejército. Quería reivindicar el levantamiento militar del 29 de octubre dentro de la misma institución castrense, que, como he dicho públicamente, es la institución que más quiero en el Perú. Y pienso que cumplimos con nuestro deber constitucional.

En el caso del APRA, después del levantamiento militar y una vez reincorporado al Ejército, en 2001, me llamó en varias oportunidades el líder aprista Armando Villanueva del Campo, y creo fue con la intención de conocerme. Más tarde, a mi retorno del extranjero, una vez que pasé al retiro, en 2005, me llamó y me propuso hacer un levantamiento contra el presidente Alejandro Toledo; me dijo, a raíz del caso de las firmas falsas, que «ahora sí estaba convencido» de que Toledo debía dejar la Presidencia por la fuerza. Añadió que si yo hacía un levantamiento contra Toledo, él se comprometía a salir públicamente y hacer una declaración a mi favor, y que además para guardar las formas debería demandar el reemplazo de Toledo por el vicepresidente Waissman. Frente a esta propuesta y por seguir el hilo, le pregunté: «¿cuántos apristas van a participar?», a lo cual me respondió: «ninguno; usted sabe, la disciplina aprista ya no es la misma de antes». Inmediatamente le pregunté: «¿Y qué dice el vicepresidente Waissman al respecto?, ¿ya le consultó?». Su respuesta fue: «No, tiene usted razón, voy a conversar con él y le aviso». Obviamente, como no mordí el anzuelo, disimulé el trasfondo de su propuesta. Allí me di cuenta de la intención de quemar mi potencial candidatura a la Presidencia de la República o bien instigarme a cometer un error político que pudiera beneficiar a otros.

¿Cómo le miraban los mandos después de su reingreso?

A la salida del general Carlos Tafur y del general Cacho Vargas de la Comandancia General del Ejército, fue que logré ser recibido en audiencia por el nuevo Comandante General del Ejército, el general Víctor Bustamante. Después de los saludos protocolares, me dijo que él se encontraba fuera del país cuando sucedió el levantamiento militar de Locumba y que esa noticia lo había alegrado, pues consideraba que había sido una acción positiva.

Me dijo, además, que si yo hubiera tenido el grado de general, el que estaría sentado como Comandante General del Ejército sería yo. Pero como lo hice de comandante, ese era mi pecado, más aun, cuando en mi acción me llevé al general del Fuerte Arica, y por eso el Cuerpo de Generales no aceptaba mi permanencia dentro del Ejército. También añadió que si se calificaba positivamente mi acto, el alto mando se cuestionaría cuántos «Ollantas» surgirían en el Ejército en busca de reconocimientos o ascensos, ya no por defender el orden constitucional, sino para denunciar cosas menudas y domésticas como problemas de mal manejo del combustible, del rancho de la tropa, de los recursos de una unidad, entre otras. Me convertiría en una persona digna de imitarse, me dijo, y eso atentaría contra la disciplina. Luego me preguntó si no quería pedir mi baja.

¿Qué le respondió usted?

Fue una conversación dura. Le respondí que creía que quienes tenían que irse eran ellos, que no se habían comportado a la altura de las circunstancias, que habían firmado un Acta de Sujeción, que no se habían portado con dignidad y habían comprometido, con su mala actitud, a la institución, que el peligro de que surgieran más Ollantas en el Ejército estaba latente en la medida en que el Comando de la institución no calificara dicho acto, y que a partir de allí los reglamentos, las normas y sobre todo los usos y costumbres propios deberían tener muy en claro cuándo se debe realizar lo que hice y cuándo no; y mientras el comando institucional no resolviera este dilema, en cualquier momento por falta de decisión clara del propio comando y a falta de normas escritas, podrá surgir algún oficial que por desconocimiento o confusión pudiera generar un acto no de defensa del orden constitucional sino un acto de simple indisciplina. De

ahí la necesidad de que la institución calificara el levantamiento militar del 29 de octubre de 2000.

Es más, en la conversación que tuve con el general Bustamante, cuando me tocó el tema del miedo que podía generar mi conducta y mi permanencia en el Ejército, le dije: «Estoy seguro que hice lo correcto y creo que los que permitieron que las Fuerzas Armadas fueran manoseadas y comprometidas políticamente por los Fujimori y Montesinos incurrieron en una grave falta. Estoy dispuesto a presentarme, ante toda la oficialidad y explicar las razones por las que hice el levantamiento militar... Y aceptar todas las preguntas. Si ustedes demuestran que yo estuve errado, inmediatamente pido mi baja y me someto a una corte de honor, a la Justicia Militar, y me voy del Ejército. En caso contrario, solicitaré que el Comando del Ejército califique el acto, y que se le reconozca dentro de la institución». El General no aceptó.

Buscando otra salida, le propuse escribir un artículo para publicar en la revista *Actualidad Militar* que se distribuye a todas las Regiones Militares del Ejército, lo cual aceptó.

¿Escribió el artículo, se llegó a publicar?

Escribí el artículo «El 29 de octubre y la defensa del orden constitucional», donde planteo el tema disciplinario, la situación política, cómo se han manejado las Fuerzas Armadas con el gobierno de los Fujimori y Montesinos, y reivindico el 29 de octubre. Por cortesía, le entregué el artículo al general Bustamante antes de llevarlo a la revista y él, con su puño y letra, hizo recomendaciones. Algunas las acepté, otras no, porque consideraba que cambiaban el contenido del texto.

Fui a la revista, entregué mi artículo, pero no se publicó. Cuando pregunté al general de brigada, director de la revista *Actualidad Militar*, me contó que mi artículo lo había pasado

previamente a todos los generales y mayoritariamente estos se negaron a su publicación, porque era, según ellos, muy polémico. Entonces le dije que, hasta donde yo sabía, «el Ejército defiende la democracia, pero no la practica»... Si ya lo ordenó el Comandante General, ¿quiénes son estos generales para oponerse a una decisión del propio Comandante General del Ejército? Quiso explicarme que, en esos momentos, la situación era complicada en el Ejército, que un artículo de esta naturaleza no era conveniente por la coyuntura, que más bien lo que debía hacer para tratar de reconciliarme con los generales¹ era «un artículo en el que aceptara que me había equivocado». Obviamente, le expresé que eso era imposible pues yo consideraba que había defendido lo correcto. Me respondió que nunca iba a tener el visto bueno de los generales; es decir, jamás podría recuperar mi carrera militar.

Finalmente, durante los años 2001 y 2002, me destacaron a una oficina administrativa en la Secretaría de Defensa Nacional y por casi un año estuvo prohibido mi ingreso a las instalaciones del Ejército.

¿Cómo era su vida en esos momentos? ¿Se planteó entonces algún proyecto político?

Lo que me planteo es prepararme y para ello hago una maestría en Ciencias Políticas en la Universidad Católica. Aproveché esos dos años para estudiar. La mayoría de los oficiales que realizaban estudios de maestría, en esa época, se orientaban por carreras relacionadas con la administración de empresas; sin embargo, yo decidí seguir Ciencias Políticas. El oficial, desde que ingresa, ya es un administrador, porque administra vestuario, equipos, armamento, y sobre todo personal. La carrera militar es comandar gente y administrar. Lo que nos faltaba era conocer la esencia y la dinámica de la política, porque somos parte

de ella. Un amigo me decía que estaba haciendo el camino al revés, que de acuerdo con la definición de la guerra, como «la continuación de la política por medios violentos», yo había empezado por los medios violentos, es decir, la guerra, y después continuaba con la política.

Que también es violenta simbólicamente...

Sí. Entonces estudié durante dos años, pero fíjate cómo estaban las cosas: cuando haces un curso, o una maestría, hay que pedir autorización al Comandante General del Ejército. Cuando la solicité, me la denegaron. ¿La excusa? Que dicha maestría no era de interés para el Ejército. Entonces expliqué qué era el curso, demostrando que sí era de interés para la institución contar con un oficial graduado en dicha ciencia, no solo en su parte académica, sino también porque se abrían espacios para que los oficiales se prepararan más.

Seguidamente solicité que se aclarara si el no autorizarme implicaba una prohibición para seguir estudios de Ciencias Políticas o no, ya que para mí sí tenía importancia. Es obvio que con autorización o sin ella la maestría tenía que hacerla en mi tiempo libre, pero la diferencia estriba en que si estudiaba la maestría sin autorización no cometía ninguna falta, ya que lo haría en mi tiempo libre, mientras que, si me lo prohíben, ya no podría estudiar ni siquiera en horario fuera del trabajo. Nunca contestaron. Y fíjate qué curioso: al año siguiente había ya tres oficiales más haciendo el mismo curso. Después, en 2003, me designaron agregado militar en el extranjero (primero en Francia y posteriormente en Corea del Sur).

¿Por qué?

Me envían al extranjero porque mi presencia en el Perú le resultaba incómoda al Comando del Ejército. ¿Por qué? Porque des-

pués del 29 de octubre, no envainé el sable y menos me sometí al Cuerpo de Generales. Por el contrario, una vez que reingresé al Ejército, reivindicar el 29 de octubre implicaba necesariamente denunciar a los uniformados que llevaron a una situación de desprestigio a la institución militar. Desde la Secretaría de Defensa Nacional, planteé una Corte de Honor para el general Hermoza Ríos, y para todos los generales y coroneles que firmaron el Acta de Sujeción; así como a los que se humillaron ante Montesinos, en la «salita» del SIN, por un ascenso.

Los denuncié ante la Justicia Militar y ante el mismo Comandante General del Ejército. Primero fue ante el general Víctor Bustamante y, posteriormente, ante el general Roberto Chiabra. He estado permanentemente luchando dentro del Ejército para que se plantee una Corte de Honor. También he insistido en el cumplimiento de la ley de amnistía que disponía mi restitución en el cargo que ocupaba antes del 29 de octubre de 2000, es decir, la Comandancia del Grupo de Artillería 501 en Locumba. Sin embargo, el Cuerpo de Generales decidió lo contrario. Me enviaron a trabajar durante dos años a la Secretaría de Defensa Nacional (Sedena) y luego dos años más fuera del país, esperando el momento oportuno para pasarme al retiro. Por eso me enviaron, primero a Francia, y luego, no contentos con eso, a Corea del Sur. Es allí, a finales de 2004, donde recibo mi pase a la situación de retiro por renovación de cuadros; y en cuanto a los oficiales, generales y coroneles firmantes del Acta de Sujeción, no hubo Corte de Honor; lo que hubo fue impunidad.

LA DENUNCIA DEL ACTA DE SUJECIÓN Y EL TRASLADO A FRANCIA Y A COREA

¿El artículo «El 29 de octubre y la defensa del orden constitucional» lo escribió antes de presentar la denuncia contra los que firmaron el Acta de Sujeción?

Lo escribí antes de presentar la denuncia.

¿Qué implicaba ese Acta de Sujeción y quiénes la firmaron?

La firman todos los generales y los coroneles de las Fuerzas Armadas. El acta es un «pacto conspirativo» contra el sistema democrático. Un «cierra filas» corporativo eterno para que no se investiguen los casos de violación de derechos humanos que comprometían al Comando de las Fuerzas Armadas de esos años, en acciones como la desaparición de personas en los casos de Barrios Altos y Cantuta, el cierre del Congreso en 1992, entre otras, y porque siempre existía para ellos el «riesgo» de que una vez que dejaran el poder, un nuevo gobierno sancionara a los responsables de estos hechos.

El Acta de Sujeción es el compromiso de todos los generales y coroneles de las Fuerzas Armadas, según el cual, no se permitirá que gobierno o poder estatal alguno pueda investigar estos casos, ni siquiera los gobiernos democráticos que eventualmente sean electos. Con la suscripción de esta acta, se pretendía cerrar esta parte oscura de nuestra historia. Es un pacto de «honor»

propiciado por delincuentes. El que lo incumpla o traicione será aborrecido y la institución le dará la espalda. Y como no se sabía quién iba a ser el siguiente Comandante General, lo firman todos los generales y todos los coroneles de las Fuerzas Armadas.

Hay que entender que los Fujimori y Montesinos comienzan a manipular la parte superior de la pirámide institucional de las Fuerzas Armadas, a los futuros comandos de las instituciones castrenses para los siguientes cinco años, mediante el ascenso de la famosa promoción de Montesinos o de los amigos de Montesinos. Por ejemplo, en el Ejército, Montesinos tenía un cuñado que era general y que de acuerdo con las manipulaciones de ese régimen, debía ser el Comandante General del Ejército en el año 2005, en «previsión» al siguiente período presidencial de Alberto Fujimori (2000-2005). Todo esto, trastocando la cadena de comando y de antigüedad institucional, que según los usos y costumbres castrenses se basa en el desempeño profesional y en el culto a los valores institucionales. Ese culto a los valores fue sustituido por un sistema corrupto o una «selección institucional al revés», basada en el grado de amistad a Montesinos, la cercanía al régimen y el soplónaje.

De ahí vendrían los futuros generales y coroneles «leales» al régimen. Cuando ya Alberto Fujimori no pudiera volver a postularse a la Presidencia, esos generales y coroneles no permitirían que se investigaran todos esos asuntos mencionados en el Acta de Sujeción. Pero, además, para congraciarse con los oficiales superiores, coroneles, comandantes, mayores e incluso capitanes, es decir, los siguientes estamentos de la pirámide, en 1999 Montesinos recomienda un «aumento de sueldo indexado» y el Gobierno dobla la cuota de asignación de combustible a dicho personal. De esta manera, cada vez que había devaluación, el valor de la dotación de combustibles iba amarrado al precio comercial de la gasolina, por lo que el efecto de la devaluación

era neutralizado. Esta fue una medida económica de carácter general para congraciarse con toda la oficialidad de las Fuerzas Armadas. En ese sentido, el régimen decidió planificar aun con más detalle y con un mayor horizonte de tiempo los futuros cuadros de Comandantes Generales de las Fuerzas Armadas y crear un falso sentido de pertenencia en ciertos grupos de oficiales con el régimen «fujimontesinista», para lo cual no dudaron en utilizar como pretexto una operación quirúrgica exitosa como «Chavín de Huantar» para, mediante los ascensos, buscar crear ese falso sentido de pertenencia.

¿Por qué se le da el ascenso al comando de asalto a la residencia del embajador de Japón?

Se le da el ascenso por interés político. Según la lógica de los Fujimori y de Montesinos, estos oficiales «iban a ser leales e incondicionales a ellos», con lo que esperaban cubrirse las espaldas cuando dejaran el Gobierno y estos oficiales «incondicionales», gracias a este ascenso, comandaran las instituciones castrenses y haciendo uso de su poder, velaran por el cumplimiento del Acta de Sujeción. Durante varios meses, el personal militar entrenaba con una réplica, en tamaño real, del edificio de la residencia del embajador de Japón. Practicaron durante días y semanas. Después entraron en una rutina porque se ejercitaban fuera de horas de trabajo, lo que empezó a dar fastidio. Se entrenaba en cualquier momento, a cualquier hora, incluso a altas horas de la noche, por lo que se generó un poco de cansancio. Entonces, Montesinos propuso a los responsables de esta operación que, si salía bien, todos iban a ser ascendidos. Esta propuesta, sin dudas, cayó muy bien en el grupo de trabajo, pues todos sabían que, gracias a la Constitución fujimorista, el Presidente de la República eran quien tenía el poder de conceder los ascensos. Después de la operación, hay una comida en el Cuartel

General del Ejército, donde primero habla Montesinos y le propone a Alberto Fujimori que se pronuncie a favor de ascender a todos. Obviamente, después del anuncio de Fujimori, la reunión terminó en jarana.

Eso creó un problema dentro del Ejército, porque hay que tener en cuenta que el conflicto más reciente había sido en 1995, con el vecino del norte. En ese conflicto hubo gente que mereció ascender, porque participó en acciones distinguidas, pero no se les ascendió. Se les dio una distinción, la medalla Cáceres. Pero en el operativo de la residencia del embajador, se asciende a todos sin excepción. ¿Por qué? Porque había un contenido político: Montesinos y los Fujimori querían construir una cadena de mando en la institución por lo menos hasta el 2020 que defendiera el cumplimiento del Acta de Sujeción.

El ascenso sin establecer una diferencia positiva entre las acciones distinguidas y las otras, normalmente de orden administrativo, fue un error, y un error premeditado porque tenía, como ya dije, una intención política; es decir, se premió de igual forma al que ingresó a la residencia y combatió como al que se encargó de preparar el rancho,¹ al que se encargó de comprar las escaleras, al que se encargó de cargar las baterías de los radios, al que abasteció con combustible los vehículos, y así por el estilo. Esta medida creó situaciones curiosas dentro de la institución, como coroneles que, con solo seis meses en el grado, de la noche a la mañana, ya eran generales de brigada² y lo mismo pasó en otros grados.

El papel de las Fuerzas Armadas en el régimen de los Fujimori y de Montesinos fue fundamental, sobre todo a partir del golpe de Estado.

Sí, porque en realidad, en 1990, ¿qué eran Alberto Fujimori y su hija Keiko? Eran unos desconocidos que entran al Palacio de Gobierno, sin partido y sin plan de gobierno, y antes de en-

trar a Palacio ya son absorbidos por Montesinos, que entiende muy bien sus debilidades y les crea desconfianza sobre otros, con lo que logra convertirse en la persona más cercana del entorno familiar de los Fujimori. Sobre esto se ha escrito bastante. Montesinos sirve de bisagra entre un líder político sin partido y una de las instituciones más sólidas del Perú, las Fuerzas Armadas, que como dije antes, ya tenían un plan de gobierno, realizado durante el primer gobierno de Alan García.

Cuando Alberto Fujimori viaja a los Estados Unidos como presidente electo, todo hace pensar —como dijo un periodista— que allá le dijeron que tenían conciencia de que en el Perú teníamos un problema de seguridad, que era Sendero Luminoso, y que el gobierno podía actuar con toda la libertad en ese campo. De esta visita, Fujimori entendió que tenía luz verde para la «guerra sucia» y que en el tema del respeto a los derechos humanos, el gobierno de los Estados Unidos respetaría el «buen juicio» del gobierno peruano. No obstante, a los estadounidenses sí les preocupaba la política económica que aplicaría el gobierno peruano. Por eso Fujimori fue a Washington con un «premi-nistro» de Economía, Santiago Roca, y regresó con un ministro de Economía diferente: Carlos Bologna, que le siguió en el cargo a Juan Carlos Hurtado Miller. Después de su regreso de los Estados Unidos se crea el grupo Colina.

Volviendo a su «exilio», ¿cómo vivió su estancia en Francia y en Corea? ¿Qué vínculos mantuvo con el Perú?

Tanto en Francia como en Corea, viví decorosamente como una familia de clase media. Tuve que estudiar francés a marchas forzadas, porque se me comunicó con pocos días de antelación de este nuevo destino y no tenía el conocimiento del idioma. Aproveché mi estadía en Francia para iniciar un curso de doctorado en Ciencias Políticas que ha quedado pendiente. Después

del 29 de octubre, ya de vuelta en el Ejército, comencé a escribir al Comando del Ejército sobre temas de seguridad nacional, como mi opinión de rechazo a la Convención del Mar frente a la doctrina de las 200 millas de dominio marítimo, el apoyo a las justas reivindicaciones de Bolivia por una salida al mar desde una óptica de seguridad nacional, sobre la instalación de una Corte de Honor para defender los valores institucionales frente a la actitud de los oficiales que comprometieron a la institución con el régimen de los Fujimori, entre otros temas. Esta práctica la mantuve durante mi paso por las agregadurías militares tanto en Francia como en Corea del Sur.

A mediados de 2004, fui trasladado a Seúl como agregado de Defensa. Desde allí denuncié actos que atentaban contra la seguridad nacional. Por ejemplo, hice un informe a mi comando, que después se filtró a la prensa, donde señalaba que firmar la Convención del Mar era un acto de traición a la patria y exponía mis razones sobre el tema. Como militar, tengo el derecho a pronunciarme sobre la seguridad nacional, pero estos documentos en algunos casos ponían en jaque al Comandante General del Ejército o al propio Ministro de Defensa, quienes tenían que pronunciarse, y como no lo hacían, la prensa publicaba mis pronunciamientos.

Ese año me correspondía presentarme al ascenso. Llegué al convencimiento de que no debía recibir el ascenso de estos generales deslegitimados, a los que yo había denunciado y demandado que se les sometiera a una Corte de Honor. Entonces, voluntariamente renuncié a participar en el proceso de ascensos, decisión que no cayó bien en el Comando del Ejército y por eso me sancionaron injustamente. En el Ejército existen normas para casi todo, pero en este caso, nadie previó una norma que contemplara el caso de que un oficial voluntariamente renunciara a su derecho de postularse a un ascenso al grado inmediato

superior. Por tal razón, al no encontrar un respaldo reglamentario para descalificar mi decisión que, según el Comando, podría ahondar más el cuestionamiento que pesaba sobre ellos, sobre su permanencia en el instituto después de que firmaron el Acta de Sujeción, decidieron sancionarme disciplinariamente con algún pretexto.

Como dicen, hay cosas que no se reglamentan porque no suelen pasar, y cuando ocurren es porque algo grave está sucediendo dentro de una institución, en este caso, en las Fuerzas Armadas. El Comando se negaba a abordar el levantamiento militar del 29 de octubre de 2000. Al siguiente año tampoco me presenté al proceso de ascensos.

LOS SUCESOS DE ANDAHUAYLAS

Después viene lo de Andahuaylas en 2005. El Fiscal lo implica ahora en ese asunto. ¿Qué pasó ahí?

A raíz del segundo Manifiesto a la Nación que doy a conocer el 1ro. de enero de 2005 (el primer Manifiesto a la Nación fue para comunicar el levantamiento militar del 29 de octubre de 2000) y de las expresiones del propio Antauro diciendo, primero, que yo le ordené que hiciera ese levantamiento y, después, diciendo que yo le ordené que depusiera las armas, la Fiscalía me cita en calidad de testigo al juicio por los sucesos de Andahuaylas. Eso sucede en 2006, a inicios de la primera vuelta electoral y también después de la segunda vuelta. Ahora bien, sin ningún elemento adicional o nuevo, la Fiscalía decide que en ese juicio, yo pase de testigo a inculcado. Esto, sin duda, obedeció a una presión política. Con toda seguridad, si yo llegaba a la Presidencia de la República no se me hubiese involucrado más allá de ser citado como testigo.

En el plano jurídico, se me pasó de testigo a acusado, sobre los mismos criterios que se emplearon para citarme como testigo. No existe algo nuevo, alguna «prueba» que haya aparecido después de que la Fiscalía me citara como testigo. Lo único nuevo fue que no llegué a Palacio como presidente del Perú.

¿Cómo explica esta conducta de su hermano Antauro?

Solo es posible explicar su conducta desde el plano político, ya que como hermanos hemos mantenido excelentes relaciones de familia. De otro modo, resultaría inexplicable.

Antauro me involucró en su propio proyecto, diciéndole a mucha gente que viajó a Andahuaylas que yo iba a estar allí presente, sabiendo que eso era imposible, pues yo no tenía conocimiento de sus planes y además me encontraba en Corea del Sur como oficial del Ejército en activo, a más de catorce horas de diferencia horaria y a más de 20 000 kilómetros de distancia del Perú. Para que tenga una idea de lo extremo en que se encuentran ambos países, cuando aquí en Lima es de día, allá es de noche.

Una vez sucedidos los hechos, y ante la inminencia de un mayor derramamiento de sangre, llamo a Antauro por teléfono para saber de su situación y sugerirle que deponga las armas; pero él salió indebidamente diciendo en público que yo le había ordenado que depusiera las armas.

En la campaña electoral también tuvo posiciones que no lo favorecieron.

Efectivamente. Durante la campaña electoral, se empeñó en decir, al inicio de la primera vuelta, que ambos éramos lo mismo, que éramos «las dos caras de una misma moneda». Después se postuló al Congreso por el partido donde otro hermano nuestro, abiertamente contrario a mí, era candidato a la Presidencia. Cuando pasé a la segunda vuelta, nuevamente «era su candidato»; y, por último, después de las elecciones empezó una campaña personal en mi contra y en contra del Partido Nacionalista. Este comportamiento, a mi entender, solo podía partir de una mala evaluación política de Antauro.

En el plano familiar es uno de los hermanos con quien mejor me he llevado, pero en el plano político, nuestra principal dife-

rencia es que yo soy radical y él es extremista. Esa es la diferencia fundamental. El pueblo peruano espera medidas radicales, pero no extremistas para enfrentar problemas puntuales como la corrupción, el narcotráfico, el desempleo, la falta de educación y salud de calidad para la mayoría de peruanos y peruanas, en suma para construir una nueva sociedad con un Estado honesto que defienda los intereses nacionales. El radicalismo en sí es una propuesta viable, pero el extremismo no es una propuesta; por el contrario, implica un salto al vacío. El radicalismo viene del concepto de «raíz»; es decir, resolver el problema desde su origen. El extremismo muchas veces no reconoce la raíz de los problemas nacionales y por eso se equivoca en sus propuestas de solución. El radical siempre es coherente; el extremista no, por lo mismo que se sitúa en los extramuros de la sociedad y de la realidad, en general resulta incoherente, y puede decir una cosa y en la práctica hacer todo lo contrario, o dejarse arrastrar por una prédica distorsionada y alejada de la realidad.

*¿Su hermano Antauro entró a la vida política mucho antes que usted?
¿Cómo lo hizo? ¿Sus acciones fueron coordinadas con usted?*

No. Después de que Antauro pasa al retiro en 1997, particularmente después del levantamiento militar del 29 de octubre de 2000, funda un periódico y, de manera unilateral y arbitraria, le pone mi nombre, *Ollanta*, a pesar de no contar con mi aprobación. En ese momento, yo había retornado al Ejército y él decidió dedicarse a la política.

Él comenzó a crear su propia imagen política, al principio como el hermano del comandante Ollanta y luego como Antauro, pero siempre vinculándome en su discurso. Él tiene un discurso muy peculiar, es analítico, pero a mi juicio no ha sabido aglutinar el sentimiento nacionalista que quedó expuesto después del levantamiento militar del 29 de octubre de 2000. Sin

embargo, con trabajo logró posicionarse en un sector minoritario de la población con un discurso extremista que normalmente atemorizaba a la clase política, y esto lo hacía con el apoyo y concurso de jóvenes que en su mayoría eran licenciados de las Fuerzas Armadas. Para ello, no dudó en utilizar mi nombre y ponerme de «icono», obviamente yo no tenía participación en ese proyecto.

Su periódico es contestatario, antisistema, si quieres también un poco malcriado. Dice cosas hasta con lisuras, pero se gana su propio espacio. No obstante, debido a su extremismo se queda con un espacio mínimo en la sociedad, que es el que representa el etnocacerismo. En esos años fue construyendo su proyecto político con muchachos licenciados identificados con el levantamiento militar del 29 de octubre, y para esto mi nombre le era útil. En este contexto, no dudó en sostener arbitrariamente, en uno de sus libros, que el levantamiento militar del 29 de octubre de 2000, fue la primera rebelión etnocacerista, cosa totalmente absurda porque el etnocacerismo como proyecto político no existía en ese momento, él lo construye después. El levantamiento de Andahuaylas sí es parte de esa construcción, de la materialización de una ideología extremista, de una praxis a la que todavía le servía mi imagen, en el objetivo de aglutinar seguidores. Esto explicaría por qué públicamente mintió al decir que yo le ordené que hiciera un levantamiento en Andahuaylas, y después, al decir que le ordené que depusiera las armas. No podía desenmascararse ante los seguidores que habían asistido creyendo que yo iba a liderar esa acción o que estaba de acuerdo con ella. Por eso cuando ingreso a la actividad política y hago declaraciones diferentes a la posición política de mi hermano, él lo toma como una traición y comienza a denigrarme y a denigrar al nacionalismo hasta el día de hoy.

Estos episodios han tenido alguna repercusión familiar.

Evidentemente, la conducta política de mi hermano ha enturbiado, en última instancia, la relación familiar. Espero que el tiempo sea un buen aliado para solucionar estas desavenencias. Creo que mi hermano ha tomado un camino equivocado, la aplicación de su ideología traería un acrecentamiento de la fractura social que existe en el país; no es una postura constructiva, ni progresista, es más bien destructiva de la sociedad.

Luego Antauro toma distancia de usted y usted también de él.

Como existen diferencias ideológicas entre el nacionalismo y el etnocacerismo que se expresaron durante la campaña electoral, políticamente ya no le es útil mantener mi nombre en su periódico, por lo tanto le pone su propio nombre y, para justificar este acto ante su público, empieza a atacarme con rabia, impropia de un hermano, como si el nacionalismo fuera su principal enemigo. Dentro de una mentalidad extremista y sectaria, lo primero que se combate es al del costado, a la «competencia», como lo hizo Sendero Luminoso con la izquierda, sin entender que el principal enemigo está al frente.

Ante sus seguidores trata de justificar el fracaso del Andahuaylazo. Según su discurso, hubo una falla en los planes, una traición del «icono», del comandante Ollanta, y por eso ahora hay que atacarlo porque él es el único y verdadero responsable del fracaso. Esta es una lógica que aplica en la mayoría de sus disertaciones y es contraria a la búsqueda de unidad e inclusión política; para Antauro: «el que no piensa como yo, es mi enemigo».

¿Por qué entró a tallar en el levantamiento de Andahuaylas haciendo declaraciones públicas si esta no era una acción que usted lideraba?

Voy a hacer referencia al pasado para que se entienda mejor mi posición. Cuando convoque a Antauro a participar en el levantamiento militar de Locumba, él inmediatamente se muestra de acuerdo y con mucho entusiasmo me acompaña. Y cuando iniciamos este levantamiento militar yo sentía que tenía, entre otras cosas, el compromiso de resguardar su integridad física y su propia vida, pues, como ya dije, en esta acción militar todos arriesgamos la vida. Sencillamente, si algo le pasaba, no podía imaginar cómo decirle a mi madre o a su esposa que me lo llevé con vida y no pude cuidarlo; es decir, a pesar de que ya somos adultos siempre he tenido un sentimiento de hermano mayor con respecto a él. Por eso es que cuando él no llega a Calacoa conforme a lo establecido, y el plan era que yo debía continuar hacia Arequipa por Omate, tomé la decisión de regresar desde Muilaque a Calacoa, en busca de mi hermano y del resto del personal, arriesgando toda la operación, pues sabíamos que allí se encontraban cerca de mil soldados, y sin considerar lo cansados que estábamos; regresar allá con un puñado de soldados equivalía a meterse en la boca del lobo.

Por esta misma razón, es que cuando me entero de su levantamiento en Andahuaylas, pensé que podía sucederle cualquier cosa, y en los momentos más difíciles, es decir, en las primeras cuarenta y ocho horas, la verdad, lo vi solo. Nadie de los que ahora lo rodean estuvo con él. Por eso, conversé por teléfono con el director de *Perú 21*, Augusto Álvarez Rodrich, y le pedí que adelantara mi entrevista, prevista para el lunes 3 de enero de 2005, con la sana intención de evitar un mayor derramamiento de sangre.

Y también es por eso que, averiguando a qué teléfono lo podía llamar, logré contactarme con él. En esa conversación le

pregunté qué pensaba hacer, y le ayudé a descartar una serie de formas de acción que a mi entender sencillamente eran inviables. La solución más juiciosa era deponer las armas. Esa decisión la tomó él mismo, porque se dio cuenta que era lo más sensato. Ahí me ganó un problema porque Antauro para «lavarse las manos» ante sus seguidores, que en muchos casos eran más extremistas que él, dice públicamente que yo le ordené que depusiera las armas. «Por orden de mi comandante Ollanta vamos a deponer las armas», dijo. Estas declaraciones, como creo haberle comentado, me han generado un problema judicial absurdo.

Una crítica que se le hizo, también durante la campaña, es por qué si en el periódico se publicaban contenidos racistas, contra los homosexuales y otros por el estilo, el periódico siguió utilizando su nombre y no se cambió, por ejemplo, por Antauro, que es como se llama ahora. Le han acusado de aprovecharse indirectamente de ese trabajo.

Eso no es cierto. Hay documentos que yo hago y que dirijo al Comandante General del Ejército, aclarando a mi instituto que yo no tenía, ni tengo participación intelectual, material o administrativa alguna en dicho periódico. Hay que entender que, como militar en esa época en activo, yo no podía, ni debía responder ante la opinión pública sobre este tipo de situaciones. Tan solo respondía a mi Comando. En varias oportunidades tuve que comunicar a mi Comando que la posición de ese periódico no era la mía, que no reflejaba mi opinión, que no tenía nada que ver ni en el manejo editorial ni en la línea política del periódico, que no era accionista y, por último, que el nombre se le puso al margen de mi voluntad. He hablado en varias oportunidades con Antauro sobre este tema, lo hemos hablado con mis padres, y al final solo quedaba presentar una demanda judicial contra mi hermano,

algo que, obviamente, no pensaba hacer. No se me cruza por la cabeza enjuiciarlo.

¿Por qué sucedió el Andahuaylazo?

Antauro ha sido un buen oficial del Ejército, al que se le pasó a la situación de retiro injustamente. Eso fue traumático. Si no hubiera tenido el apoyo de mis padres, quizás se hubiera roto hasta su familia. No tenía pensión. En eso me solidaricé con él. Lo apoyamos. Antauro siempre ha tenido una fijación con el Ejército, tiene sangre de soldado, y eso lo llevó a crear un movimiento político con características de organización militar, con jóvenes licenciados en su mayoría, desfilando uniformados, con grados militares, y vendiendo su periódico, su «vademécum» y, en general, todo lo que él escribe.

En esa época, mi padre hablaba de un movimiento político y Antauro no se mostró muy interesado en eso, posición que finalmente no contribuyó a culminar la formalización de un movimiento político, pese a que entre mi padre y Antauro existe una fuerte identificación ideológica. Mi padre empezó a construirlo poco a poco; sin embargo, su edad avanzada no le ayudaba mucho. Mientras tanto, Antauro se dedicó a su periódico, a una labor más ideológica que informativa. En un momento, Antauro tuvo una cabida importante en los medios de comunicación, con un discurso nuevo, pero con soluciones simplistas; por ejemplo, él dice: «El Ejército está mal y hay dos maneras de solucionarlo, una es con dos mil millones de dólares y otra con sesenta soles, lo que costarían dos cacerinas con cuarenta cartuchos». O sea, fusilamientos, ¿no?

Asumo que su visión extremista de las cosas lo llevó a un discurso con escasas propuestas o soluciones muy básicas que le restaron credibilidad para enfrentar los diferentes problemas nacionales. En esas circunstancias, fue perdiendo apoyo,

pero no modificó su posición extremista, basta con revisar sus últimos editoriales antes de 2005: «Amo el golpe de Estado», «Reservistas a las armas», «Hay que colgar al granjero», etcétera. ¿Quién era el granjero?¹ Alejandro Toledo. A todo esto, se añadieron los deslices en su vida privada, que le hicieron perder seriedad y credibilidad.

En mi opinión, todos estos factores pesaron, no sé cuánto, pero debieron haber influido en su decisión de «patear el table» el 1ro. de enero de 2005 en Andahuaylas. De un momento de auge, como fue el levantamiento del 29 de octubre de 2000, donde salimos con prestigio ante la sociedad, el sentir que iba perdiendo apoyo, sus deslices sentimentales, la acumulación de un discurso que hablaba de tomar el gobierno mediante un golpe, y la participación de alguna gente de su entorno más extremista que él, diciéndole: «Mayor, vamos por la vía no convencional de la que tanto hemos hablado...», todo eso pudo haber influido en la decisión de realizar el Andahuaylazo, donde, probablemente, quiso repetir el levantamiento militar del 29 de octubre de 2000.

¿Cuál es la principal diferencia entre Locumba y Andahuaylas?

El levantamiento militar en Locumba es la consecuencia de una convulsión social que se vivía en el país durante más de un año, debido a un gobierno ilegal e ilegítimo. Es parte del colapso de los sistemas políticos representativos que estallan en «golpes de Estado de masas», como se han venido dando en diversos países de la región como Argentina (contra Fernando de La Rúa), Bolivia (contra Gonzalo Sánchez de Losada y Carlos Mesa) y Ecuador (contra Jamil Mahuad, Abdalá Bucarán y Lucio Gutiérrez). Un gobierno ilegítimo que cerró el Congreso, que creó una nueva Constitución, y que más tarde la violó al pretender gobernar cinco años más y con serias sospechas de un fraude electoral. Acuérdesese que ya había salido un «vladivi-

deo» donde Montesinos aparecía sobornando a un congresista, mientras que otros congresistas demandaban que un general o un coronel depusiera al dictador, y la sociedad civil se activaba y lavaba la bandera o colocaba una cinta amarilla rodeando el Palacio de Gobierno donde ponían: «Silencio, mafia trabajando». Ese era el ambiente. Solo faltaba la respuesta del Ejército y la dimos a favor del pueblo peruano. Sin derramamiento de sangre. ¿Y en 2005? Las circunstancias que vivía el país eran muy diferentes a las de 2000. El país no se encontraba convulsionado como en 2000, Toledo, si bien tenía una bajísima aceptación debido a su mala gestión, no pretendió violar la Constitución para continuar en el cargo de presidente.

¿Fue un acto desesperado de Antauro?

Con el discurso extremista que durante mucho tiempo manejó, y que reiteradamente anunciaba y motivaba a su público «a tomar las armas», finalmente, más que un acto desesperado fue un acto obligado, exigido por la mayoría de sus seguidores.

Él quiso iniciar una convulsión social que no existía y pensó que él podía repetir la movilización que se generó en el levantamiento de Locumba. Evidentemente, al principio despertó la simpatía de un sector, por la misma frustración de la población mayoritariamente pobre ante un gobierno neoliberal e impopular, pero no había un movimiento nacional: el Presidente no era ilegal. Hay otra gran diferencia en Andahuaylas: seis muertos (cuatro policías y dos etnocaceristas), es parte del riesgo que conlleva una acción de esta naturaleza. ¿Y por qué? Porque en lo fundamental se trató de un grupo de civiles licenciados, honestos en su mayoría, tratando de generar una convulsión social mediante la captura de una comisaría de la Policía, ante la imposibilidad de capturar una unidad militar del Ejército, buscando la renuncia de un presidente de pésima gestión, pero que no

era como Fujimori. A diferencia de esto, el 29 de octubre fue el levantamiento de una unidad militar del Ejército en respuesta a una convulsión social ya generalizada en todo el país, y que demandaba la salida del dictador Fujimori, no solo por ser un mal gobernante sino, fundamentalmente, porque había roto el orden constitucional de la República. No se puede comparar el levantamiento militar de Locumba con la toma de la comisaría de Andahuaylas.

En Locumba yo llevé uniformados, soldados, y unos cuantos reservistas y licenciados, entre ellos a Antauro, que ya se encontraba en situación de retiro, y se impuso siempre la disciplina militar, sobre todo en el empleo de las armas. No puedo decir qué pasó con exactitud en Andahuaylas, pero evidentemente hubo acciones que Antauro no controló y, estoy seguro, no ordenó ni aprobó, como fue la balacera y los muertos. Sobre los muertos estoy seguro de que Antauro mismo lo lamenta: policías y reservistas, ambos son hijos del pueblo.

A usted lo implicaron porque parece que hay una carta suya de diciembre, ¿no?

En el mes de diciembre del año 2005, en plena campaña electoral, la Fiscalía me involucra en el caso de Andahuaylas, utilizando para esto un supuesto informe de Inteligencia de la Policía. ¿Cuál era esta «prueba»? Era el manifiesto que entregué a la opinión pública por los medios de comunicación, el día 1ro. de enero de 2005, después de que ocurrieron los hechos. Es decir, me acusan de instigador o autor intelectual de un hecho que ya había sucedido, cuando lo lógico es que uno instigue «algo que todavía no ha ocurrido».

Durante la primera vuelta electoral, cuando iba en aumento el apoyo a mi candidatura a la Presidencia de la República, me colocan en condición de testigo y después de la segunda vuelta

electoral paso de testigo a inculpado y probablemente en el futuro seré condenado. ¿Qué ha pasado? No hay ninguna prueba nueva, no hay nada, pero, extrañamente, la Fiscalía desarchivó lo que estaba archivado y logra, con la anuencia de la jueza, involucrarme en el caso como instigador o autor intelectual. El pretexto para este abuso es el manifiesto que hago el 1ro. de enero de 2005, después de los hechos de Andahuaylas.

¿En ese manifiesto apoyaba la toma de la comisaría?

El Manifiesto a la Nación del 1ro. de enero de 2005 es mi partida de nacimiento en la política. Inmediatamente después de haber pasado a la situación de retiro del Ejército, lo pensaba publicar tras las fiestas de año nuevo, pero los acontecimientos me hicieron adelantar su publicación. Es un documento en el que hago un pronunciamiento sobre la coyuntura política del país, y señalo la responsabilidad de la clase política y del gobierno del señor Toledo en particular. En este mismo documento, entre otras cosas, me pronuncio a favor de la aplicación de un artículo constitucional, concretamente el de la Insurgencia Popular como derecho del pueblo. Obviamente este documento no cayó bien al gobierno y a la clase política que me acusó, no solo de apoyar la toma de la comisaría de Andahuaylas, sino además de estar involucrado directamente.

En realidad, al adelantar el Manifiesto y mencionar el artículo constitucional de la Insurgencia Popular, lo hago pensando en evitar un mayor derramamiento de sangre en Andahuaylas, pues la publicación adelantada era un mensaje al gobierno que debía tener mucho cuidado si es que pretendía una solución rápida y violenta al problema surgido en Andahuaylas y, por otro lado, esperaba que sirviera de reflexión a todos los que se encontraban dentro de la comisaría para que entendieran que una cosa es un alzamiento para defender el Estado de derecho y el

orden constitucional y otra es un alzamiento rompiendo con el Estado de derecho y el orden constitucional, más aun, dado que ellos planteaban una salida constitucional que era la renuncia de Toledo y su reemplazo por el vicepresidente Waissman.

Como entenderá, la finalidad del Manifiesto fue mi presentación, nuevamente, en la política después de casi veinticinco años de vida militar, y lo adelanté para evitar un derramamiento de sangre. Por ese documento y por las declaraciones de Antauro, aunque este ya se haya retractado, es que se me involucra en el proceso penal de Andahuaylas en calidad de instigador o autor intelectual. No soy abogado, pero no necesito serlo para darme cuenta de lo absurdo de esto y de su intención política. En todo caso, si se le quiere buscar los «tres pies al gato» al Manifiesto, sería el de promover a la nación peruana. A ella va dirigido, no a una toma de comisaría si no a la insurgencia popular, que por demás es un derecho constitucional.

Entonces, ¿de qué se hablaba en ese Manifiesto?

Del derecho constitucional a defender la democracia, hacer marchas y movilizaciones para pedir la salida de Toledo.

Si no hubiera estado su hermano Antauro, ¿hubiera hecho el Manifiesto?

Yo, ya había decidido hacer un manifiesto como partida de nacimiento para entrar en política, porque el 31 de diciembre me invitaron al retiro. Hice este documento para presentarlo el 3 de enero, pero, como ya dije, al ver la situación tan complicada de ese grupo de reservistas, licenciados y ciudadanos en general, incluyendo a mi hermano, decidí adelantarlo, para evitar un derramamiento de sangre entre hijos del pueblo; más aun, cuando se trata en su mayoría de muchachos licenciados con los que me siento

identificado por obvias razones, y de policías. Inclusive, en un segundo documento que publico, dirigiéndome a los reservistas y licenciados, les digo que las protestas se hagan por medio de marchas y movilizaciones, como para que no queden dudas.

¿El siguiente documento es de deslinde?

El siguiente documento está dirigido a los reservistas y licenciados y, como ya señalé, traté de canalizar democráticamente todas las protestas que pudieran surgir, por eso menciono que estas deberían realizarse mediante marchas y movilizaciones. El día 3 de enero, en una entrevista a la BBC, cuando desde Seúl me entero que hay muertos, declaré que no podía avalar el derramamiento de sangre. Y aclaraba también, porque me querían meter en el tema de Andahuaylas, que si yo me involucraba en algo como eso era para liderarlo, no para que mi hermano hiciera lo que yo tenía que hacer. Cuando consideré que la situación se salía de su control, lo llamé y le pedí que depusiera las armas, pero se lo pedí como hermano, yo no le podía ordenar nada, más aun, cuando, por fuentes militares, me enteré que el propio Comandante General del Ejército de ese entonces, estaba presionando al gobierno para ingresar por la fuerza.

Claro, porque él dice que se lo ordenó...

Sí, ahí viene lo inexplicable de Antauro. Por lo que he venido averiguando, Antauro no le dijo la verdad a su gente. Les dijo que yo estaba ordenando el Andahuaylazo y que iba a entrar por Bolivia a comandarlo. Mucha gente me ha contado: «Su hermano ha dicho que usted iba a venir». Y yo no sabía nada de eso. Hasta afirmó en una entrevista que yo le dije que tenía que ser en Andahuaylas. Imagínate: ¡desde Seúl yo le voy a decir dónde tiene que hacer las cosas! Eso es imposible; ningún jefe podría

tomar una decisión así estando a catorce horas de diferencia horaria y a más de 20 000 kilómetros de distancia, de una realidad de la cual estaba físicamente alejado, desde hacía dos años.

Después, en otra entrevista él afirmó que yo no le he ordenado esas cosas. Él mismo entra en contradicción. Creo que, al final, como siempre hablaba de mí, quiso ponerse como que él simplemente cumplía las órdenes. Por eso, cuando le dije que lo mejor era que depusiera las armas, después de hacer un análisis rápido de la situación, él entiende que sí era lo mejor y salió a decir «por orden de mi comandante». Supongo que lo hizo para aplacar a la gente, pero es mentira, y esta mentira no solo me compromete judicialmente sino también con los familiares de la gente que lo siguió y ahora está presa. Muchos creyeron que yo ordené las acciones en Andahuaylas y vienen a mí como si fuera el responsable de que sus familiares estén en la cárcel. Yo espero que él diga la verdad, porque hay personas que al creer que fui yo, podrían decirme por qué nos abandonas, ¿no?

Ahora, después de que ha pasado la campaña político-electoral, cuando ya no se puede hablar de intereses políticos, ahora estamos yendo como una cuestión humanitaria y solidaria a apoyar a la gente que está en la cárcel, proveyéndoles de asesoría legal, ayuda médica, respaldo a sus familiares y apoyo con material para que puedan trabajar. Merecen que se les preste atención. Muchos de estos reservistas son licenciados del Ejército, que se identificaron con el levantamiento del 29 de octubre. No podemos dejarlos en la situación precaria en que se encuentran en estos momentos.

Por último, ¿qué son para usted los reservistas?

Se ha confundido entre reservistas, que son todos los peruanos que están en edad militar, es decir, de ser convocados para la Defensa Nacional, y licenciado, que es el que ya lo ha hecho. En

estos momentos pertenezco a la reserva y me siento solidario con todos los reservistas, por lo mismo que en un momento importante del levantamiento del 29 de octubre de 2000 hice un llamamiento a los reservistas y recibí un gran apoyo de su parte. Me siento vinculado históricamente y por mi misma esencia con los reservistas.

LA DENUNCIA DE PERSECUCIÓN POLÍTICA

En relación con sus procesos, Madre Mía y Andahuaylas, usted ha dicho que se trata de una persecución política. ¿Cuáles son sus argumentos?

Es una persecución política que se materializa en un acoso judicial. Antes de entrar en política no tenía ninguna relación con el Poder Judicial, menos en condición de acusado o procesado. Fue en el proceso de la campaña presidencial, y particularmente cuando nos estábamos proyectando como primera fuerza a nivel nacional, en diciembre de 2005, cuando empezaron a aparecer en los medios las imputaciones, los cuestionamientos sobre mi vida pasada y sobre lo que «yo haría» de llegar a la Presidencia. Es decir, se utilizó el Poder Judicial para cuestionar mi pasado y se recurrió al miedo y a la calumnia para cuestionar mi futuro. Al inicio, se me acusaba de antisemita, de homofóbico, entre otras, y que estaba vinculado a los sucesos de Andahuaylas, y conforme iba creciendo la popularidad de mi candidatura, pasé a ser violento, antidemócrata, pro estatizador de la banca nacional, fascista, hasta criminal... Asesino y violador de derechos humanos. Esta última acusación se materializó ante la Fiscalía en diciembre de 2005, cuando empecé a liderar las preferencias electorales.

De ahí, durante la segunda vuelta, hubo dos procesos que se quedaron detenidos en el Poder Judicial esperando el resultado de las elecciones: uno era una investigación, que voluntariamen-

te o de oficio hace el fiscal de Tocache con respecto al caso de Madre Mía, y la otra es una acusación mucho más consolidada, más avanzada, que es contra Alan García en relación con la matanza probada que se realizó durante su gobierno tras un motín de presos en los penales de Lima. Salió presidente Alan García y esa investigación de violación de derechos humanos en el develamiento de los penales se archivó, en cambio la mía se activó y se me abrió un proceso penal en los casos de Madre Mía y de Andahuaylas, y adicionalmente se me abrieron otras siete investigaciones en el Ministerio Público.

En el caso de Madre Mía, se trata de la supuesta desaparición de dos personas en junio de 1992. Sin embargo, según algunos testimonios, dichas personas han sido vistas y reconocidas con posterioridad a su supuesta desaparición. Por otro lado, los mismos familiares que durante la campaña electoral presidencial me denunciaron ante la Fiscalía, anteriormente, en el año 2002, ya habían denunciado por lo mismo a otras personas; es decir, soy el tercer oficial denunciado por la misma supuesta desaparición de sus familiares, que ahora sabemos pertenecieron o pertenecen a Sendero Luminoso. Yo creo que toda vida es valiosa, al margen de que estas personas hallan pertenecido a Sendero Luminoso, y quiero ser enfático: soy inocente de esta acusación y me quedo en el Perú enfrentando estas acusaciones y defendiendo mi inocencia.

Por último, resulta curioso que siendo un hombre público desde el 29 de octubre de 2000, con el levantamiento de Locumba, con mi rostro conocido y difundido por todos los medios de comunicación, no haya sido objeto de esa denuncia, ni de otras. Más aun, a finales del año 2002, fui designado adjunto a la Agregaduría Militar en Francia, por lo que de nuevo fui noticia; y coincidentemente ese año, estas personas denunciaron por el mismo caso a otros oficiales. Es curioso que a finales de

2005, cuando empiezo a liderar las preferencias electorales es que se produce esta «denuncia».

Ahora sabemos, porque obra en los expedientes, que no hay testigos de esos hechos, y que los supuestos testigos indirectos (de oídas) han confesado que fueron presionados o «coaccionados» para hacer esta denuncia.

¿Y usted qué hace frente a este acoso?

A diferencia de Alberto Fujimori y de Alan García, yo vengo enfrentando aquí ambos procesos, así como las siete denuncias contra mí que están en la Fiscalía, y que en cualquier momento pueden convertirse en procesos penales. Soporto las restricciones a mi libertad y el embargo preventivo de mi patrimonio personal; no puedo siquiera pernoctar fuera de Lima y menos viajar al exterior sin la autorización de dos jueces; debo firmar el libro correspondiente en el juzgado cada quince días; de tal manera que resulta muy difícil realizar mis actividades políticas en estas condiciones. Sin embargo, y a pesar de todas las dificultades, continuamos realizando nuestro trabajo de construcción de una alternativa política para el Perú.

¿Cuál sería el objetivo final de esta persecución?

Creo que todo este acoso judicial busca eliminar la oposición a este gobierno. Una tendencia de casi todos los gobiernos es tratar de gobernar sin oposición, pero lo que no está bien es que, al margen del deseo, se creen políticas antidemocráticas, manipulando instituciones para impedir la actividad de una oposición que se enfrenta democráticamente al gobierno, una oposición a los errores que viene cometiendo este gobierno. Y por otro lado, con la finalidad de que para las próximas elecciones llegue con la mayor cantidad posible de «banderillas», si es que no es posible meterme preso. Esta situación me recuerda una conver-

sación que tuve con un general del Ejército, quien me dijo: «Al Comando del Ejército no le importa que tú hayas tenido razón; lo que importa es dar un mensaje a toda la oficialidad de las Fuerzas Armadas de que jamás se pasará un acto de esta naturaleza, que el autor automáticamente perderá su carrera militar, así haya tenido la razón. Al igual que ahora, no importa si eres inocente, lo que importa es impedir que vuelvas a postular a la Presidencia y que todos sepan lo que le pasa al que intenta democráticamente, reformar las cosas. Es el precio y ese es el mensaje para los que creen en la necesidad de construir el cambio».

¿Está usted dispuesto a pagar ese precio?

Por supuesto que sí. El cambio es una necesidad que se siente, se respira. Y no solo en el Perú. El gobierno está poniendo al país al margen de esa corriente que en América Latina adquiere una fuerza inusitada, la corriente de cambio en este siglo no va en la dirección que ellos apuntan. Ellos están defendiendo un viejo esquema, aferrándose a un modelo económico que en veinticinco años no ha sido capaz de resolver los desafíos que nos impone el desarrollo nacional y los problemas que genera la pobreza. Están empeñados en replicar el siglo XX en el siglo XXI mediante un modelo económico del pasado y una visión colonial del Perú. Modestamente, nosotros hemos enarbolado la bandera del cambio en el último proceso electoral nacional. Este gobierno ha engañado a la población al decir que ellos eran el cambio y ahora se está demostrando que no solo son lo mismo del pasado, sino inclusive más audaces, en el sentido de comprometer los intereses nacionales en tratados comerciales con países con los cuales tenemos litigios en la Corte Internacional de Justicia de La Haya, como ha sido el caso del Tratado de Libre Comercio con Chile.

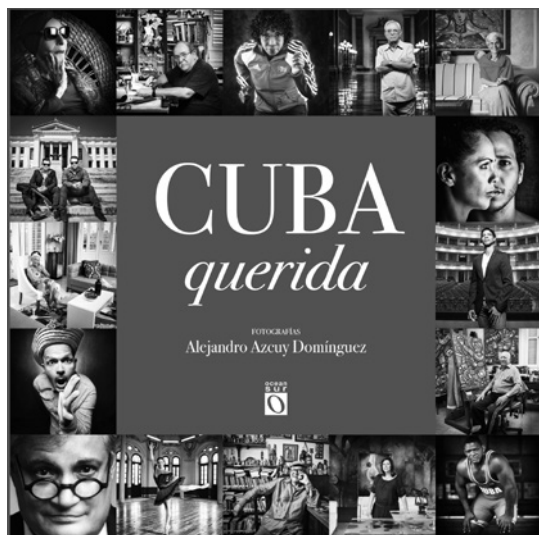
Teniendo en cuenta que el Poder Judicial tiene una escasísima credibilidad entre el pueblo peruano, ¿se le ha pasado por la cabeza irse del país? ¿No ha pensado que lo pueden meter preso?

Claro que se me ha pasado por la cabeza, pero no lo voy hacer. Mi compromiso es asumir todas estas calumnias dentro de un debido proceso en nuestro Poder Judicial. Estoy consciente de que, lamentablemente, es parte del costo de entrar en política y querer cambiar las cosas en el Perú, y también estoy consciente de que el gobierno actual tiene interés en neutralizar mis actividades políticas por conducto del Poder Judicial.

Los peruanos y peruanas estamos hartos de observar cómo los políticos tradicionales afrontan sus procesos judiciales. Los afrontan desde fuera, se van, negocian o esperan a que sus presuntos delitos prescriban, para regresar. Así lo hizo Alan García cuando se asiló en Colombia y después se fue a Francia hasta que prescribieran sus procesos; lo mismo hizo Fujimori escapándose al Japón, renunciando a la Presidencia del Perú por fax y, por último, tratando desde Chile de postularse al Senado japonés para eludir un proceso de extradición pendiente. Yo no quiero ser como ellos. Por eso me quedo aquí y me someto a un debido proceso dentro de la justicia, como lo hace cualquier persona, cualquier mortal. Mi preocupación es que estos procesos se salgan del marco legal, de tal forma que así tengas la razón, igual vas preso. Ese es el peligro que estoy viendo en estos momentos. Todos los peruanos y peruanas sabemos que una de las instituciones menos creíbles es el Poder Judicial, pero también sabemos que una sociedad democrática no puede vivir sin contar con una institución que administre justicia; en tal sentido, creo que lo correcto es darle confianza a este poder del Estado.

Creo que hay una intención del gobierno de meterme preso, solo que están calculando el momento, cuándo hacerlo, para destruirme políticamente y construir una falsa oposición en el

Congreso, con políticos traidores, tráfugas, con partidos políticos que se forman simplemente para eventos electorales, pero que en realidad no tienen ningún sustento ideológico. Sin embargo, sería un error estratégico del gobierno hacer esto, porque encarcelándome no va a detener la corriente de cambio en el país. Somos un partido joven. Lo más importante es nuestra ideología, y la conexión que tenemos con el pueblo. Y si me neutralizan surgirán otros. La realidad del país no va a cambiar por una persona. El Perú está destinado a ser parte de esa gran corriente de cambio, de construcción de una alternativa al modelo económico neoliberal y de consolidación de un proceso de integración latinoamericana, sin ningún tipo de injerencia ni subordinaciones.



Fotografías Alejandro Azcuy Domínguez

Cuba, pequeña porción de tierra que asemeja una llave en el golfo, que parece navegar entre las olas del mar Caribe, ha dado hijas e hijos ilustres que han trascendido sus fronteras para constituirse en referentes internacionales de las artes, la cultura, el deporte, las ciencias.

Al encuentro de algunos de esos cubanos, de esas cubanas, salió el fotógrafo Alejandro Azcuy. Esas imágenes se agolpan en este libro, editado por Ocean Sur, en el que aparece una breve representación de personalidades de la nación cubana – podrían ser muchas más – acompañadas de pequeñas frases, ideas, sentimientos acerca de su Cuba querida.

2022, ISBN: 978-1-922501-18-9

EL NACIMIENTO DEL PROYECTO NACIONALISTA EN EL MARCO DEL PROCESO ELECTORAL

¿Cómo nació el proyecto nacionalista?

En realidad, el proyecto nacionalista comenzó a tomar forma después del 29 de octubre de 2000, cuando me di cuenta, a raíz del levantamiento, que en el Perú el sentimiento nacionalista se encontraba latente en el corazón del pueblo peruano. La veta nacionalista quedó expuesta con el levantamiento militar del 29 de octubre, frente a una clase política tradicional incapaz de conectarse con los intereses nacionales y defenderlos con convicción y que claudicó ante los Fujimori al aceptar que este pretendiera llevar la supuesta «transición» a la democracia.

Nuestro nacionalismo se corresponde con la necesidad de consolidar la nación peruana mediante la construcción de un Estado multicultural que nos represente. Los proyectos nacionalistas en países subdesarrollados normalmente tienen como finalidad la construcción de un Estado que represente a la nación. Por el contrario, los proyectos nacionalistas en países del llamado Primer Mundo, donde tienen ya construido y consolidado su Estado nacional, normalmente tienen como finalidad consolidar su hegemonía en otros Estados, para lo cual tienden a fragilizar y perforar las soberanías de los Estados más débiles o tercer mundistas. Por esta razón, y a diferencia de los nacionalismos del «Primer Mundo», que asumen conductas «imperialis-

tas» o «colonialistas», los nacionalistas en el Perú tenemos una vocación de integración regional con todos los pueblos hermanos empeñados en la tarea de construir su propio Estado y de buscar un camino alternativo al desarrollo.

El espacio nacionalista está en la defensa de los intereses nacionales en un país con características neocoloniales, donde la matriz económica no permite el desarrollo industrial, porque se basa en la exportación de materias primas; donde las actividades económicas estratégicas están manejadas por capitales extranjeros y con una clase política subordinada a estos intereses; donde el Estado está infectado por el cáncer de la corrupción y el sistema democrático no se sustenta en instituciones, sino en una clase política mañosa, sinuosa, muy adicta a los «arreglos». Este diagnóstico lo comparte el pueblo peruano y ha creado decepción, desconfianza y, por último, desesperación en la población.

Frente a esta realidad, inicialmente un pequeño grupo de compatriotas nos impusimos la tarea de canalizar el sentimiento nacionalista y construir la ideología que nos lleve a un Estado multicultural que nos represente a todos, a toda la sociedad, sin discriminaciones de ningún tipo. De esta manera, construir una democracia que no solo se preocupe por resolver los problemas de una minoría de peruanos con poder económico, sino también que sea capaz de resolver los problemas de los de abajo, de esa mayoría de peruanos, peruanas y de nuestros hijos; construir un Estado que no discrimine a sus ciudadanos por su poder económico, color de piel, apellidos o lugar de nacimiento. Ahora somos muchos más.

¿Cuándo decidió crearlo?

En abril de 2005 compramos el *kit* electoral. Decidimos construirlo cuando me pasaron a retiro y tuve que replantear mi

vida. Conversé con mi padre, pero comprendí que a pesar de la lucidez intelectual incuestionable en él, teníamos diferencias ideológicas sustanciales, como, por ejemplo, la preponderancia que le da a las diferencias raciales existentes en el Perú para construir una estructura de poder, lo que en mi opinión es una forma de racismo, o a la importancia de la llamada «vía no convencional», es decir, la captura del poder por medio de la violencia, entre otras cosas más que no comparto. Eso a mi juicio deformaba el espacio político y por eso decido construir el Partido Nacionalista.

¿Quiénes lo acompañaron inicialmente?

Inicialmente comenzamos con un grupo de compatriotas. No pasábamos de diez. Algunos han fallecido y otros son, en la actualidad, congresistas o trabajan en otras estructuras del Partido. Con esa idea, comenzamos a recorrer el país, al principio dando conferencias, en provincias, durmiendo donde podíamos, conversando con la gente. Los primeros que se nos unieron fueron quienes se identificaban con posiciones extremistas, pues se sentían atraídos. De eso me percaté y me di cuenta que el discurso no estaba bien desarrollado, que tenía que ser más claro, que no tenemos nada de racistas, que creemos en la integración latinoamericana, tahuantinsuyana o andino-americana, sobre la base de la cooperación, no de conflictos internacionales. Tuve que explicar todo esto.

Una de las diferencias con los partidos tradicionales es que siempre han trabajado el tema de políticas nacionales sin considerar el contexto latinoamericano. Por ejemplo, el narcotráfico que involucra al Perú, pero también a Colombia, a Bolivia y a los Estados Unidos. Lo que nosotros decimos es que para solucionar este tema no puede aplicarse solo una política nacional, sino una política regional; en este caso, con Bolivia, Colombia y

también con los Estados Unidos, por supuesto. Eso tuvimos que explicarlo mejor y conseguimos que sectores que normalmente no se acercaban a nosotros, comenzaran a hacerlo. Al principio, cuando llegué de Corea, me vincularon mucho con Antauro, como si fuera su continuación y había que explicar que no era así. Hubo que aclarar que este es un nacionalismo que integra, que no excluye a nadie. Y decíamos que en este nuevo partido tenían que estar los reservistas, pero no solo ellos, sino también los profesionales, los empresarios nacionales, que están siendo destruidos por el modelo económico neoliberal. También abrimos las puertas a los sectores de izquierda, es decir, planteamos una visión de la confrontación ideológica entre neoliberalismo y los sectores nacionales que están siendo destruidos por este modelo.

¿Y qué respuesta social tuvo al principio? ¿Cómo fue la reacción de la gente?

Muy buena. Sobre todo porque comprendían que yo no estaba vinculado a la violencia.

¿Cómo hizo frente entonces a los violentos que seguramente aparecieron en un primer momento?

Permítame una anécdota al respecto. Fue en Ayacucho. Encontré un comité que me recibió diciendo que estaban dispuestos a tomar un cuartel, para cobrarse la revancha. Además, allí encontré una señora con su hijo de catorce años que estaban desamparados, en la indigencia, porque su sostén económico era su otro hijo mayor, que estaba preso por haber tomado la comisaría en Andahuaylas. Y para completar el cuadro, me «exigían» la presencia de un señor que había sido vocero de Sendero Luminoso como profesor ideológico en el comité, para que diera clases de nacionalismo. Tuve que romper con ese comité.

Les expliqué que nosotros no íbamos por ahí y que ellos vieran si se quedaban con nosotros o no. Este comité se dedicaba a vender el periódico que hacía mi hermano. Esa gente dentro del comité había aislado y puesto a la defensiva y en minoría a los que no eran extremistas; realmente ese comité estaba siendo manejado por extremistas. En la tarde, fui a dar una conferencia y al final siempre repartíamos planillones para la inscripción del partido. Cuando acabó la conferencia en Huamanga, me di cuenta que los miembros del comité, en lugar de estar ayudando a llenar planillones con firmas para inscribir el Partido Nacionalista, se estaban dedicando a vender el periódico de mi hermano, que es una corriente que no apunta a la construcción de nuestro partido. Al acabar la conferencia, y pasar al turno de preguntas, un muchacho me dice: «Comandante, pero si usted sabe que las elecciones son circos electorales, ¿por qué nos vamos a prestar a eso? ¿Por qué no tomamos una comisaría, como hizo el mayor Antauro?».

Entonces se hizo un silencio, porque ese tipo de planteamientos impacta, y le contesté: «Muy bien, hagámoslo, pero primero dile a la señora que está ahí con su hijo, que te entregue su hijo, pídele que nos dé a su hijo para que ayude a tomar el cuartel, a ver si te lo da». Y la señora abrazó a su hijo. Ahí nomás quedó. Les expliqué que el problema no es buscar el cambio por la violencia. No es época para golpes de Estado ni salidas violentas. Precisamente lo más trabajoso es construir una alternativa dentro del sistema democrático. Lo otro puede tirar abajo todo un proyecto, como fue Sendero Luminoso en relación con la izquierda. Sendero, con su violencia, sus juicios populares, destruyó el proyecto de izquierda en el Perú por muchos años y yo no quiero eso con el nacionalismo.

En otros lugares, como Andahuaylas, después de una conferencia noté una discusión entre facciones extremistas que cues-

tionaban el nacionalismo, porque creían que no había nada que hacer, que había que ir a la confrontación armada. Ahí los dejé, que desarrollaran su discusión, salí a tomar aire y me encontré con un señor que estaba mirando por la ventana. Entonces le dije que pasara y me respondió: «No, porque yo soy profesional». Y le pregunté: «¿Y qué tiene que ver?». Me contestó que era abogado y que el comité no quería que entraran los profesionales, que era un comité de reservistas y licenciados. «Pero a mí me interesa el discurso», dijo. Entonces lo hice pasar y tuve que explicarle que si bien he pedido a los reservistas que se organicen, no se puede construir un partido solo sobre esa base, con un único sector social.

¿Qué debe expresar el partido, su partido, frente a este sectarismo?

El partido tiene que expresar un proyecto de vida, de país, hay que decirle a la gente qué le espera a las familias, a hombres y mujeres, a sus hijos, en relación con la educación, con la salud, o qué le espera a los agricultores, a los mineros, a los profesionales, a los pescadores, a los maestros, a los empresarios, con un gobierno nacionalista. Para eso sirve un partido y por eso hay que construirlo. Si no, construyamos un sindicato o la asociación nacional de reservistas y licenciados de las Fuerzas Armadas, ¿no? ¿Y a qué se va a dedicar? Lógicamente a reivindicar cosas para ese sector. Yo no estoy en eso, les dije. Estamos construyendo un partido para toda la familia peruana. Este proyecto incluye a todos. A diferencia de los partidos tradicionales, no somos clasistas, tratamos de construir una nueva sociedad para todos. Por eso, cuando me preguntaban si yo era de izquierda o de derecha, yo respondía: «Soy de abajo, por lo tanto soy de todos».

Hemos tenido una lucha difícil para contrarrestar las corrientes extremistas. Porque en sitios del Perú donde no hay Estado —y en muchos lugares no lo hay— es más fácil aceptar el discurs-

so de patear el tablero, o del fusil, que construir una alternativa dentro del Estado de derecho. Los peruanos estamos cansados de un Estado que nos discrimine con políticas públicas como Educación, Salud, Seguridad, Pensiones, entre otras. Los ciudadanos estamos cansados de que el Estado nos falte el respeto. En muchas zonas del Perú, particularmente en las zonas donde se asentó Sendero Luminoso y el MRTA, muchos jóvenes se enrolaron en estas organizaciones en busca de «respeto», ya que en su desesperación entendían que un fusil era el camino más directo o el único, para conseguirlo.

Sobre esto, he mencionado que inicialmente pensaba que ya habíamos hecho lo más difícil: inscribir al partido. Y me equivoqué. La parte más difícil es construir una buena base ideológica y la parte humana, los cuadros, la gente. Eso toma tiempo.

LA RUPTURA CON EL ETNOCACERISMO

Entonces la ruptura con el etnocacerismo también fue un proceso; no hay un día clave donde diga «hasta aquí llegamos».

Efectivamente, las diferencias se iniciaron cuando percibí ciertas actitudes de Antauro con las cuales no estaba de acuerdo. Por ejemplo, durante el levantamiento del 29 de octubre, cuando camino a Toquepala me da alcance el general Carlos Bardales y la situación ya estaba controlada, llegó Antauro e interpretó otra cosa, sacó su pistola y lo encañonó; o cuando en Toquepala, hablé con la Policía y les pedí que se retiraran, que el levantamiento no era contra ellos, Antauro se dirigió a la comisaría a intentar quitarles las armas; o cuando estaba en la clandestinidad en Tacna y había quejas de que Antauro estaba destituyendo autoridades y nombrando a otras en su lugar. Cuando sacó su periódico y tomó mi nombre, esa actitud tampoco me pareció correcta.

Más tarde, surgieron diferencias de carácter ideológico que separaron definitivamente al nacionalismo del etnocacerismo.

¿La ruptura con el etnocacerismo también implicó una ruptura familiar?

Mi familia siempre ha estado atenta a la vida política nacional e internacional. Evidentemente, después de lo de Andahuaylas había una expectativa por parte de mi padre, que está ideológicamente más cercano a Antauro, para que yo me integrara a

esa corriente. Hablé con Antauro, que estaba preso, y le dije que en mi opinión, si estaba interesado en ayudarme a construir un proyecto serio, viable y de carácter nacional, que de una vez descartara la lucha armada, la «vía no convencional». Y además le sugerí que hiciera un análisis crítico de Andahuaylas. No bastaba con idealizarlo, o tratarlo como un mito, cuando de por medio había varios muertos, reservistas y policías, sangre del pueblo. Él no estuvo de acuerdo con eso. Por el contrario, su posición fue que yo debía levantar el «Andahuaylazo» como bandera y si no lo hacía vendría la ruptura, que incluía el cambio de nombre de su periódico, el retiro de sus bases, entre otras medidas. Obviamente no acepté. Allí vinieron las desavenencias. Al final Antauro terminó con sus bases postulándose al Congreso por otra agrupación política con los resultados ya conocidos.

Eso creó un malestar en mis padres, sobre todo en mi padre, aunque más que una división familiar lo que ha habido es una ruptura política, ideológica, dentro de mi familia, que ha enturbiado las relaciones. Esto muchas veces sucede en familias que ingresan en el mundo de la política. Me imagino que lo mismo puede suceder con familias cuyos miembros se dedican a una misma actividad: deportes, artes, etcétera. Lo importante es luchar para que estas diferencias influyan lo menos posible en las relaciones familiares.

Los medios de comunicación, ¿deslindaron entre usted y su hermano?

No, dijeron que éramos las dos caras de una misma moneda y, particularmente, que el nacionalismo era la otra cara de la violencia etnocacerista. ¿Por qué? Para dañar mi postulación a la Presidencia. Sobre esto, Antauro afirmaba que éramos lo mismo, amparándose en el Manifiesto a la Nación que yo suscribí el 29 de octubre de 2000, en el cual hablo de una marcha de remembranza etnocacerista. Pero hay que entender el contexto:

lo primero es que, en esa época, mi hermano no era conocido, no había creado un movimiento político (etnocacerista), y en segundo lugar cuando yo hablaba de etnocacerismo me refería a la doctrina militar para la lucha contrainsurgente creada en contraposición a los manuales importados. ¿Y por qué hacía una remembranza del etnocacerismo? Porque hablaba de recorrer los Andes, como lo hizo Cáceres levantando ejércitos entre la población, explicando lo que queríamos hacer, es decir, acabar con el régimen que tanto daño estaba causando al país.

¿Cuál es su posición frente a la libertad de expresión y al papel de los medios de comunicación en el Perú?

A pesar de haber sufrido una serie de ataques de muchos medios de comunicación, en nombre de la «libertad de expresión», yo sí creo en la libertad de expresión como un derecho inherente a la sociedad y al ciudadano. Sin embargo, en el Perú, en ciertos casos, esta se sostiene sobre la base de la presión tributaria, por parte de los diferentes gobiernos de turno y consentido por las principales empresas privadas de comunicación que adeudan importantes sumas de dinero al fisco nacional o Superintendencia Nacional de Administración Tributaria (SUNAT). Son deudas millonarias que los gobiernos prefieren no cobrar y algunos propietarios de estas empresas privadas de comunicación prefieren no pagar, a cambio de que estas asuman posiciones político-partidarias a favor del régimen de turno. Con deudas económicas es muy difícil hablar de independencia. No en vano, todos los peruanos y peruanas hemos sido testigos, mediante los «vladivideos» de cómo ciertos propietarios de importantes empresas privadas de comunicación se vendieron y comprometieron sus respectivas líneas editoriales a la familia Fujimori y a Vladimiro Montesinos.

¿Por qué adquirió el kit electoral del partido etnocacerista después de la ruptura con su hermano? ¿No se generó más confusión?

Por dos razones. La primera, porque considero que correspondía a Antauro el derecho de autor por el nombre del etnocacerismo. Me enteré que en ONPE había diferentes personajes, no muy «decentes», que estaban averiguando, tanteando, si el nombre estaba reservado. Estando mi hermano en la cárcel, viendo que había gente inescrupulosa merodeando la ONPE, decidí comprar dicho *kit* electoral y lo puse a disposición de mi hermano. Porque al margen de las diferencias ideológicas que tenga con Antauro, es mi hermano. Por eso compré el *kit* electoral del etnocacerismo y lo puse a su disposición. Eso fue lo fundamental. La segunda razón fue que preveía que gente inescrupulosa podía comprarlo para confundir a la población y decir que eran lo mismo que los nacionalistas. Eso ya se dio con el etnonacionalismo, cuando para firmar las planillas del Partido Etnonacionalista ponían arriba la etiqueta del Partido Nacionalista pero debajo se firmaba por ese otro partido.

LA DECISIÓN DE POSTULARSE

Una vez que fue constituido el Partido Nacionalista con un grupo de personas cercanas, ¿cuándo se tomó la decisión de postularse a la Presidencia de la República?

Más que la decisión de postularme a la Presidencia de la República, la idea era presentarnos para cambiar la realidad del país. Al margen del cargo que se obtenga, cuando se forma un partido como el nuestro es como un proyecto, con objetivos mínimos y máximos. En nuestro caso, una disyuntiva que teníamos era participar en las elecciones o no. La Ley de Partidos, otorga un plazo de dos años para formalizar o inscribir el partido, porque si no se pierde la inscripción y hay que renovar la autorización del nombre. En nuestro caso, ese plazo era más corto.

Compramos el *kit* del Partido Nacionalista Peruano en abril de 2005 y teníamos, en este caso solamente, un año de plazo porque la ONPE cerraba, por razón de las elecciones, en diciembre de 2005 el plazo para inscribir partidos que podían participar en dicho proceso. En caso de no cumplir con todos los requisitos de inscripción en ese lapso de tiempo, tendríamos que trabajar la inscripción para el siguiente proceso; es decir, el 2011.

En realidad, teníamos meses para inscribir el partido y no sabíamos si íbamos a poder hacerlo. Entonces la discusión fue si debíamos participar o no. Venció la tesis de participar de todas maneras, frente al peligro que suponía dar cinco años más a los partidos tradicionales para que sigan administrando el Perú.

Empezamos poco a poco la inscripción, con un esfuerzo sobrehumano, recorriendo el Perú y encabezando la campaña de recolección de firmas, dando conferencias y creando comités. Al principio, solo organizábamos conferencias, hasta que una vez en Ica, al parecer algún funcionario cerró el local que habíamos separado para la conferencia, con la intención de «sabotearnos», y no pudimos entrar. La gente estaba en la calle y cuando llegué me propusieron ir al local del comité del partido, un local pequeño. En el momento que estábamos desplazándonos hacia dicho local, se me ocurrió ir a la Plaza de Armas, me subí a una banca y ahí hice mi primer mitin como Partido Nacionalista en formación. Salió mejor de lo esperado, porque no solo eran las setecientas u ochocientas personas que había para la conferencia, sino que se fueron sumando más, hasta reunir allí entre dos y tres mil personas. Eso nos animó para ir haciendo más mítines. Cuando vimos que el partido iba cobrando fuerza, decidí postularme a la Presidencia.

NOTAS

DE NIÑO DE CLASE MEDIA A LA ESCUELA MILITAR

1. Los *pueblos jóvenes* son los asentamientos habitacionales informales que surgieron en los conos de Lima y otras ciudades del Perú. (N. del E.).
2. Se refiere a la Cordillera de los Andes.

EN LA ESCUELA MILITAR

1. De 1968 a 1975 el Perú vivió un proceso revolucionario encabezado por el general Juan Velasco Alvarado, quien ocupó la Presidencia el 3 de octubre de 1968 mediante un golpe de Estado contra el arquitecto Fernando Belaunde Terry, a partir del cual instauró el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada, cuyas políticas nacionalistas y progresistas, sumadas al restablecimiento de relaciones con Cuba, el fortalecimiento de los vínculos con los países del Tercer Mundo y sus compras de armas a la Unión Soviética, provocaron la enemistad con el gobierno de los Estados Unidos. A raíz de un golpe dentro del gobierno militar, Velasco Alvarado fue sustituido en la Presidencia del Perú por el general Francisco Morales Bermúdez (1975-1979), quien preparó las condiciones para devolverle el gobierno a la oligarquía nacional, aliada del imperialismo norteamericano. Después del establecimiento de una nueva Constitución, en 1980 fue elegido nuevamente a la Presidencia Belaunde Terry. (N. del E.).
2. Los educadores militares utilizaban esa denominación para trasladarle al cadete la imagen del oficial modelo.
3. Aprestados significa «listos para el combate».
4. Áreas geográficas pertenecientes a la región Amazonas, donde se focalizó el conflicto con el Ecuador.
5. Hemos empleado los términos «insurgente» y «contrainsurgente», cuyo uso ya está generalizado, por considerarlos más apropiados, en lugar de los más conocidos en Perú: «subversivo» y «contrasubversivo». (N. del E.).

6. Se denomina así a algún familiar o amigo que, mediante una recomendación, pueda ayudarlo a no cumplir una norma.

EL JOVEN OFICIAL Y SU CIRCUNSTANCIA HISTÓRICA

1. El general Edgardo Mercado Jarrín ocupó los cargos de ministro de Relaciones Exteriores (1968-1973) y de primer ministro y ministro de Guerra (1973-1975) en el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas encabezado por el general Juan Velasco Alvarado. (*N. del E.*).
2. Abimael Guzmán, alias camarada *Gonzalo*, era el máximo líder de Sendero Luminoso.

EN LA GUERRA DEL CENEPY Y EN LAS ZONAS DE EMERGENCIA

1. Este ha sido durante muchos años el reclamo de los sucesivos gobiernos ecuatorianos.
2. El Comando Rodrigo Franco fue un escuadrón de la muerte cuya creación y apoyo fue atribuida al gobierno de Alan García durante su primer mandato como presidente del Perú. (*N. del E.*).
3. El grupo Colina fue un escuadrón de la muerte cuyo origen se atribuye al gobierno de Alberto Fujimori. (*N. del E.*).

EN MADRE MÍA

1. Así se denominaba a los ajusticiamientos realizados por Sendero Luminoso, que casi siempre terminaban con la muerte del que era sometido a este procedimiento.
2. Término empleado para designar a las personas provenientes de otras regiones, en su mayoría de la costa norte, asentadas en el lugar con el propósito de cultivar la tierra.
3. «Terruño» es la forma popular como se conocía a los miembros de Sendero Luminoso.
4. «Poshecos» es un término que se emplea para señalar a una persona muy pálida. En esa época, los senderistas en su mayoría eran poshecos porque pasaban gran parte del tiempo en el monte, y eso impedía que su rostro se quemara con el sol, como le ocurre a los agricultores.
5. En 1992, Sendero proclamó a Venenillo (Tingo María-Región Huánuco) como zona liberada. Posteriormente, el Ejército logró expulsarlo de esa zona.

DEL MANUAL DE COMBATE ME 41-7 AL ETNOCACERISMO COMO DOCTRINA CONTRAINSURGENTE

1. «Tayta» es un vocablo quechua que significa padre.
2. Fueron organizaciones civiles creadas por el gobierno de turno con la finalidad de proteger ellas mismas a sus comunidades de las incursiones de Sendero Luminoso ante la ausencia de las Fuerzas Armadas. El Ejército les impartía la preparación correspondiente y las dotaba de armamento (escopetas retrocargas).
3. Senderista ayacuchana que murió en un enfrentamiento armado con la policía. Su entierro fue acompañado por una multitud de personas, que en su mayoría simpatizaban con su acción.

LOS DERECHOS HUMANOS

1. Mando importante de Sendero Luminoso, capturado en el año 1999 en el departamento de Junín.

EL CENTRALISMO LIMEÑO Y LA IDEA DE NACIÓN

1. Francisco Pizarro condujo la invasión española al Tahuantinsuyo.
2. Hijos de españoles nacidos en el Perú.
3. Véase Ingeniero Carlos Amat y León: *El Perú nuestro de cada día*.

LOS PROCESOS JUDICIALES

1. Entre el 1ro. y el 4 de enero de 2005, Antauro Humala encabeza un movimiento insurgente en la ciudad de Andahuaylas, en demanda de la renuncia del presidente Alejandro Toledo. Como resultado de estas acciones murieron cuatro policías y dos seguidores de Antauro. El hecho de que Antauro le haya atribuido la autoría intelectual de ese movimiento a su hermano Ollanta, quien se encontraba en ese momento en Seúl, Corea del Sur, como agregado de Defensa de la Embajada peruana, ha sido utilizado como pretexto para intentar inculpar a este último. (*N. del E.*)

ANTES DE LOCUMBA

1. Desde abril de 1994, Keiko Sofía Fujimori, hija mayor de Alberto Fujimori y Susana Higushi, se constituyó en la primera dama de la gestión fujimorista, en reemplazo de su madre quien se alejó del poder tras denunciar la corrupción enquistada en el Palacio de Gobierno, encabezada por su esposo y los hermanos de este, en medio de acusa-

ciones en las que decía ser víctima de torturas. Keiko Fujimori fue primera dama hasta noviembre de 2000, fecha en la que cayó el régimen y la «trenza» formada por los dos Fujimori (padre e hija) y el oscuro asesor presidencial Vladimiro Montesinos, al verse descubierta su red de corrupción.

2. Se le dice «chupones» al sistema ilegal de interceptación telefónica que en la época de los Fujimori se estableció con particular regularidad desde los Servicios de Inteligencia del Gobierno hacia los líderes políticos, sociales y periodísticos opositores al régimen.

EL LEVANTAMIENTO MILITAR DE LOCUMBA

1. Es un paso obligado para dirigirse en vehículo de Moquegua hacia Arequipa.
2. Punto de control de la Policía Nacional, ubicado aproximadamente a unos 15 kilómetros de Locumba, en dirección a Moquegua. Allí también nace la bifurcación de la Panamericana Sur hacia Toquepala.
3. Se refiere al frustrado intento de golpe de Estado contra el presidente Alberto Fujimori, realizado en 1992 por el general de división Jaime Salinas Sedó. (*N. del E.*).

DESPUÉS DE LOCUMBA

1. El Cuerpo de Generales es una institución dentro del Ejército. Los generales tienen una asociación, el ADOGEN que incorpora a todos los oficiales de ese rango, tanto en activo como en retiro, a diferencia del resto de las asociaciones, en las que solo pueden ingresar oficiales en retiro. En eso radica la fuerza de esa asociación en el Ejército.

LA DENUNCIA DEL ACTA DE SUJECCIÓN Y EL TRASLADO A FRANCIA Y A COREA


1. Rancho en el léxico militar significa comida.
2. Normalmente un coronel asciende a general de brigada a partir de su séptimo año de antigüedad en el grado.

LOS SUCESOS DE ANDAHUAYLAS

1. En alusión a la novela *Rebelión en la granja*, de George Orwell.

ocean sur

una nueva editorial latinoamericana



Ocean Sur, hermana de Ocean Press, es una nueva casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos: Bolívar, Martí, Che Guevara, Fidel Castro, Haydee Santamaría, Roque Dalton, Hugo Chávez, Evo Morales y otros. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antimperialista, Ocean Sur desarrolla múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de los protagonistas del renacer de Nuestra América.

Publicamos relevantes contribuciones sobre teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

Nuestras colecciones, entre ellas, Proyecto Editorial Che Guevara, Fidel Castro, Roque Dalton, Biblioteca Marxista,

Proyecto Contexto Latinoamericano, Vidas Rebeldes, Historias desde Abajo, La otra historia de América Latina y Pensamiento Socialista, Promueven el debate de ideas como paradigma emancipador de la humanidad.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.

«El cambio es una necesidad que se siente, se respira. Y no solo en el Perú.»

»El gobierno está poniendo al país al margen de esa corriente que en América Latina adquiere una fuerza inusitada, la corriente de cambio en este siglo no va en la dirección que ellos apuntan.

»Ellos están defendiendo un viejo esquema, aferrándose a un modelo económico que en veinticinco años no ha sido capaz de resolver los desafíos que nos impone el desarrollo nacional y los problemas que genera la pobreza. Están empeñados en replicar el siglo XX en el siglo XXI mediante un modelo económico del pasado y una visión colonial del Perú. Modestamente, nosotros hemos enarbolado la bandera del cambio en el último proceso electoral nacional.

[...]

»Nuestro nacionalismo se corresponde con la necesidad de consolidar la nación peruana mediante la construcción de un Estado multicultural que nos represente [...] los nacionalistas en el Perú tenemos una vocación de integración regional con todos los pueblos hermanos empeñados en la tarea de construir su propio Estado y de buscar un camino alternativo al desarrollo».

—Ollanta Humala

\$16.95

www.oceansur.com

www.oceanbooks.com.au



.....
: colección :
: contexto :
: latinoamericano :
.....

ISBN 978-1-921438-43-1



9 781921 438431